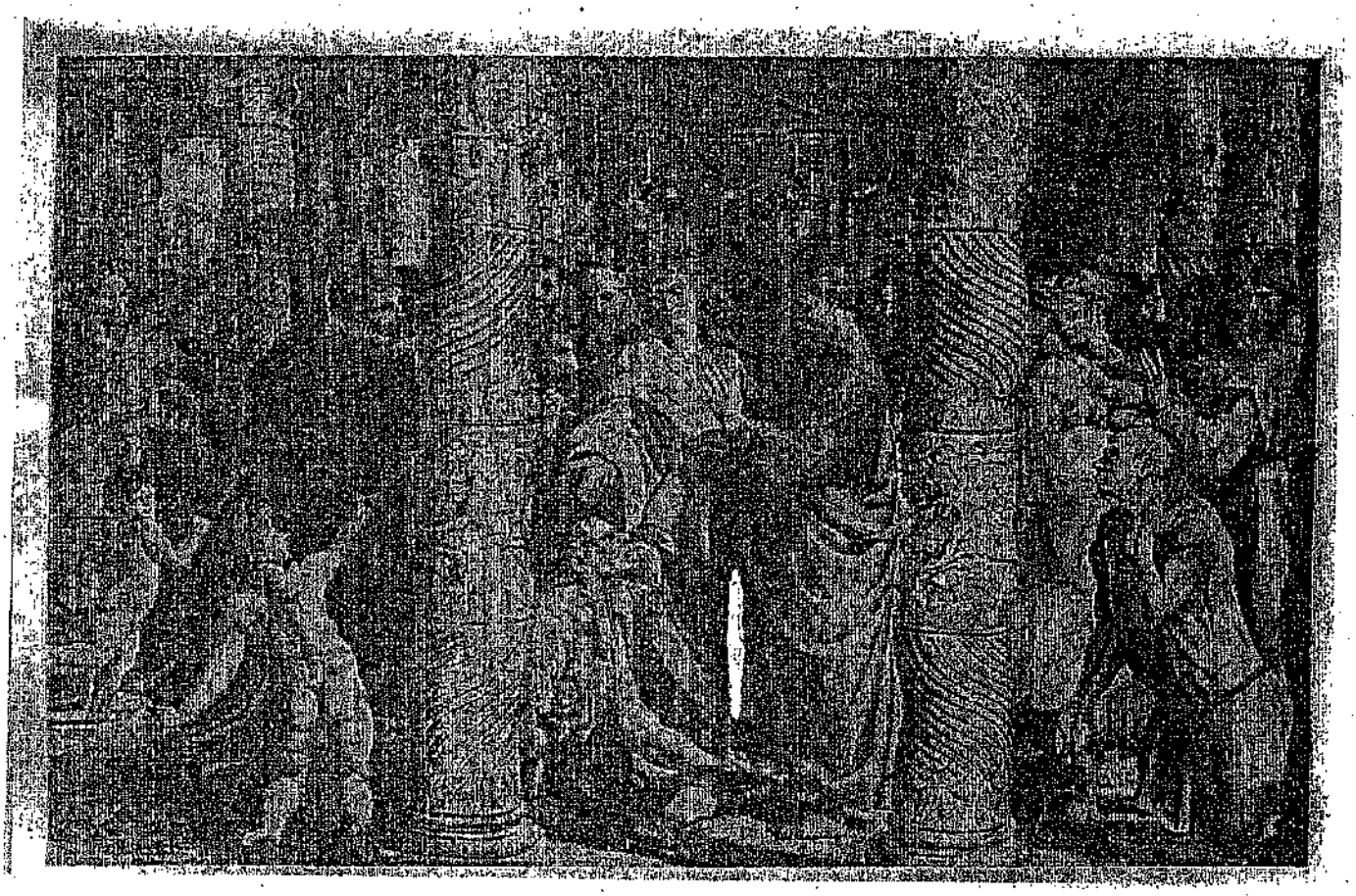
Hermelinda



Herbert Hahn nació en Pernau al sur del Báltico. Realizó sus estudios en Heidelber, desde 1909 fue alumno y colaborador de Ruolf Steiner. Enseñante, conferenciante y ensayista, docente de historia y literatura en la Escuela Libre Waldorf de Stuttgart, profundizó en particular la temática de la enseñanza religiosa fuera de los esquemas confesionales tradicionales

Traducido del italiano al español por Juan María Pagalday

ÍNDICE

PAGINA

3 *Prólogo*

7 *Primera jornada*
Las fuerzas religiosas de la naturaleza humana – El concepto de religión y la preexistencia del alma – Educador y alumno – El programa de instrucción religiosa en la primera Escuela Waldorf de Stütgartt – La obra de Dios-Padre y el Antiguo Testamento en el primer ciclo - El principio del Hijo y los Evangelios en el segundo ciclo - La actividad del Espíritu y la historia de las religiones en el ciclo superior – Importancia del recuerdo – La oración.

19 *Segunda jornada*
La lección de religión en las primeras clase – La casa de oro – La fábula de la "Señora Holle" de los hermanos Grimm – Sustancias que inspiran devoción – Los cereales y la producción del pan – Los cuatro elementos y los cuatro ángeles – La campesina vanidosa.

27 *Tercera jornada*
El saludar y el agradecer – Las relaciones sociales en el futuro – Momentos sagrados de la jornada del niño – Las trece noches santas – El problema de la muerte – El "no" de los niños y la afirmación del Yo – La muerte y la figura de Cristo – Símbolos y símbolos reales – Cercanía de los muertos – Cuento oriental.

37 *Cuarta jornada*
Los grandes ritmos solares y la figura de Cristo – El curso del año y la acción del sol – El día de los muertos – Anticipación moral, año litúrgico y año civil – Esperanza de Navidad y Adviento – Pascua, Pentecostés, San Miguel – El Sol-Cristo y el Yo-soy

45 *Quinta jornada*
El elemento terrestre, símbolo del espíritu – Mineral, planta y animal en Adviento – Pequeña leyenda – La reina de las nieves de H.C.Andersen – La rosa y el lirio – Leyenda polaca.

53 *Sexta jornada*
"A Christmas Carol" de Charles Dickens – El recuerdo como impulso redentor – El sentido del destino en Dickens – El humor.

61 *Séptima jornada*
Microcosmos, macrocosmos e imagen del hombre – El lenguaje en Europa – El pueblo húngaro – La fábula de los corderos – El hijo del rey que buscaba la inmortalidad.

73 *Octava jornada*
La filosofía hindú Sankya y sus tres grados de conciencia – La Kábala mahometana y la copa del Grial – La leyenda de Lúcifer – La saga de Parsifal – La experiencia de la duda y el nacimiento de la voluntad libre.

83 *Novena jornada*
El proceso del preguntar de la psique humana – Cómo no son hechas las preguntas – La pregunta de Parsifal y la de Lohengrin – El nombre – La elección de la profesión y la vocación.

91 *Décima jornada*
Evolución del pensamiento: la fantasía exacta – La escultura griega y la línea de arriba hacia abajo – El descenso a la tierra del Señor y el eje de dentro a fuera – Dos poemas de Goethe – Correspondencia entre el hombre y el cosmos – La curación del tullido en un pasaje de los Hechos de los Apóstoles y una pintura de Rafael – Fuerzas solares y fuerzas lunares.

105 *Undécima jornada*
Aspectos geográficos de Palestina – El discurso de Esteban, protomártir – El acontecimiento de Damasco – Fanatismo y entusiasmo – La experiencia de Pablo, el hecho de Mahoma y la corriente de Cristian Rosacruz.

113 *Duodécima jornada*
Juan, Pedro y Santiago, tres grandes corrientes espirituales – La fe y la misión de Pedro – El amor y la corriente de Juan – Las órdenes de caballería y la institución del crédito – La cultura juanista de Goethe a Tolstoi – Santiago, apóstol de la esperanza, patrono de los navegantes.

125 *Primera velada complementaria*
El valor de la palabra – Particularidades lingüísticas – Adherencia de la palabra a la realidad – El sueño de un hombre ridículo de Dostojewsky – El cuerpo vital – Diferentes aspectos de la inteligencia humana – La historia del hijo del mercante.

135 *Segunda velada complementaria*
Relación entre los pueblos eslavos y alemanes – Slowo y Slawa, dos palabras rusas – La leyenda heroicas de Ilja – Dos episodios del Idiota de Dostojewsky – Problemas espirituales de la cultura rusa – Europa central y el materialismo – Los dos viandantes, de Friedrich Hebbel.

145 *Tercera velada complementaria*
Los jóvenes y la experiencia religiosa – Participación en el dolor y la alegria altruistas – El reconocimiento de la necesidad de la redención en Goethe – El ejercicio de la voluntas y el desarrollo del resurgir interior del individuo – Mis prisiones de Silvio Pellico – Frente a la puerta.

Prólogo

Este libro es la reelaboración de un curso sobre la enseñanza religiosa que tuve el año 1940 en Stuttgart durante un seminario de sacerdotes del "Christengemeinschaft." (*)

En origen se trataba de doce conferencias que, después de la guerra en el 1948, fueron publicadas en forma privada por la Verlag Urachhaus de Stuttgart como material de estudio para una enseñanza religiosa libre en las Escuelas Waldorf. Por esta razón muchos temas están tan solo indicados. Comúnmente los temas desarrollados se basaron en la práctica y a menudo fueron sugeridos por el intercambio de ideas con los participantes del curso; si alguna que otra vez parece faltar una correlación, es debido al hecho de que en aquel punto hubo una pregunta de alguno de los presentes a la que siguió una explicación específica. A veces yo mismo evité una forma más sistemática, con la precisa intención de alinear uno después del otro los elementos fundamentales del curso y destacar, al final de cada conferencia, un tema particular. Es probable que algunos temas de este pequeño ensayo solamente adquirieran claridad si son considerados uno a uno al final de la lectura.

La impostación de base del libro es comprensible únicamente si en ella se reconoce la derivación de la ciencia del espíritu antroposófica de Rudolf Steiner que encontró su expresión práctica en la pedagogía aplicada en las escuelas Waldorf. Pero ninguna verdad enunciada por la ciencia del espíritu fue indicada a priori y expuesta dogmáticamente. El libro se basa en experiencias autónomas, adquiridas en el curso de una larga práctica didáctica.

Algunos argumentos fueron profundizados como consecuencia de conversaciones e intercambios de ideas con jóvenes de diferentes nacionalidades. Debido a que la

* La comunidad cristiana fundada en 1922 por un grupo de teólogos evangelistas con el apoyo y la guía de Rudolf Steiner. N.d. T.

publicación implica extenderse a círculos de los lectores, algunos temas fueron integrados y completados.

La primera jornada está reelabora completamente y las tres conferencias que aparecen como noches integradas comprenden temáticas elaboradas más tarde en otras conferencias.

Pero a pesar de estas variantes la forma originaria del libro permaneció tal cual era, o sea dictada por la palabra viva y por las condiciones del momento. Se ha mantenido el carácter discursivo, el que naturalmente pone a veces en evidencia la falta de un hilo conductor que sólo puede ser elaborado con calma, en teoría. Es una exposición nacida por una viva corriente de interés y no pretende agotar el tema ni ser un tratado completo, para lo cual harían falta una impostación diferente y una estructura más amplia.

Este escrito no se dirige a las personas que están satisfechas de las prácticas religiosas tradicionales. Tengo el máximo respeto por las otras formas de educación religiosa y no pretendo alimentar polémica alguna. Comprendo que a muchos, ya que poseen, administran y representan otros valores, mis argumentos no digan nada. Estos pueden tranquilamente dejarlo de lado.

Sin embargo, desde el lejano 1940, el número de los que buscan nuevas vías y nuevas formas de religiosidad ha aumentado mucho. La catástrofe de la segunda guerra mundial y los recientes clamorosos descubrimientos científicos han hecho progresar la situación mundial, en pocos años, desde al menos medio siglo. Y, debido a que frente a las llamativas mutaciones ocurridas en el ámbito de la naturaleza, el hombre se siente cada vez más débil y abandonado en lo que concierne a su propia esencia humana, se perfilan nuevos problemas pedagógicos y se asoman exigencias interiores diferentes. No sólo de parte de los docentes, sino también de los padres, se piden cada vez más a menudo consejos e indicaciones sobre el "nutrimento" adecuado para el ánimo de los jóvenes; casi diría que se pide un régimen para el alma. Este libro aspira a satisfacer estas exigencias.

Raramente he usado la palabra *moral* y lo he hecho intencionadamente, pero espero que también en su enunciación sumisa y casi a hurtadillas estén presentes los gérmenes de una formación moral conforme a nuestro tiempo.

He dirigido una atención particular a los problemas del este europeo, que han adquirido hoy dramática actualidad, pero, en coherencia con el carácter de la obra, he querido tratarlos únicamente desde el punto de vista espiritual.

Siento necesidad de hablar brevemente de los dos amigos a quienes deseo dedicar este libro. Con Karl Schübert, desaparecido en el '49, colaboré durante años para la escuela libre Waldorf de Sttutgart. Ambos fuimos enseñantes de religión y entre nosotros hubo un diálogo vivo y constante. Casi todas las cuestiones contenidas en esta obra las hemos debatido juntos y no puedo olvidar el calor con el cual él acogió la publicación de mi "Curso sobre la enseñanza de la religión."

Werner Pache fue uno de los partidarios del movimiento para la pedagogía curativa fundada por Rudolf Steiner. Él unía a sus vastos y numerosos intereses un sentido de veneración por la vida religiosa que cultivó siempre con gran seriedad. Gracias a él a menudo tuve ocasión de hablar de los temas contenidos en este curso frente a amigos y colaboradores suizos. Pache nos dejó en mayo del '58, en plenitud de su vigor creativo; pocos meses antes de morir decidió publicar la edición ampliada de esta obra por la cual albergaba un vivo interés.

Si este libro encontrara el consentimiento de un círculo más amplio de lectores quedaría satisfecho, incluso si en su forma incompleta, se vuelve el consejero fiel de quien lo lee con benevolencia con la esperanza de que la semilla que vive en él llegue a fructificar.

Herbert Hahn
Escuela Libre Waldorf
Sttutgart, marzo de 1959.

PRIMERA JORNADA

Tiempo atrás en una revista de actitud escéptica por no decir negativa respecto a los valores religiosos, apareció un análisis digno de atención. Se sustentaba que el radicalismo y la arrogancia de las corrientes juveniles de los libres pensadores habían rechazado en su tiempo todo cuanto derivaba de las antiguas tradiciones espirituales de la humanidad occidental afirmando que para el hombre moderno solo puede tener valor lo que la razón entiende y avala. Y ya que de esta cultura de la razón se esperaba progreso y prosperidad, también la educación se orientó completamente en este sentido y en determinados ambientes europeos, en el curso del siglo diecinueve y en particular en el veinte, se realizó un experimento pedagógico, extendido a escala nacional, de dimensiones gigantescas.

¿Pero qué descubrieron los observatorios más atentos? Que no se puede perseguir un intento educativo poniendo todo bajo el signo de la razón y que hay en el hombre otras fuerzas, más profundas, sin la cooperación, el despertar y el desarrollo de las cuales no es posible conseguir resultado alguno. Se constató que las energías conectadas a la creatividad y a la comprensión del elemento artístico tienen su ámbito específico y siguen leyes propias, no siempre comprensibles con el mero raciocinio. La razón no puede más que reconocerlas y admitir que tienen una parte determinante en la personalidad humana.

Si se profundiza seriamente dicho juicio se choca con un hecho extraño: la razón comienza a volverse escéptica respecto al propio escepticismo anterior. Ella no puede dejar de entregarse al problema de cuyas consecuencias se extraería en caso de que se llegara a la conclusión de que, en definitiva, también las fuerzas religiosas, análogamente a las artísticas, tienen su espacio en la naturaleza humana. ¿Qué ocurriría si también a ellas se les debiera reconocer cierta legitimidad? A la larga oponerse sería vano e insensato; mejor sería pensar en cultivarla de modo adecuado a su tiempo para no correr el riesgo de descuidar dichas realidades.

Así concluye aquella nota todavía actual, dictada por el radicalismo moderno. Ella nos ofrece la ocasión para preguntarnos qué se puede hacer hoy para cultivar las fuerzas religiosas de modo moderno y conforme a nuestro tiempo. Antes de hablar de la formación religiosa de la juventud conviene detenerse en las premisas fundamentales comunes a todas las religiones.

El término religión, en su acepción más simple, significa reconexión, reunión. ¿Con qué? ¿Cuál es la conexión, existida en el pasado, a la que se debe hacer referencia en la educación del niño? Para quien piensa sin prejuicios, el concepto de religión que no comprenda una preexistente conexión del alma con Dios y con el mundo divino puede parecer contradictorio. La educación religiosa tiene un sentido sólo si por medio de ella, el hombre, y en particular el joven, es llevado a reencontrar el elemento divino del cual se separó cuando vino al mundo.

En este punto alguno podría alarmarse; ¿esta preexistencia del alma—se preguntará—no fue rechazada por los ambientes que en occidente representaron durante siglos la religión? ¿No se introduce de ese modo una concepción oriental, que resuena aún con Platón y rechazada por Aristóteles?

Prescindiendo por ahora de las investigaciones de Rudolf Steiner, el fundador de la ciencia del espíritu moderna, sobre la realidad de la preexistencia, elijamos como testigo de esta realidad a Tomás de Aquino, cuya religiosidad no puede ser puesta en duda.

Según la concepción de Tomás, el alma, al sumergirse en la esfera terrenal, busca un cuerpo adecuado a ella. Este proceso es llamado por la filosofía tomista *commensuratio*; en italiano se podría decir adaptación, correspondencia o también acuerdo. La sustancia corpórea que en este proceso se dispone como morada del alma es llamada *materia signata*.

El conocido dantista y filósofo Karl Vossler retoma los dos conceptos y aclara que, sin un antecedente espiritual situado en la preexistencia, ellos estarían privados de motivación. En Santo Tomás se encuentra un germen de pensamiento no del todo desarrollado que, si es bien comprendido, es de inmenso alcance. En el primer volumen de su obra "Die göttliche Komödie - Entwick - l lungsgeschichte und Erklärung» (La divina Comedia – Historia de su desarrollo y comentario) en la pág. 168, Vossler dice textualmente: "Ciertamente en el concepto de *materia signata* y en el de *commensuratio* se halla innato

un profundo sentido filosófico, es decir el pensamiento de que el espíritu no se precipita a ciegas en la materia, sino que va preparándose en la cadena evolutiva de organismos en la que deberá después manifestarse."

Desde este elevado punto de vista, el inicio de una vida humana no es un mero proceso biológico, sino el principio de una encarnación.. Es un despedirse de mundos sublimes para abrazar el mundo terrenal con órganos juveniles. La elevada tarea de quién, en calidad de padre, enseñante o educador, tiene que velar los primeros años de vida de una persona, años durante los cuales la unión con el mundo sensible se hace más intensa, consiste en crear un enlace intenso con el mundo suprasensible. Éste debería ser el objetivo de toda forma de educación religiosa realmente consciente y digna de sus finalidades.

*

Un niño que crece sin educación religiosa se desarrolla como una planta trepadora que no es capaz de regirse sin un sostén y vegeta adherida al suelo. Así a una alma sin educación religioso le cuesta la propia existencia, anclada solo al elemento terrenal.

Pero con ejercicios o preceptos religiosos demasiado precoces ¿no se corre el peligro de influir en el alma del niño privándolo de su libertad, sugestionándolo e influenciando de manera ilícita todo su mundo de pensamientos y sensaciones? Tal objeción está justificada si el educador (sobre todo cuando se ocupa de la esfera religiosa) carece de aquella actitud reverente respecto al alma juvenil que es la premisa más importante y que nace de un verdadero conocimiento de ella. No una sublimación sentimental del niño, ni una adoración evasiva sino aquel sano y santo respeto que es característico, por ejemplo, de la auténtica índole del pueblo ruso hacia la infancia.

Debe estar claro que el educador, a través de la instrucción religiosa, toca justo aquella esfera de la cual ha descendido el niño. A esto se refiere Rudolf Steiner cuando, a propósito de todo proceso educativo, dice: no os dejéis engañar de la apariencia por la cual parece que un hombre adulto, grande, más o menos perfecto, desciende al nivel de un hombre pequeño, aún sin crecer, incompleto. El niño, en realidad, tiene a las espaldas su vida preexistente en toda su grandeza; él la ha portado consigo cuando ha pasado la puerta del nacimiento. El educador, el enseñante, con su intervención da la posibilidad a este hombre

más grande que preexiste en la interioridad del niño, de expandirse: no lo crea, sino se limita a liberarlo.

Jean Paul, en su áureo y sobre todo poco conocido libro sobre la educación, *Levana*, confirma este concepto con una imagen. Él dice en efecto que el hombre nace como un "antropolito", o sea un bloque de piedra humana sobre el cual el trabajo educativo es comparable a la actividad del escultor: así como el escultor (piénsese en Miguel Ángel) experimenta que las formas de sus obras maestras parecen dormitar dentro de los bloques de mármol y que basta substraer un poco de material para hacerlas visibles, así también el verdadero educador no hace mas que liberar en el hombre niño al hombre adulto que allí dormita, lo libera de los vínculos preparando así la auto liberación que ocurrirá a continuación. En este sentido él *presta un servicio*.

¿De dónde trae el educador las fuerzas para prestar esta obra escultórica tan cargada de responsabilidad? Si debiera hacerlo en base a lo que él mismo es, o sabe, a menudo tendría de qué desesperarse. El educador que se ponga honestamente frente a sí mismo debe reconocer su insuficiencia. Rudolf Steiner añade que en la educación no cuenta lo que somos sino lo que llevamos en nosotros mismos, nuestros ideales, nuestra finalidad de autoformación y auto educación. En otras palabras podemos decir que lo que vale realmente para el adulto, el denominado "grande" que se ocupa de educación, es la parte que ocupa el pequeño hombre en germen y en devenir que se encuentra en él mismo. Las fuerzas del futuro que se encuentran en nosotros actúan de modo imponderable y en este sentido detrás de cada trabajo educativo se siente el diálogo que se desarrolla entre el futuro del educador y el pasado del alumno.

Considerando el problema desde otro punto de vista, el futuro que se encuentra en nosotros, aquel aún no realizado, no realizable en esta vida, es justo aquel que, para una profunda actividad oculta, porta a la excarnación, a la muerte, tal como en un árbol el nuevo brote foliar que se forma es la causa última de la separación de la hoja mustia. Se podría también decir que lo que produce en nosotros el deterioro, porta, en la educación, el florecimiento del ser escondido en el niño.

He aquí pues que obrando en el campo educativo, y en mayor medida cuando se trata de la educación religiosa, nosotros no hacemos más que ofrecer las ocasiones, pero lo que se realiza sucede a través del mundo espiritual.

El programa de enseñanza religiosa en el ámbito de la pedagogía steineriana estaba, al principio, articulado en dos partes; más tarde se amplió y devino triple. Bajo la guía de Rudolf Steiner se agruparon primeramente las clases de la primera a la cuarta (niños de los seis a los diez años) y después las clases de la quinta a la octava (de los once a los catorce).

Con el primer grupo eran tratados los temas conectados a la obra de Dios-Padre, o sea con la Entidad paternal dominante: observaciones simples y significativas ([1]) sobre la vida y la naturaleza; cómo crece una hoja, cómo se forma un cristal de hielo, cómo, en la vida humana, sueño y vigilia se alternan, en particular los secretos a los cuales nos acercamos cada noche durante el sueño y el hecho de que cada mañana nos podamos despertar.

Más tarde, de la tercera clase en adelante, se debería pasar al antiguo Testamento. Los niños de esta edad buscan el elemento figurativo; ¿ por qué las imágenes del antiguo Testamento son tan indelebles y, sin moralizar, ejercen un influjo moral tan noble? Una respuesta muy instructiva nos viene de Karl Schubert, uno de los primeros enseñantes de religión de la escuela libre Waldorf de Stuttgart, el cual recordaba que para el pueblo hebreo estaba prohibido por la ley de Moisés *hacerse una imagen* y por lo tanto se impedían las actividades pictóricas y plásticas bajo cualquier forma. Se verificó entonces la admirable ley de la metamorfosis de las fuerzas, para la cual ninguna fuerza viviente puede ser suprimida sin que, después de algún tiempo, ella muestre la tendencia a transformarse en otra. Así el arte figurativo que fue conculcado en los hebreos floreció en otra forma y brotó en el poderoso lenguaje imaginativo de la Biblia.

Las figuras bíblicas son pues insustituibles en la educación religiosa. La mitología germánica, por ejemplo, válida en otros contextos, no podría tomar su puesto y, aunque quien tenga sensibilidad para estas cosas la considere en cierto modo repleta de un impulso cósmico de naturaleza cristiana, no tiene sin embargo, ni aproximadamente, tantos

[1] En el texto se indica un juego de palabras intraducible entre sinnig (significativo) e innig (interior): todo cuanto cae bajo los sentidos es significativo e interiorizado (sinnig e innig): Sinnig, die Sinne werden innig (N.d.T.)

elementos pictóricos y plásticos y es a lo sumo apta para chicos de mayor edad. La belleza de la mitología germánica puede ser acogida cuando la sensibilidad musical es más madura.

El nombre de Cristo debe resonar al oído de los niños pequeños solo en raras ocasiones, casi diría en algún instante sagrado. Sin embargo los relatos bíblicos serán fructíferos solo si el educador ha basado su preparación en la relación interior con la figura de Cristo.

A este propósito tenemos una importante y fecunda indicación de Rudolf Steiner según la cuál está bien que el enseñante de religión proceda según el método de la «Biblia pauperum." En este libro, destinado antiguamente a la instrucción religiosa del pueblo, a cada imagen del Antiguo Testamento se contrapone una imagen del Nuevo Testamento interiormente correspondiente a ella. Así el motivo del sacrificio del hijo era representado, por una parte, por el sacrificio de Isaac, por otra por el acontecimiento del Gólgota; o bien el motivo del pan y del vino, encarnado por Melchisedek en el Antiguo Testamento, se completa en la Última Cena del Nuevo Testamento.

Naturalmente es el enseñante el que, preparándose la lección, debe identificarse en tales relatos con la vida y la figura de Cristo para que en él se forme aquel elemento imponderable que lo guié en la elección de los cuentos y lo haga creativo. Mientras habla de los tiempos precristianos debe portar en sí la *aurora del Advienta* y hacerse animar por ella. En cambio deberá omitir frente a los niños toda indicación directa a estas conexiones sutiles, casi sagradas.

Cuando, en el curso del año, se acercan las grandes festividades cristianas como la Navidad o la Pascua, puede ocurrir que se nombre a Cristo o que se haga referencia a los hechos de Su vida. Pero si usualmente se guarda una devota discreción, dichas verdades cristianas pueden ser entremezcladas como semillas de oro a las consideraciones religiosas.

El segundo ciclo escolar (de los once a los catorce años) se dedica en cambio principalmente al principio del Hijo, a la entidad de Cristo. Se considera la vida de Cristo sobre la base de los Evangelios tomada en su conjunto, posponiendo para más tarde la profundización de los textos particulares y de su estructura.

Se desarrollará con claridad y vigor el impulso procedente del Hijo como fuerza divina capaz de convertir la culpa. La figura de Cristo debe aparecer ante el alma del niño como el Señor de las fuerzas de conversión.

Se desarrollará con claridad y vigor el impulso procedente del Hijo como fuerza divina capaz de convertir la culpa. La figura de Cristo debe aparecer ante el alma del niño como el Señor de las fuerzas de conversión.

Se pueden integrar las descripciones con relatos vivaces en los que se delinee la potencia del destino. Las biografías, enteras o parciales, son muy indicadas para que las almas de los niños aspiren a escuchar hechos en los que la gracia divina se vuelve operante si el hombre afronta las dificultades con todo el empeño de las fuerzas de su Yo. Es importante evitar la moralina y las palabras altisonantes.

Se necesita cultivar la *fe en la victoria del bien*, para que el alma humana esté convencida en el más profundo inconsciente de que, sin ella, el sentido de la vida terrena es caduco.

Por lo demás ya en la primera infancia se debe tener en cuenta esta realidad innata en el ser humano y cuando, por ejemplo, se relaten cuentos se deben elegir con espontaneidad e intuición sólo aquellos que acaben bien, que sean auténticos y válidos desde el punto de vista artístico sin caer en el sentimentalismo.

En ciertos casos los relatos basados en el principio "ojo por ojo, diente por diente" deben ser modificados, sin excesivos escrúpulos ni demasiada fidelidad a la letra. Quien narra debe entender la importancia de la confianza en la propia fantasía, ya que la fantasía que fluye de fuentes puras y copiosas tiene en sí la fuerza de abrazar la verdad. Más allá de introducir en los cuentos y en las leyendas variaciones libres al tema fundamental, se puede estimular el interés de los niños haciendo aparecer figuras de los Evangelios en pequeños entreactos recitados que ofrecen la ocasión de conocer más de cerca los personajes. Las figuras presentadas objetivamente adquieren así un relieve subjetivo y un color propio, como si fueran pintadas.

El mundo espiritual es pródigo en ayudas y estímulos en este sentido y cuanto más creativo y avispado es el narrador, más se enriquecen sus personajes con los detalles. Un maestro abierto y entregado a la escucha interior gozará de una libertad inventiva que encuentra en sí misma los propios correctivos. El tacto y la apertura de ánimo hacen resaltar el lado objetivo de los Evangelios como un regalo hecho a la humanidad, mientras el estilo claro y la devoción deben prevalecer sobre la invención.

Cada vez que se debe proferir el nombre divino, ya sea el de Dios Padre o el de Cristo, debe hacerse después de haber preparado la atmósfera y en el momento oportuno, cuando se ha realizado una buena relación con los niños. Y, sin embargo, aún en las mejores situaciones, no se debe insistir demasiado sobre estos supremos imponderables, ni entretenerse en ello. El «Santísimo" solo puede ser revelado durante breves instantes, casi de pasada.

Cuando la escuela de Stuttgart abrió las clases superiores también la enseñanza religiosa agregó orgánicamente un tercer grupo de clases, de la novena a la duodécima, haciéndose cargo por lo tanto de los adolescentes de los 15 a los 18/19 años.

Desde el punto de vista de la instrucción religiosa se puede decir que la escuela superior debe favorecer la comprensión de lo que, en la historia del cristianismo, se presenta como *obra del espíritu*. El programa comprende la exposición de hechos traídos de la historia de los Apóstoles, con particular atención en la formación de las primeras comunidades. Además, se estudian las vidas de los Apóstoles y los hechos característicos de las biografías de los doctores de la Iglesia y sus escritos. A individualidades de la importancia de S. Agustín y Sto. Tomás de Aquino se les debe dedicar la máxima atención. En el último año de escuela se debería trazar, en grandes líneas, una historia de las religiones. A este objeto Rudolf Steiner subdividió las religiones según tres importantes motivos conductores, aconsejando considerar ante todo aquellos por los cuales el templo está ligado al elemento local, como por ejemplo las divinidades locales de los Egipcios. En una segunda fase el santuario con su pueblo migra de un lugar a otro: el arca santa. Finalmente como máximo grado evolutivo se presentan las dos religiones universales, el budismo y el cristianismo.

Es importante que el enseñante, a medida que está con estudiantes de mayor edad, se ponga frente a ellos con gran imparcialidad y esté preparado para ir al encuentro de las almas de los jóvenes con la máxima apertura. El mejor modo de realizar esta tarea consiste en buscar la verdad junto a los chicos y en evitar la afirmación de verdades definitivas.

Gotthold Ephraim Lessing pinta dicha actitud con una imagen inspirada: él se ve a sí mismo en presencia de Dios Padre el cuál tiene en las manos dos grandes dones, en una la verdad y en la otra la aspiración a la verdad. ¡«Y si ahora -prosigue Lessing – el Padre

Eterno dijera: ¡elige! yo me arrodillaría y diría: Padre, dame la aspiración a la verdad, porque la plena y entera verdad sólo te pertenece a Ti!».

¿Qué puede hacer el hombre de hoy para prepararse de la mejor manera a impartir la enseñanza religiosa? Ante todo se necesita una predisposición interior que se alimenta de pensamientos verdaderos y conformes al espíritu sobre el fundamento antropológico-espiritual de la enseñanza y sobre el *espacio espiritual* que se crea entre enseñante y alumno. Existen luego dos caminos que ayudan a superar el obstáculo constituido por las concepciones y las representaciones que son fruto de la dureza y el hielo de nuestra época materialista. Esta dureza y este hielo se disolverán si el hombre, partiendo de la condición presente, se ejercita en repensar la propia infancia; la cosa no es fácil porque de muchas experiencias de nuestros primeros años de vida tenemos recuerdos indistintos pero, con un constante ejercicio, cosas aparentemente olvidadas hace tiempo afloran a la conciencia, las etapas del propio destino se iluminarán y ello adquirirá significado, como un recorrido maravilloso de la evolución.

Existe otra vía para despertar los recuerdos, o mejor, la vía es la misma, pero el método es diferente. Yo mismo experimenté esta posibilidad cuando, después de la lectura del escrito «La educación del niño desde el punto de vista de la ciencia del espíritu" de Rudolf Steinet, dirigí al autor una pregunta. En aquél texto se señalan los tres grandes motivos pedagógicos que conducen los tres primeros septenios de la vida: Imitación, autoridad, libertad. Le pregunté pues a Rudolf Steiner si no había también para el cuarto septenio, o sea después de los veintiún años, una estrella que indicara la vía para la educación o la auto- educación. Él pareció alegrarse de esta pregunta y, después de una breve reflexión, dijo que efectivamente existía dicho motivo conductor. En dichos años se concluyen los estudios y los vagabundeos y para el hombre es importante dirigir una mirada retrospectiva del camino recorrido haciendo discurrir delante de sí con claridad todas las experiencias, los juicios y las cogniciones adquiridas. La pregunta que el joven de aquella edad debería hacerse es la siguiente: ¿qué relación hay entre mi saber actual, mi experiencia individual y la realidad representada por el impulso activo de Cristo? Para responder a esta pregunta no basta el simple recuerdo, se necesita emplear una gran actividad interior para reelaborar todo lo que se ha adquirido verificándolo a la luz de la fuerza viviente que obra en Cristo. Esta observación de Steiner, además de indicar un elevado compromiso de autoformación

ligado a un determinado período de la vida, es válida también más adelante, cuando el hombre madura completamente, y debe ser ejecutada sobre todo por los que quieren ocuparse de la educación religiosa.

Consideremos después la preparación particular que se necesita para desarrollar el tema conectado con la obra de Dios-Padre. Aquí es necesario formarse una visión que corresponda a la vastedad del argumento, y el modo mejor para alcanzar esta visión consiste en considerar con atención cómo están distribuidas las cosas en el espacio terrestre.

Podemos decir que la mirada, al mismo tiempo científica y artística, con la que observamos los fenómenos naturales y estudiamos la configuración de los ambientes terrestres o marinos, es extraordinariamente formativa y, en cierto sentido, suscitadora de representaciones religiosas. Si miramos el mundo con calor y participación del alma, despertamos indirectamente en nosotros un sentimiento religioso y social. Si luego hacemos que los chavales dibujen, pinten o modelen con arcilla paisajes o formas terrestres, reforzaremos su sociabilidad suscitando en ellos el amor que es la más elevada de las fuerzas del alma. Si conseguimos que la mirada de los chicos se dirija hacia el espacio estelar con devota atención, habremos contribuido a prepararles para la experiencia religiosa.

Se pregunta a menuda el modo en el que se debe hacer hablar a los animales y a las plantas en las fábulas que se cuentan a los niños. Naturalmente no se puede evitar que en estos cuentos las flores, los árboles, los pájaros se expresen con lenguaje humano, pero que sea sanamente y auténticamente humano, sin intelectualidad o, peor, sensiblerías.

Nuestra actitud referente a la oración vespertina y a su necesidad a todos los niveles educativos es otro aspecto fundamental del problema. Muchas personas denominadas inteligentes objetan al respecto que los niños pequeños no comprenden las palabras y que ni siquiera las siguen con el oído. Otros, aún más inteligentes, están convencidos de que a través de tales prácticas se sugiere a los niños formas de religiosidad que ellos no poseen aún. A tales objeciones, que provienen de opiniones preconcebidas de tipo occidental, se puede responder recordando que en el niño que se despierta a la conciencia terrenal la exigencia de encontrar la religión y formas de religiosidad es sumamente sentida. Él se da al ambiente con ánimo mucho más delicado y sensible que el adulto y por lo que no siente

solamente las palabras sino también, y quizás más, los pensamientos y los sentimientos que las inspiran.

Si es verdad que para crear una verdadera relación con chicos de 7 a 12/13 años no se debe hacer uso de pensamientos abstractos sino que se debe recorrer el elemento artístico, es aún mayor verdad que para establecer un contacto con el niño pequeño es necesario liberar dentro de sí un estado del alma aún más profundo. Más allá de los cuidados del cuerpo, la esfera religiosa es lo más adecuado para crear una relación verdadera y duradera con el ser infantil. Pero fuera del momento de la oración el nombre de Dios sólo debe resonar al oído del niño en los instantes solemnes.

SEGUNDA JORNADA

Si volvemos a pensar en los tres grados de enseñanza religiosa descritos ayer, parece significativo que en la literatura alemana haya un texto que presenta una correspondencia espiritual con ellos, concretamente "La educación del género humano» de Lessing.

Cuando el poeta, al acabar su vida llena de luchas y privaciones, concibió esta pequeña obra tan rica de contenido, los tres grados descritos, Padre, Hijo, Espíritu, estaban claramente frente a su alma con el valor de tres estadios de la educación de la humanidad, como tres motivos conductores, formativos de la historia del mundo.

Por hoy puede bastar una indicación a dicha correspondencia porque, desde el punto de vista didáctico, sólo será fecunda hacia la conclusión de la escuela superior.

Por el momento nos ocupamos de los primeros años de escuela. A esta edad en los niños están presentes los grandes hechos del nacimiento y de la vida, de lo que se puede tocar y ver. El dormir, el despertarse, la tarde, la mañana, la naturaleza en el sentido más amplio y sobre todo una consideración sensible de todo lo que desde la lejanía estelar nos habla en la vida terrenal. ¿Cómo desarrollar la clase? Lo más importante, dijo una vez Rudolf Steiner, es que el niño pequeño se sienta insertado en la corriente que fluye de Dios-Padre.

No se empieza la clase con palabras humanas, ni con aquellos argumentos que pueden desarrollar cuanto se quiere enseñar; también las palabras con las que los poetas expresan su inspiración, por nobles y elevadas que sean, son siempre palabras humanas. La clase debe en cambio abrirse con una palabra sublime que podemos encontrarla en los antiguos documentos religiosos, o bien con alguno de aquellos lemas acuñados por Steiner, tan ricos en objetividad espiritual, que están publicados en la colección "Palabras de verdad."

En cuanto a la verdadera lección, aquí sencillamente damos sugerencias. En los primeros años de escuela conviene hacer referencia a la casa espiritual de la que provienen los niños y debe ser descrita como una gran casa de oro que está en el cielo. Ellos no la

pueden ver, ni pueden escuchar las armonías que allí resuenan. Tampoco es visible el ángel que estaba con ellos en la casa dorada, aunque les ha acompañado en el descenso a la tierra. Cada noche cuando nos dormimos, todo nosotros retornamos a esta casa de oro y nos quedamos un poco en ella; cada mañana al despertar sabemos que hemos estado allá. También podemos enriquecer la descripción de esta morada celeste con las palabras de una antigua estrofa medieval:

Arriba en el reino del cielo hay una casa
a la que un camino dorado os conduce;
de mármol puro son las columnas,
Dios la adornó de gemas y perlas
y de ella resplandece una clara luz.
En aquella casa no podrá entrar
quien puro y sin culpa no esté. *

A los niños se les podrá decir por ejemplo: «... Cada noche os llevan a esta casa de oro, y para llegar tenéis que atravesar dos grandes regiones lejanas, la del sueño profundo y la de los sueños. Si habéis sido buenos, si habéis hecho los deberes y habéis alegrado a quien os rodea, conseguiréis llegar hasta la casa de oro donde encontraréis una gran mesa preparada con bonitos platillos de oro. En aquella mesa se sienta con vosotros vuestro ángel y vosotros coméis lo que hay en los platos y en los tazones de oro; pero lo que coméis no es un alimento como el que se encuentra aquí en la tierra sino un alimento que se encuentra solo en el cielo y que a la mañana siguiente os hará despertar alegres y avispados y os hará volver a la escuela descansados; todo esto lo recibís en la casa de oro.

Quien en cambio no ha estado atento, ha puesto la zancadilla a un compañero o ha permanecido sentado en el tren sin ceder su asiento a una persona mayor que estaba de pie, también atravesará dichas regiones del sueño profundo y de los sueños pero no entra en la casa de oro y deberá quedarse en el vestíbulo que es grande y vasto, desolado y triste. En medio del vestíbulo surge un gran árbol oscuro bajo el cual se encuentra una fuente. Por cada mala acción o buena acción no hecha, vuestro ángel vierte una lágrima que cae en la fuente y convierte el agua dulce en agua salada. Sobre el gran árbol oscuro está un pajarito

* Sobre este tema ver el relato en verso "Tra sera e mattina" de Lina Schwarz, contenido en << Ancora e poi basta! >> Mursia editore, Milano.

que canta una canción triste. Cuando os despertáis por la mañana os sentís todo doloridos, estáis tristes y deprimidos y pensáis en la melancólica canción que el pajarito cantaba allá sobre el árbol oscuro». Esta descripción de las regiones del sueño profundo y de los sueños y de una patria espiritual son imágenes de realidad suprasensible que responden a muchas preguntas que los niños llevan en el corazón. Es verdad que cada noche estamos en presencia de nuestro genio que nos pregunta sobre lo realizado, y es verdad que frente a él y a las entidades superiores nosotros nos avergonzamos por haber hecho tan poco y por la mañana, al despertarnos, sentimos un remordimiento de conciencia.

¿Qué decía la canción del pajarillo sobre el árbol oscuro? ¿Por qué estaba triste? También de esto se puede hablar en clase. El cuento de la casa dorada puede repetirse muchas veces porque los niños lo escuchan encantados, lo quieren y se sienten estimulados para hablar de las impresiones experimentadas. Sus almas deben ser guiadas hacia sentimientos de alegría y emoción.

Otro cuento muy bonito es "La señora Holle" de los hermanos Grimm, conocida en algunas colecciones con el título de "Señora Giustina." La historia habla de la niña de oro y la niña negra, la primera buena y laboriosa, la otra holgazana y envidiosa.

La buena es a menudo maltratada por la madre; un día, mientras está hilando alegremente se le cae la canilla en la fuente; ella se tira abajo para recuperarla y se encuentra sobre un bonito prado. Yendo hacia delante llega a un horno y escucha al pan que la llama: «¡Ayuda, sácame fuera si no me quemo; hace rato que estoy cocido!» y ella saca fuera el pan. Después llega a un árbol cargado de manzanas que grita: «¡Sacúdeme, mis manzanas están maduras hace tiempo!» y ella sacude el árbol y hace caer las manzanas. Continúa su camino hasta que llega a la casa de la Señora Holle que la contrata a su servicio y le confía la tarea de mullir su cama para que las plumas revoloteen aquí y allá y los hombres sobre la tierra digan: ¡mira como nieva! La chica ejecuta bien su trabajo y es muy diligente, pero un día es presa de una gran nostalgia y la Señora Holle la vuelve a mandar a la tierra. Ella es conducida delante de un gran portón. Este se abre y mientras la chica lo traspasa le llueve encima una lluvia de oro que se le queda pegada. Cuando llega a casa el gallo sobre el manantial grita: «Quiquiriquí, nuestra niña de oro está aún aquí!».

Sabemos bien lo que le sucede a la otra chica, la cual quiere conseguir con astucia las mismas cosas que la chica diligente ha merecido. Por lo tanto no saca el pan del horno, no sacude el árbol de manzanas y por ello la Señora Holle se comporta negligentemente; tanto, que la vuelve a mandar a su casa. Entonces ella piensa: he aquí que recibiré la lluvia de oro... pero cuando se abre el portón, llueve pez y le toca volver a casa toda llena de pez...

Está bien presentarles a los niños esta dualidad: arriba en cielo está la casa de oro, pero también existe un camino que, a través de una fuente profunda y subterránea, lleva hacia abajo; ambos caminos tienen la mismo meta.

Esta verdad resuena también en la sabiduría de los antiguos Egipcios y está expresada de modo divinamente simple por el *tres veces grande* Hermes Trismegisto:

Lo que está abajo es como lo que está arriba;

lo que está arriba es como lo que está abajo;

Nada es más grande, nada es más pequeño,

sino que quien actúa y obra es Único.

Las alturas del cielo corresponden a las profundidades de la tierra, la línea que une lo alto con lo bajo indica la dirección de la actividad de Dios-Padre. El enseñante debe reflexionar sobre estas cosas cuando se prepara para la clase, pero naturalmente sería erróneo exponer a los niños los propios conocimientos de modo abstracto y teórico.

Puede suceder que los niños digan: «Pero si por la noche suceden cosas tan importantes ¿cómo haremos para prepararnos?» Se podrá responder con mucha sencillez: "Siendo buenos" y, si estamos convencidos de lo que decimos, estas palabras no sabrán de moralismo.

La eficacia de las palabras simples es experimentada. Hay un pequeño ejercicio, por ejemplo, el que Steiner aconsejó una vez para niños que presentan cierta debilidad interior: se trata de hacerle dar tres pasos decididos antes de entrar en clase diciendo «*el hombre es bueno*».

Las palabras pronunciadas en las oraciones deben resonar al oído de los niños como *hechos*. En uno de los Misterios dramáticos de Rudolf Steiner hay un lema que es adecuado como oración vespertina, una especie de indicación del camino hacia la casa de oro. Él dice: «*Las potencias de la luz me conducen a la morada del espíritu*». También los acontecimientos menudos de la vida de todos los días deben ser presentados a los niños desde el punto de vista del espíritu.

Debemos considerar que el niño tiene un profundo respeto por la religiosidad de la vida cotidiana y siente que hay sustancias y objetos que son, de por sí, sagrados, mientras que otros no lo son. El contacto con los primeros porta bendición, mientras que con los otros no ocurre sin castigo. Muchos ejemplos en la literatura destacan los efectos funestos de algunas cosas; por ejemplo en las antiguas leyendas nórdicas de Edda se habla de las tres fatales raíces del fresno cósmico Ygdrasil, pero dichos cuentos no son aptos para niños de esta edad.

El pan es un ejemplo evidente de una cosa que no se puede tocar sin bendición. ¿Por qué esta importancia del pan para la vida terrenal? Ningún otro alimento puede ser consumido por el hombre con tanta frecuencia, ni es tan agradecido y corroborante. Otros alimentos, si se comen tan a menudo, empiezan a repugnar. Debe haber por lo tanto una razón especial.

Antes de describir a los niños el prodigio del pan les empezamos a hablar del trigo. Es importante que desde pequeños se familiaricen con los diferentes cereales. Este conocimiento les dará fuerzas morales insustituibles para la vida futura. De esta misteriosa relación entre vida vegetal y fuerzas morales, Rudolf Steiner habló una vez en el curso de las tres conferencias públicas de tema pedagógico que precedieron a la apertura de la Escuela Waldorf de Stuttgart. En esta ocasión él encomendaba llevar frecuentemente a los niños al campo, hacerles observar el gesto del sembrador que camina sobre el campo metiendo la mano en el saco y esparciendo la semilla. En algunos países los campesinos tienen aún la creencia de que si la mano que esparce la semilla ha rezado antes de realizar el gesto, las semillas darán buenos frutos. Muchas poesías dedicadas a la infancia hablan de la semilla.

Se describirá también con mucho calor lo que sucede al grano caído en el surco; cómo la tierra lo acoge con amor, cómo tiene que morir en el calor del suelo y disolverse; se

describirán los cuatro ayudantes de Dios: *el Ángel de la tierra, el Ángel del agua, el ángel del aire, el Ángel del fuego,* que lo sirven y lo asisten en el desenvolvimiento de su trabajo. El Ángel de la tierra se ocupa del grano ayudado por el del agua. El grano empieza a hincharse hasta que el involucro estalla y el germen brota, rompe la superficie del suelo y ve la luz, amorosamente acogido por el Ángel del aire que le tiende las manos. El Ángel del fuego se dedica al pequeño tallo, lo calienta, lo hace crecer, fuerte y verde, hasta que florece, desarrolla el fruto y finalmente madura. Los cuatro ayudantes de Dios, los angeles de los cuatro elementos, han trabajado día y noche.

Mientras por la noche los niños duermen en la casa de oro, sus ángeles vigilan el campo y cuidan cada grano. Cuando a finales de verano el grano está maduro llega el momento de la recolección. Es fundamental que este proceso sea vivido por los niños como saludable para la tierra. La siega y la cosecha no deben ser descritas de modo sentimental, como si fueran operaciones dolorosas para las plantas. No es así. En su conferencia "Navidad. Consideraciones de la Vitaesophia" Steiner dice que para la tierra la siega es una sensación agradable que procura gran bienestar al suelo.

El trabajo de los cuatro ayudantes de Dios comienza bien pronto: el trigo es trillado, los granos amontonados y llevados al molino cuya forma originaria es simbólica de la futura preparación del pan. El grano en efecto era molido bajo las alas cruzadas del molino de viento, *sub signo crucis*. Entonces el grano muere, pero está listo para la resurrección. En esta obra han participado el aire, en el molino de viento y el agua, en el molino de agua. Luego la harina va al panadero, el cuál ha predispuesto a tiempo la preparación y la cocción del pan.

Para encender el horno han sido derribados los árboles en el bosque, la leña ha sido serrada y dejada a secar; o bien se ha cavado profundamente en el suelo para extraer el carbón. Ahora que el horno está encendido le toca al ángel del fuego hacer su parte. La harina es amasada por la mano del hombre y la pasta se hincha gracias a la levadura que es un proceso que tiene que ver con el aire. Ahora es el ángel del aire quien colabora en la producción del pan. Antes de enhornar, antiguamente, los panaderos trazaban una cruz sobre cada pan. El fuego hace posible la cocción y da al pan su bonito color moreno-dorado. Cuando sale del horno el pan está listo para el consumo: en algunas regiones existe

todavía la costumbre de trazar sobre el pan el signo de la cruz con el cuchillo antes de cortarlo.

En Rusia la gente siempre ha tenido una gran veneración por el pan; en un tiempo cada miga se recogía con cuidado y los niños estaban acostumbrados a besar el pedacito de pan caído al suelo como excusándose por su desatención.

El pan cotidiano requiere pues el trabajo de muchas manos, manos humanas y manos de ángel. Antes de la comida el hombre pronuncia una oración, para que el ciclo se realice en el ritmo de esta gran respiración en la que participa la oración del campesino que siembra, confiando el grano a la tierra y la oración pronunciada por el hombre antes de alimentarse de pan. El pan pasa así, de mano en mano, de oración en oración, de aquél que lo siembra a aquél que de él se nutre.

Christian Morgenstern compuso estos simplísimos versos que se pueden recitar antes de la comida:

Tierra, estos frutos tu nos has dado

Sol, esto tu luz ha madurado,

Sol y Tierra bien amados

Nunca seréis olvidados.

El modo con el que de niños se aprende a considerar el pan es de importancia decisiva para la futura conducta moral. Pero no es con las prédicas moralizantes con lo que se consigue algo; el valor de cada pequeño pedacito de pan también puede aparecer en una novela como la siguiente que Andersen extrajo de un antiguo cuento popular.

Una campesina fue a un pueblo vecino, al servicio de una familia acomodada; tenía que trabajar mucho, pero ella era diligente y ganaba bien. Pero era vanidosa, le gustaban los vestidos bonitos y todo el dinero que ganaba lo gastaba para adornarse. Ya había comprado

bonitos vestidos y ahora soñaba con tener un bonito par de zapatos. Los quería bonitos y finos como nadie los tuviera, y no tuvo paz hasta que se los compró.

Un domingo la chica quiso ir a casa, a su pueblo y se acicaló con sus mejores vestidos y naturalmente se calzó los bellos zapatos nuevos. Al despedirla su dueña le dio un pan para que lo llevara a sus parientes. Ella se fue toda contenta alegrándose del cielo azul, del resplandeciente sol y de los prados en flor; sólo sentía el no encontrar a nadie que admirara su elegancia. Atravesó un gran bosque y cuando salía de él comenzó a lloviznar, después se puso a llover cada vez más fuerte hasta que estalló un violento chaparrón. Ella comenzó a correr pero no había modo de protegerse, el campo y el camino estaban llenos de charcos y la chica miraba con ansiedad sus zapatos nuevos. Delante de un charco más grande que los otros se paró un instante a pensar como salvarlos de la ruina y he aquí que se acordó del pan que tenía que llevar a casa. Lo echó en el charco de agua y allí se puso encima de él. Pero en el mismo instante en el que puso el pie sobre el pan se oyó un estallido de trueno, el suelo se le abrió delante y se hundió en los abismos del infierno donde todavía está hoy con sus bonitos zapatos sobre el pan ardiente.

Hemos dicho a modo de máxima que sólo se deberían de contar a los niños historias con desenlace feliz. Andersen no dio a esta fábula un final alegre, pero si reflexionáramos se podría encontrar de una u otra manera una solución conciliadora y liberatoria, sin caer en el sentimentalismo.

TERCERA JORNADA

Consideremos aún algunos aspectos aparentemente irrelevantes de la cotidianidad que están, sin embargo, en estrecha relación con los grandes hechos de la vida

Es importante, por ejemplo, que los niños aprendan a saludar y a agradecer. ¿Qué está conexo con palabras como *agradecer* o *saludar* (en alemán danken y grüssen)?

La raíz *gr* se halla en algunas lenguas en vocablos cuyo significado tiene que ver con el crecimiento, como en inglés to grow, en holandés groeien, en francés grandir, en italiano grande etc. También el alemán grün (y el inglés green) que significa verde, el color del crecimiento vegetal, tiene en si estas dos consonantes. Se preguntará ¿de qué manera palabras como grüssen o agradecer tienen que ver con el concepto de crecimiento?

En un tiempo el saludo no tenía nada de convencional. Al saludar a una persona se sobreentendía el presagio de que el cielo fortalecía sus fuerzas, de que la bendición del crecimiento descendía sobre ella. La misma fórmula *Salud* o *Salve*, en uso entre la gente de campo, tiene este significado. El saludo inglés *How do you do* en cambio no tiene ninguno contenido y quién lo pronuncia quedaría asombrado si el otro respondiera dando noticias sobre su salud.

Santa Elizabet, durante una terrible carestía, repartía cada día el pan a los pobres. Muchos hambrientos acudían, pero un día las existencias se acabaron y la santa se recogió en oración pidiendo consejo. Le fue respondido que aunque no tuviera pan debía saludar igualmente a los hambrientos cada día y tenderles la mano. Ella lo hizo y la gente quedó tan confortada que logró soportar las largas semanas de carestía mucho mejor que si no hubiera recibido las fuerzas irradiantes del corazón amoroso y partícipe de la santa.

Cuando ha enfermado, el hombre es particularmente sensible al efecto consolador y corroborante que deriva de un saludo caluroso y también los niños lo experimentan por lo que se puede muy bien hacérselo notar.

Un saludo partícipe y cálido establece una relación y da una especie de intuición clara del ser ajeno. Un verdadero saludo expresa cierto respeto por el otro.

La atención y la escucha de los otros adquiere un valor cada vez mayor en la cultura del porvenir. Una vez se le preguntó a Rudolf Steiner sobre qué se fundarán en el futuro las relaciones sociales entre los hombres, visto que aunque desde hace tiempo han sido superadas las diferencias de censo o clase, la estructura social se basa siempre en las diferenciaciones. Él respondió que las diferencias sociales serán un día proporcionales a la sensibilidad y a la sutil experiencia de los valores morales expresados por cada hombre. Si dos personas hablan entre ellas, diciendo más o menos las mismas cosas, será posible, escuchándolas, captar tras sus palabras las diferentes fuerzas morales que viven en cada una de ellas. Se podrá intuir la mayor madurez espiritual de uno, que podrá inducir al otro a subordinarse a él. Pero la posición de quien ha trabajado mucho sobre sí mismo respecto a quien no posee tanta madurez, hará que al primero no se le oculte el peligro de poder ejercer una constricción sobre el otro a causa de las cualidades adquiridas. Reducirá al silencio por lo tanto parte de su poder y tenderá una mano a su interlocutor guiándolo con discreción. Entre los dos se establecerá entonces la relación recíproca duradera que se convertirá en la base del nuevo género de respeto indispensable para la vida social del futuro.

Obviamente de todo esto no se tiene que hablar directamente a los niños, pero es seguro que el educador tratará el tema del saludar y de agradecer con otro espíritu si en él vibran dichos pensamientos.

Se exhorta por lo tanto a los niños a saludar frecuentemente a sus enseñantes: se dice que Rudolf Steiner acostumbraba a tender la mano más de una vez a quien estaba alrededor, no porque hubiera olvidado haberle saludado, sino porque consideraba que no se saluda nunca lo suficiente; numerosas son las leyendas que nos hablan de santos que saludaban también a los seres inanimados.

Del mismo modo se debe enseñar a los niños a agradecer. El alemán *Dank* (gracias) tiene la misma raíz que *denken* (pensar), que sobreentiende: en este momento yo pienso en lo que me has donado. Hasta cuando pagamos el billete del tren es importante añadir un gracias porque el solo pago no extingue la deuda y a los niños debemos hacerles entender que el trabajo de una persona no es pagable sólo con dinero. Mediante el dinero procuramos solo la posibilidad de vivir pero lo que un hombre realiza con su trabajo con respecto al mundo y a sus semejantes es impagable. El agradecimiento es el dinero de los ángeles.

Con estos argumentos los niños pierden la timidez y es conveniente hablarles de ello lo más pronto posible, acompañando a las palabras el ejemplo que queda impreso y es naturalmente la mejor clase.

¿Cuáles son las horas del día en las que es más fácil establecer un contacto con los niños? El crepúsculo, las horas de transición, la tarde antes del sueño y también la media luz de la mañana. Muchas confesiones religiosas prescriben oraciones para las horas del crepúsculo. Una bonita poesía de Rückert dice:

No descuides nunca oración alguna,
pero la de la aurora especialmente
no la olvides nunca, porque ninguna
como ella es una bendición.
Los ángeles de la noche silenciosa,
y en blancos vestidos los ángeles del día
entretejen amplios vuelos luminosos
con batir de alas a su alrededor.

(de "Die Weisheit des Brahmanen - La sabiduría de los Brahmanes).

La hora de máxima receptividad es hacia el anochecer. El desvestirse, al cambiar los hábitos del día por los de la noche, esconde un significado profundo: se puede percibir que el mundo de los ángeles se acerca y que los surcos en el terreno del alma de los niños se abren para acogerlo. Si la humanidad supiera captar conscientemente estos instantes de apertura, se podrían realizar muchas cosas buenas.

La noche del sábado y la mañana del domingo, os sea el ocaso y el alba de la semana, son los mejores momentos, en los que está bien que el niño visite un lugar que no tios es el de todos los días, vestido de manera diferente, el lugar donde se desarrolla el servicio divino. Su Yo superior se une con esta realidad.

Una época muy particular, en la que el paso del umbral es perceptible, es la que se denomina como de las trece noches santas, que va desde el 24 de diciembre al 6 de enero. Este período navideño, es respecto al año entero, como el crepúsculo respecto al día. Si durante estos días logramos presentar en la almas de los niños imágenes significativas e impresiones nobles y bellas, habremos influido constructivamente en toda su vida.

El modo de afrontar el problema de la muerte es de suma importancia para la formación religiosa. ¿Por qué este problema es tan importante? Porque fatalmente ello aparece en la vida de cada hombre. El hombre es educado por la muerte; cuando se toca esta tecla las heridas recientes a menudo sangran, las cicatrizadas duelen. Pero quien nunca ha experimentado de cerca casos de muerte será tocado en lo íntimo y tendrá un presagio de la grandeza de este acontecimiento. Cada niño sabe de la muerte y tiene como un presentimiento de la suya propia. Muchos enigmas de la psique se aclararían si se tuviera en cuenta el hecho de que cada hombre tiene un presentimiento de la propia muerte. De Ibsen, por ejemplo, se cuenta el siguiente episodio. Él necesitaba tiempos largos para elaborar sus obras y a pesar de lo dramático de sus temas, trataba de trabajar con calma. Empleó años para escribir «El emperador y Galileo"; pero cuando escribió el drama "Cuando nosotros muertos despertamos" fue asaltado por una prisa febril. En un diario de aquel tiempo leemos:«No veo la hora de acabar, no sé qué me empuja». Trabajó obstinadamente y por fin llegó al fondo, pero poco después de haber terminado la obra enfermó de apoplejía.

Vivió aún algunos años pero no pudo escribir más. Tuvo pues el presentimiento de que aquella obra había sido su última creación.

La relación entre la muerte y la vida y el destino del hombre es un tema que requiere la más esmerada elaboración y mucho tacto. El enseñante debe sentir cuándo es el momento adecuado para afrontar el tema y buscar, como un violinista, hacer vibrar las cuerdas más delicadas del alma de los niños, presagiando casi lo que cada uno de ellos deberá afrontar en su futuro.

En la evolución infantil hay un estadio que refleja el gran acontecimiento innato en el misterio de la muerte; concretamente cuando, hacia los dos años y medio, el niño empieza a decir que *no*. A menudo los padres se alarman, pero en realidad esto no es muy importante. Es como una armadura que esconde a la vista la construcción de un edificio del cual no se sabe nada; detrás del no nosotros no vemos nada. Pero después de haber dicho no durante un tiempo suficientemente largo el niño nos sorprende diciéndose por primera vez *Yo* a sí mismo: sin posibilidad de oposición no puede nacer el Yo. Y este proceso es el paralelo exacto de otro proceso mucho más profundo: la máxima oposición de la vida es la muerte y justo la reflexión sobre tal contradicción ha dado origen a la filosofía. El significado de la muerte no se comprende ni aún considerando el sentido de las vidas terrenales repetidas o la sabiduría del destino; frente a la muerte, a cada muerte, se tiene la sensación de que todo eso no basta para resolver esta contradicción, porque la negación innata en ella es mayor que todas las explicaciones que nos vienen dadas por los grandes pensamientos sobre la sabiduría que domina la vida o sobre la evolución cósmica de la tierra. Pero detrás del mayor *No* que exista, detrás de la muerte, en el mundo espiritual se construye el más grande *Yo*: la lengua alemana posee un nexo misterioso con esta realidad porque las letras que forman la palabra Ich (Yo) son las iniciales del nombre del Ser más elevado, Jesús Cristo. He aquí pues la gran verdad: la negación de la muerte sólo puede ser superada por Cristo.

Cuando los niños que nos son confiados son muy pequeños, esta verdad tiene que vivir en nuestro corazón, porque si cultivamos en nosotros estas imágenes seremos capaces de ofrecer a nuestros niños un patrimonio que les acompañará en la vida. El misterio de la muerte debe ser afrontado en el ciclo dedicado al Padre, pero debe desembocar después en el siguiente dedicado al Hijo.

¿Cuáles son las imágenes más adecuadas para la comprensión de los niños?

La naturaleza nos ofrece la bella imagen de la crisálida y la mariposa. La fea crisálida queda atrás, la mariposa en cambio, como un ser luminoso, va por el mundo. Rudolf Steiner llamó a este símbolo "símbolo real." ¿Qué diferencia hay entre símbolo y símbolo real? La entrada en una casa puede aparecer como el símbolo del paso de un umbral espiritual, del mismo modo un puente puede aludir a la experiencia de un paso o a la conjunción de dos mundos separados. Pero ni la puerta ni el puente existen porque de ellos se toma la imagen de un paso o un umbral y son utilizados como símbolos sólo ocasionalmente. El símbolo real en cambio debe su propia existencia a la determinación de ser un símbolo. Nosotros nos perderíamos en el mundo material si el mundo divino no hubiera llenado nuestra vida de símbolos reales. El nacimiento de la mariposa ha recibido su característica del mundo divino para que los hombres, al sobrevenir de tiempos oscuros, pudiesen tener una imagen de la vida del alma. En el mundo visible hay cosas que existen para que lo que no es visible no se pierda. Rudolf Steiner dijo una vez que el educador debe creer realmente en lo que dice porque, si él mismo no está lleno de admiración, sus palabras no tendrán el mínimo efecto sobre los niños. Ellos advierten cada brizna de insinceridad, cada pequeño punto perdido en nuestros pensamientos, y por lo tanto tenemos que estar identificados con cuanto decimos.

Uno de los fenómenos patológicos de nuestro tiempo es la frialdad glacial, la especie de terror consciente que el hombre moderno extrae de su propia vida interior y que le hace ver las cosas más trágicas de lo que son en realidad. Pero existe una realidad que le puede servir de consuelo. El pensar, el sentir y el querer no son compartimentos herméticos: lo que hoy es pensamiento mañana se convertirá en sentimiento y pasado mañana en acción. Obviamente hacen falta espacios de tiempo largos, pero la dirección es la indicada: partiendo del pensamiento podemos transformar gradualmente nuestros sentimientos. Tolstoi dijo: «Puedo educar mis sentimientos dedicándome a grandes pensamientos formativos: con el tiempo ellos transforman mi sentimiento. El educador debería tener el coraje de decirse a sí mismo: lo que hago está incompleto, pero quiero ponerme manos a la obra».

La siguiente imagen puede tener cierto efecto sobre los niños. Cuando brotan de la yema, las hojas de los árboles son de un verde delicado, luego, a medida que se acerca el verano, oscurecen y se hacen más duras; en otoño caen al suelo ya secas, mustias y marchitas. Son muerte. El jardinero las reúne en un montón y las deja durante un par de años para que se descompongan. De las hojas ya no se ve nada, se han vuelto tierra, la mejor de las tierras, nutrimento para las plantas jóvenes que sobre esta tierra crecen bien.

He aquí una imagen de lo que ocurre al morir. Entre dos períodos de actividad hay un período de quietud, un momento en el que se toma aliento. La resurrección no se implanta directamente sobre la vida. La alusión a las grandes pausas suscita en los niños un elemento moral imponderable. Se debería comunicar la certeza que lo que nosotros llamamos muertos permanecen unidos a los acontecimientos de la vida terrena, ya que muchos valores éticos nacen del sentimiento de que los muertos nos ayudan. A menudo los niños están profundamente tristes a causa de los muertos, que han desaparecido a su mirada exterior y con los que no logran establecer un enlace. Debemos saber transmitirles la sensación de que los muertos están cercanos; ya sean ellos sus padres u otras personas queridas debemos acercarlos a ellos con alegría.

Hay una poesía de Christian Morgenstern en la que vive esta atmósfera de proximidad con los difuntos:

Sumiso se acerca con paso ligero,
un ansioso susurro, antes del sueño;
alma, escucha mi consejo:
no debes rechazar consuelo y alegría.

Aquellos con los que el amor te unía
siempre en torno tuyo estarán,
fielmente contigo describirán
círculos alternos en el seno del infinito.

Construirán en ti, incansablemente,

como tú en ellos, en muda comunión;

juntos llegaréis a la visión

del Uno, para servirlo dignamente.

El siguiente cuento oriental, oportunamente adaptado, se presta para ser contado a los niños.

CUENTO ORIENTAL

Era una vez una gran casa de oro, en la que vivía un padre que tenía muchos hijos. Ellos se sentaban alrededor de una gran mesa y comían todos juntos. El padre fue bueno con cada uno y los hijos le querían mucho.

Un día el padre dijo a uno de ellos: «Tu hora ha llegado, tienes que salir de viaje». El hijo se despide del padre y de los hermanos y después el padre lo conduce a una gran escalera de oro que él tendrá que descender. Mientras el hijo, preparándose para el descenso, se encuentra con el primer escalón, el padre le dice: «no puedo darte mucho, sólo tengo una pequeña cajita de oro; cógela y, ocurra lo que ocurra, no la pierdas, no la abras nunca y tráela cuando vuelvas."

El hijo lo promete y desciende la escalera; es una escalera que conduce muy abajo y al llegar al último escalón, querría volverse atrás aún una vez pero no ve sino una pared escarpada y negra y, delante de sí, más allá de un estrecho sendero, un grande y amplio mar rugiente que espumea con furia salvaje.

Es preso de una gran angustia y piensa con nostalgia en la casa paterna. Al mirar hacia el mar ve un barquito que se acerca y en cuanto llega cerca de él lo recoge. Él empieza a remar y navega sobre las olas, pero después de cierto tiempo se desencadena una borrasca y las olas arrojan el barquito contra un peñasco rompiéndosele el casco. Los remos se parten

y el joven es presa del terror. Pero he aquí que se acuerda de la cajita de oro recibida de su padre antes de partir, la comprime sobre el corazón y salta valientemente al mar.

Las olas le llevan a una isla donde ve muchos hombres reunidos que parecen esperarlo. Es acogido alegremente, todos gritan: «Viva, viva nuestro rey!» Los gritos de júbilo no cesan y él no se da cuenta de que le aclaman a él. Después, tras las aclamaciones del pueblo, es agarrado y conducido a un magnífico palacio con una gran escalera encima de la cual está la sala del trono. Le ponen una capa de púrpura sobre los hombros, una corona en la cabeza y celebran la fiesta de la coronación. Se prepara solemnemente una gran mesa, se toca y se canta; llegan muchos invitados y los festejos no acaban nunca: durante un día y una noche, después otro día aún y otra noche. A su alrededor sólo ve caras alegres pero en su mesa se sienta un viejo de cara noble y seria que lo mira tristemente sin participar de la alegría de todos. El joven rey llama al viejo, lo conduce a otra sala y le pregunta: «¿Sabes decirme qué me sucede y por qué me miras tú con tanta seriedad y tristeza?»—«Porque pienso en el fin de este año» responde el viejo. «¿Y por qué?» —El viejo explica: «Cada año las olas del mar traen sobre nuestra playa a un joven rey; él es acogido con gran alegría y júbilo y puede reinar, puede alcanzar gloria, el pueblo lo quiere. Pero cuando llega su hora, le arrancan la capa de púrpura de los hombros y le quitan la corona. Le llevan a una pequeña isla desierta en medio del mar donde no crece nada y la barca que lo conduce allá es estrecha y negra y en ella no puede estar ni sentado ni de pie, tan sólo extendido». El joven rey se asusta y pregunta al viejo: «¿Qué debo hacer?» «No te lo puedo decir, responde aquél, pregúntaselo a la noche y haz lo que ella te diga». El joven rey presa de un gran terror, corre a la sala de la fiesta donde los huéspedes estaban aún brindando: «Silencio, callad todos, fuera los músicos, deshaced las mesas... basta ya de festejos...». Después se retira a su habitación y antes de dormirse puso bajo la almohada la cajita de oro que le había dado su padre. Aquella noche soñó en su casa y vio a su padre y sus hermanos; la voz de su padre le decía: «no hagas caso a los ricos, haz caso a los pobres; no hagas caso a la alegría, haz caso sólo al dolor». Al despertarse a la mañana siguiente decide seguir el consejo y visitar su reino. Se puso en camino, vio a ricos y cortesanos, pero llamó a él a los pobres y mendigos que se escondían tímidamente. En el castillo real le humillaban al verle rodeado de mendigos y humildes, sin embargo, cada vez que él se acercaba a una persona, ésta no podía mentirle. Entonces el pueblo empezó quererlo y cada semana se sentía más

seguro. Un día volvió a ver al viejo: su rostro se había aclarado, a pesar de que la expresión seguía siendo seria. Aquella noche cuando se iba a acostar, cogió la cajita de oro y rezó... Se durmió y soñó de nuevo que su padre le decía: «Construye doce barcos, coge árboles, plantas de trigo, todo lo que se puede sembrar y puede fructificar y manda los barcos hacia la isla solitaria en medio del mar». El joven se levantó pronto, llamó a los carpinteros y les ordenó construir doce barcos; los cargó de todo cuanto le había dicho su padre y ellos partieron hacia la isla solitaria.

Entretanto transcurrió un año, llegó su hora y él lo sabía bien.. Estaba de rodillas en la sala real y esperaba.

Se quitó la corona y de repente escuchó murmullos y pasos a sus espaldas. Alguien entró en la estancia, él esperaba que vinieran a quitarle la capa real, en cambio una mano se posó amablemente sobre su espalda. Era uno de los mendigos que él había beneficiado, y que le dijo: «Alzaos, oh rey, nosotros te hemos querido y no te olvidaremos nunca; conserva esta capa». Él cogió la capa y se la llevó a la playa.

Un aurora radiante teñía de púrpura las olas, del mar llegó una pequeña barca negra, él subió y se durmió. La barca se deslizó sobre las olas brillantes hasta que chocó en un risco. El rey se despertó, bajó de la barca..... pero ¿es ésta la isla desierta y estéril? Toda era verde y los árboles estaban en flor. He aquí delante de él una gran pared que se abre mostrando la escalera de oro que conduce a la casa del padre. Él sube y encima encuentra a su padre que lo acoge con los brazos abiertos.

«¿Has traído la cajita de oro?» le pregunta. «Sí, padre.» «¿La has abierto?»—«No, padre, te la devuelvo tal como tú me la entregaste.» «Entonces ábrela ahora.» Él la abre y ve que dentro está reproducida la casa paterna con los hermanos y el padre. «¿Y yo me la he llevado dentro sin saberlo?» «Mira aún», le dice el padre, y el hijo ve que en el interior de la tapa está representado todo el reino sobre el que había gobernado, el castillo de oro y todos los pobres a los que había ayudado. Entonces se alegró mucho. «¿Puedo llevar todo esto conmigo?» preguntó al padre. Y oyó la voz del padre que le decía: «puedes tomarlo todo contigo, estarán todos contigo en la casa de oro.»

CUARTA JORNADA

Hoy trataremos algunos argumentos aptos para chicos de más de diez años, tanto desde el punto de vista de la preparación del enseñante como bajo el perfil de la comunicación directa con los alumnos. Así como el misterio del espacio nos lleva al pensamiento de Dios-Padre, así también los grandes ritmos y las sucesiones temporales deben relacionarse con el principio del Hijo.

Los ritmos principales de nuestra vida están conectados con el sol y con los pequeños y grandes ritmos solares. Una gran personalidad como Goethe veía al sol como imagen del Altísimo.

En la última conversación que tuvo con Eckermann el 11 de marzo de 1832, once días antes de morir él dijo: «... Yo creo absolutamente auténticos los cuatro Evangelios, porque en ellos está activo el reflejo de una elevación procedente de la figura de Cristo, de un cualidad tan divina como sólo lo divino aparecido sobre la tierra puede tener. A quién me pregunta si está en mi naturaleza tributarles una veneración adorante, yo le contesto decididamente que sí, yo me inclino a Su presencia como a la manifestación divina del más elevado principio de la moralidad. A quien me pregunta si está en mi naturaleza venerar al sol le respondo igualmente que sí, porque también el sol es una manifestación del Altísimo, en realidad la más potente que a nosotros, hijos de la tierra, se nos ha concedido percibir. Yo adoro en él la luz, la fuerza generadora de Dios, por medio de la cual, solamente, vivimos, obramos y somos...».

Para poder hablar con los chicos de este tema es necesaria una larga elaboración por parte del enseñante. Ante todo se debe considerar el camino del sol que acompaña al hombre en el curso del año, y esta imagen inmediata y directa debe ser desarrollada junto a los chicos.

Cuando se acerca la primavera y el sol expande sobre la tierra luz y calor, en el corazón de los hombres renace la confianza. Se hará notar a los chicos la fecha del 2 de febrero, fiesta de la Candelaria (que recuerda la purificación de la Virgen y durante la cual se bendicen las velas); los días empiezan a alargarse porque como dice el refrán,... "alla Candelora dell' inverno siamo fora"... (en Candelaria, del invierno estamos fuera)

En esta época, caminando en el bosque entre la nieve, tenemos la sensación que el sol, si bien tímidamente, comienza nuevamente a obrar. Alrededor de los árboles se forma una zona más oscura donde la nieve empieza a derretirse porque una sutil corriente de energía sube a lo largo del tronco. Este proceso en realidad comenzó en el período de las doce noches santas; también la ciencia admite que en el período navideño las capas más profundas del suelo se ablandan para preparar la llegada de la primavera. El árbol comienza a absorber las energías luminosas que provienen de lo alto y se calienta levemente. Este ligero calor irradiante es suficiente para formar la zona más oscura en torno al cuello del árbol y para derretir la nieve. Al ver esta aureola alrededor de los troncos, aunque los días todavía son fríos, podemos deducir que ha comenzado la acción del sol y que desde entonces la nieve comienza a derretirse.

El derretimiento de las nieves y la rotura de los hielos dan realmente la impresión de la acción solar: el hielo empieza a encorvarse hasta que, en una noche de tempestad, entre silbidos, se parte y las losas son arrastradas fuera. Las fuerzas de resurrección han vencido gracias a la potencia del sol. Es comprensible que en los países fríos, donde el invierno dura largo tiempo, se celebre la Pascua con particular solemnidad. En Rusia antiguamente esta era la fiesta más importante del año.

En los días que siguen a Pascua es difícil olvidarse del sol: las yemas se abren, las hojas brotan; el mismo nombre del mes de abril (del latín aperire) suena como una apertura. Mayo es el mes de la gran floración. Michael Bauer, amigo de Christian Morgenstern, dijo una vez a propósito del aspecto de la tierra en mayo, que más aún que en otoño o en invierno, corresponde a la imagen de la tierra que el hombre lleva en el corazón.

En el período siguiente, de la floración se pasa a la maduración de los frutos; la hierba es segado y la tierra emana un perfume agradable. La tierra se convierte en reflejo de la acción de las fuerzas a solares y el hombre es partícipe de ello con la maduración de las cerezas, de

las bayas, de las primeras peras y luego de las manzanas. El sol resplandece, la tierra irradia y en la canícula los frutos maduran, los campos amarillean, hasta que el grano se cosecha. Después los frutos empiezan a caer, la tierra se muestra quieta y desnuda y las hojas pierden el color poco a poco volviéndose amarillas, marrones o bien rojo llama. El sol se prepara para la despedida irradiando aún en todo su esplendor. Así como en primavera hace brotar las flores, ahora transforma las hojas en flores pintadas de singular, dulce belleza. En octubre tiene lugar la vendimia: el grano de uva es producido por la fuerza del sol y la calidad del vino se establece en base a las horas de sol del año. Para la uva, criatura del sol, vale el lema que aparece bajo algunos meridianos: "Horas no numero nisi serenas" -No señalo más que las horas serenas.

¿Qué hacemos en realidad cuándo recogemos la fruta y almacenamos la mies? Acumulamos las fuerzas del sol para el tiempo en que serán escasas. En invierno asumimos fuerzas solares a través de la nutrición. Rudolf Steiner, señalando a un proceso aparentemente simple y común, indicó que cuando en invierno nos alimentamos de patatas adecuadamente almacenadas desde el otoño, acogemos en nosotros energías celestes y solares acumuladas.

Después los meses se vuelven más oscuros: en noviembre se celebra el día dedicado a los muertos y a la fiesta de Todos los Santos. ¿Por qué situar el día de los difuntos en esta época que muchos consideran melancólica? En el pasado la gente sentía que los muertos no viven en la oscuridad, sino en un reino luminoso y es un prejuicio de nuestro tiempo materialista el ver a los difuntos envueltos en la oscuridad. La verdad es que ellos se encuentran en una luz más clara y elevada que la que nosotros conocemos.

A propósito de la experiencia de la muerte, Rudolf Steiner dijo que parece que el hombre deber de pasar por un pasaje oscuro y en esta sensación hay un fondo de verdad. Pero, superado el umbral de la muerte, no es la oscuridad lo que nos viene al encuentro sino una luz extraordinariamente clara, casi cegadora, a la que se debe acostumbrar. En esta esfera resplandece un sol superior. Es bueno dejarse conducir por la gran maestra, la muerte, ya que nuestra vida anímica tiene necesidad de purificarse. Según los conocimientos espirituales todos los hombres que son difuntos en el curso del año se juntan una última vez alrededor de la tierra en el período oscuro, hacia finales de año. Es pues

razonable que justo en aquellos días se conmemore a los muertos y se sienta particularmente ligados a ellos. Quien dirige con ternura el propio pensamiento a los muertos sentirá que el mes de noviembre no es un mes oscuro sino, al contrario, luminoso.

Para la tradición eclesiástica el año litúrgico comienza el primero domingo de Adviento, que cae generalmente al finales de noviembre o a principios de diciembre, antes por lo tanto del inicio del año civil. Todo lo que es de naturaleza espiritual, en la medida en que se encuentra en relación con el elemento crístico, se basa en la ley de la anticipación moral. Desde el punto de vista cristiano nosotros no tomamos la realidad de las cosas en el momento en el que la naturaleza las ofrece, en efecto, como dice Goethe, «... ¿no está el núcleo de la naturaleza en el corazón del hombre?."

Aunque desde el punto de vista exterior la naturaleza no brinde muchas ocasiones de acordarse del sol, el hombre tiene la fuerza de mirar hacia la luz aún cuando la oscuridad es más intensa.

Consideremos las costumbres de Adviento: hay una reciente según la cual se pone en la mesa una corona de ramas de abeto que cada domingo se enriquece de una nueva vela. Sin embargo el Adviento no es Navidad y no es festejado como la Navidad, se necesita por lo tanto saber por qué en Navidad la luz nace de la oscuridad. Hoy esto es difícil sobre todo para los niños porque cada escaparate, ya con mucha antelación, expone árboles iluminados de velas y lámparas eléctricas. La experiencia interior debe hacerse más intensa para posibilitar que se supere este aspecto exterior, que es una forma de aplastamiento debido a la publicidad. Es justo en el período navideño cuando el sol renace en nosotros para todo el año.

El episodio que sigue sucedió hacia el año 1850 en una pequeña aldea de Noruega.

Un grupo de jóvenes se encontraba reunido en una posada para celebrar la víspera de Navidad y entre ellos había un músico que tocó antiguos temas navideños. También estaba presente un extranjero que en cierto momento se ausentó durante un breve tiempo. Se había ido al fiordo y a la vuelta tenía una expresión alegre en la cara, como si algo bello hubiera visto. En el momento de recoger las ofrendas para el músico, el extranjero, aunque no parecía avaro, no les dio nada sino que se limitó a sonreír. Le preguntaron por qué no hizo ofrenda alguna a quien tocó tan bien y él respondió: «Si debiera pagar esto por haber

rascado su violín, qué debería dar al músico que allá fuera toca aquél tema maravilloso?» Y añadió, viendo que todos se asombraban: «Venid conmigo.» El grupo lo siguió hasta el fiordo donde había una peña desplomada. «¡Escuchad en silencio y sentiréis!», dijo el hombre. Ellos pusieron el oído y he aquí que resonó un sonido delicado que se acrecentaba y luego se desvaneció, seguido por otro y después por una sucesión de tonos... ¡El peñasco resonaba! todos quedaron impresionados y en breve toda la aldea habló de ello y, para que no se dijera que se trataba de una fábula, se hizo un informe, que se conservó en las actas del ayuntamiento, donde se leía que, durante las noches santas, los habitantes del país oyeron un sonido milagroso provenir del risco.

KOLISKO

Otro ejemplo, este de carácter científico, se refiere aún a esta época del año. La Señora Lilly Kolisko estaba efectuando, por indicaciones de Rudolf Steiner, experimentos para demostrar la acción de las fuerzas cósmicos en la esfera terrenal. La investigación se aplicó a muchos metales, por ejemplo a la plata que está en relación a las fuerzas lunares, al plomo que está conectado con las de Saturno, al hierro ligado a Marte, al oro en relación con el Sol. El oro fue diluido a una potencia muy alta y en el recipiente que contenía la dilución se introdujo una tira de papel de filtro. Por capilaridad el líquido subía a lo largo del papel y, después del secado, sobre él se formaron formas y colores diferentes según los tiempos y modos en los que el experimento se desarrolló. Se trató de establecer si la posición relativa del sol en aquel día tenía alguna influencia sobre el metal oro y el resultado de las pruebas fue que esta influencia también era evidente en el caso de que el sol estuviera cubierto por las nubes, o por la noche e incluso cuando los experimentos eran realizados en la oscuridad de un sótano. De este modo, y solamente en base a las reacciones sobre el oro, se logró detectar un eclipse solar no visible desde la zona de Stuttgart. También fueron relativas las características esenciales de los diferentes meses y en particular se encontró un reflejo de la influencia solar en las pruebas ejecutadas sobre el oro durante el período de las doce noches santas, alrededor de la Navidad. El 23 de diciembre la forma del oro sobre el papel de filtro aparecía aún bastante normal pero en la noche entre el 24 y el 25 la imagen comenzó a dilatarse irradiando. En las siguientes doce noches las formas se diferenciaron entre ellas como generalmente ocurre sólo entre mes y mes. Durante todo el período navideño la imagen solar, también en caso de niebla o lluvia, apareció en toda su pureza.

Antes de dejar la escuela obligatoria, a los catorce años, los chicos deberían conocer estas cosas de las cuales más tarde difícilmente tendrán ocasión de sentir hablar y que pueden asumir una importancia decisiva en sus años futuros.

Ahora trataremos de dar una descripción del curso del año haciendo coincidir el inicio no con el año solar sino con el litúrgico, desde una visión provechosa para quien tenga que desarrollar una enseñanza religiosa.

¿De qué manera la festividad navideña enriquece y calienta la interioridad del hombre? Así como la acción del sol se hace sentir en el mundo físico, así también una corriente de fuerzas portadoras de gracia nos ofrece la posibilidad de acoger y hacer nacer en nuestro sentimiento impregnado de calor el Ser de Cristo. En la vigilia de Navidad tenemos una especie de anticipación de la futura condición de la Tierra; no es siquiera imaginable como sería la Tierra si los hombres permanecieran como son en aquella noche. Las fuerzas portadoras de gracia recorren la esfera del sentimiento humano infundiendo nuevo ánimo al corazón del hombre.

Las tres facultades características del alma humana, el pensar, el sentir y el querer tienen cada una un correspondiente fisiológico en la corporeidad.

Interioridad	Correspondencia fisiológica
Sentir	Sistema rítmico
Pensar	Sistema neuro-sensorial
Querer	Sistema del metabolismo y de los miembros

Hay un dato preciso que nos ayuda a comprender los acontecimientos que se suceden durante el curso del año: las grandes festividades cristianas acogen el aspecto interior de los procesos naturales, en una suerte de anticipación moral, antes aún de que, en la sucesión de las estaciones, el correlato exterior de las correspondientes fuerzas anímicas comience a manifestarse en la naturaleza. Las fuerzas que están a punto de ejercerse se producen primero en la luz del sol interior por el cual están consagradas.

La festividad de Navidad, más que ninguna otra, permea de fuerzas crísticas el sentimiento. En enero, en febrero, cuando los días empiezan a alargarse y el sol se eleva, el hombre concibe nuevas esperanzas, se libera de la angustia y es presa de una alegría desmesurada, casi de una ebriedad. Si nada se opusiera, en este período la tierra sería recorrida por un inmenso cortejo carnavalesco. El hombre que no se deje arrollar y vierta en la respiración liberatoria de la naturaleza la corriente de sentimiento recibida durante la Navidad, se hará libre. Desde el Viernes Santo hasta la Pascua se celebra la fiesta del pensar cristianizado. Hegel dijo que el esfuerzo más elevado y beatificante del pensamiento humano consiste en comprender como en nuestro Yo cotidiano puede nacer, por medio de la resurrección, el Yo superior.

Quien sepa experimentar el viernes Santo y la Pascua con consciente participación se impregnará de un pensar más elevado. En la naturaleza abril nos presenta el proceso del brotar y del florecer en una belleza que amenaza con arrollarnos y embriagarnos como bandadas de pájaros migratorios excitados de alegría natural. La severidad del viernes Santo precede todo esto y sólo después de la muerte tenemos la Pascua de Resurrección. El pensamiento cristianizado, permitiéndonos celebrar oportunamente la Pascua, nos hace libres frente a los acontecimientos naturales que están por sobrevenir y que no tendrán el poder de arrastrarnos.

Pentecostés es de difícil comprensión. Podemos llegar a conclusiones sobre su significado considerando la naturaleza como se presenta en el período veraniego. La tierra está impregnada de calor, la llamarada del dragón la envuelve y hace madurar la mies. En la cúspide del verano el elemento espiritual duerme, obran oscuras fuerzas volitivas de naturaleza sulfúrea, que nos hacen pensar en el pecado original... ¿No es Pentecostés quizás la festividad más bonita, la que nos hace capaces de permear de fuerzas crísticas, las más apartadas profundidades de nuestros actos volitivos? Cuando seamos capaces de celebrar justamente Pentecostés, sabremos diferenciar los ataques que el dragón trata de lanzar contra nosotros en el curso del año.

Se debería hablar también de la fiesta de San Miguel que ha sido recientemente revaluada. Así hemos recorrido el año siguiendo el sol interior. Rudolf Steiner hizo una pregunta: ¿existe algo en la naturaleza que rinde testimonio durante todo el año de la acción

del sol? Y respondió que no son las cosas complicadas las que testimonian la acción solar, sino las más simples que tenemos a nuestro alrededor: la hoja verde, la aguja siempre verde de las coníferos nos dicen que el sol está presente porque, sin sol, ellas no podrían existir. ¿Y hay algo, preguntó aún, que a pesar de todas las aflicciones que pueden golpear al hombre, testimonia que Cristo está presente y activo?

De nuevo no busquemos las cosas grandes, complicadas... Hay un hecho que es un testimonio irrefutable, y es que nosotros sabemos decirnos Yo a nosotros mismos. Así como una aguja verde o una aguja de pino no existirían si el sol no resplandeciera, de la misma manera nosotros no seríamos capaces de decir «Yo soy» si Sol-Cristo no resplandeciera en nosotros. En estas dos imágenes, de la hoja verde y del Yo, confluyen las órbitas de los dos soles, el exterior y el interior.

Parecidas imágenes, intensamente consideradas y meditadas, son parte integrante de una seria y eficaz preparación de la enseñanza religiosa.

QUINTA JORNADA

Ayer acabamos nuestra disertación tratando de interpretar la naturaleza en sentido goetheano. Goethe dice: «Todo lo efímero es solo un símbolo». Es necesario reconocer el gran valor de tales máximas.

El materialismo científico toma en consideración solamente lo efímero y nos presenta fantasmas: el fin del mundo, la muerte por calentamiento del universo, una existencia vacía. La concepción india considera maya el mundo visible y afirma que el hombre perfeccionándose interiormente debería llegar en breve a rechazar este mundo terrenal. Goethe no niega los valores de la tierra, sino que los afirma y sustenta que, lejos de perderse en la esencia aparente de ella, el hombre debe asumir el elemento terrestre como símbolo del espíritu. La frase citada arriba es eminentemente cristiana y debería fecundar la enseñanza religiosa en las clases medias y superiores. El adolescente es llevado a observar lo que ocurre en torno a él con los sentidos despiertos; el enseñante debe por lo tanto poseer conocimientos sólidos sobre la realidad del mundo exterior y conocer al mismo tiempo el aspecto espiritual de ellos ya que a menudo las almas de los jóvenes están ávidas de saber lo que se esconde detrás de las cosas. Como hemos visto las fiestas están insertadas providencialmente en el curso del año de modo que adelantan todo cuanto la naturaleza nos ofrecerá. El alma del hombre tiene de ese modo una experiencia corroborante, y se vuelve capaz, verdadero Cristóforo cósmico, de hacerse portador del espíritu a través de la naturaleza.

Consideremos ahora al hombre en relación a los tres reinos que están debajo de él, o sea al mineral, a la planta y al animal. Frente a la pesadez de la piedra es fácil medir nuestra superioridad, nuestra libertad de movimiento. A los niños se les puede hacer sentir esta

diferencia contándoles cuentos en los que se habla de hombres transformados en piedras, y así se puedan dar cuenta de la libertad humana.

La planta se dirige hacia el sol pero está enraizada en el suelo; Recibe mucho de la tierra pero no se puede expresar en palabras, no puede exteriorizar alegría o dolor. Todo en ella está como en espera.

El animal siente el placer y el sufrimiento, que es otra cosa que la alegría y el dolor; se sabe expresar pero no le es concedido exteriorizar en palabras las propias sensaciones. Si probamos a concentrar nuestro pensamiento en cualquier animal sentimos que en él hay como una detención. El animal tiene siempre un desarrollo unilateral.

Para dar un ejemplo se puede contar el episodio de la Odisea en la que los compañeros de Ulises, transformados en cerdos, solamente pudieron manifestar su sufrimiento con un gruñido monótono.

El hombre al contrario tiene la posibilidad de pensar y de hablar, tiene el don de la palabra.

¿Cómo podemos identificarnos en la vida de la naturaleza? Consideremos la planta; concentrémonos con calma durante algún minuto sobre lo que una planta o una flor expresan, también mediante su perfume. Insistiendo en este ejercicio se tendrá la singular sensación de que en pocas flores logramos soportar durante largo tiempo el olor. Esto sucede porque en el proceso de floración se manifiesta en parte una cualidad anímica de naturaleza animal que, en cierto sentido, nos es propia y a la que nuestra esencia humana se opone. La flor de tilo tiene un alto grado de pureza y su perfume es soportable durante más tiempo; en el jazmín, y más aún en el lirio, a pesar de la belleza exterior, se advierte un presagio de putrefacción y de muerte.

Un poeta dijo una vez que un ángel descendió del cielo y se metió en el cáliz de una azucena donde desfalleció a la búsqueda de lo que perdió.

Así como el perfume prolongado de la azucena nos disgusta, el de la rosa, que es el más afín a la naturaleza humana, nos atrae. Acogemos su belleza y nada en ella nos molesta. En las flores de la rosa hay algo de consolador, sus hojas dentelladas y el arbusto espinoso en cambio tienen un algo de belicoso. Los primeros cultivadores de rosas fueron los antiguos

persas que consideraban esta planta el símbolo de la lucha entre la luz y la oscuridad. La rosa se sustrae a la oscuridad y manifiesta al sol en la flor que simboliza la posibilidad de transformar fuerzas oscuras en luz irradiante. Goethe decía sentirse partícipe de una estirpe que, emergiendo de las tinieblas, tiende a la luz.

Esto realiza la rosa a nuestros ojos.

Con los chicos se hablará a través de imágenes de la rosa y del lirio y por lo tanto se pasará al análisis de las palabras: la raíz lil es un término antiquísimo que indica la flor y la encontramos por ejemplo en las lenguas finesa y estona. Quien ejecuta eurítmicamente los sonidos que componen esta palabra, conectando el sonido a la imagen, sentirá que en ella vive por un lado la fuerza germinadora y por otro la solar irradiante. La flor se ha incorporado. Más adelante veremos que esta realidad se expresa en una leyenda polaca.

Las flores, los arbustos, los árboles, tienen en los diferentes lenguajes nombres completamente diferentes y las bayas tienen a veces apelativos diferentes de una región a otra de la misma nación. El nombre de la rosa en cambio está presente en todas las lenguas europeas y no ha sufrido variaciones. Roma invadió toda Europa con la palabra rosa-rosae, el águila romana oscilaba en el signo de Marte, pero su plumaje llevaba polen de rosa. Los romanos desarrollaron la cultura de la personalidad; "persona" se llamaba a la máscara que cubría el rostro de los actores y debemos considerar que quien recita llevando una máscara tiene que tener una personalidad muy fuerte. Roma significaba fuerza y potencia, pero la inversión de la palabra Roma, por una coincidencia significativa, es amor.

Advertimos una antítesis singular en el fragmento del Evangelio de Lucas (2, 1) que dice: «Sucedió que por aquellos días salió un edicto de Cesar Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo; y este empadronamiento fue el primero de todos... » ¿Por qué un censo del pueblo? Es el signo de que ahora el hombre es considerado como individuo. Antes se acostumbraba a contar los ejércitos haciendo que todos los hombres se alineasen en un terreno delimitado que valía como unidad de medida. Multiplicando dicha unidad se estimaba el número de soldados de modo bastante basto e impreciso. Ahora en cambio por primera vez el emperador quiere censar sus súbditos uno a uno, ciertamente no por motivos humanitarios, sino para calcular la cuantía de los impuestos que la caja estatal romana podía conseguir de cada una de las provincias.

En este hecho advertimos una tendencia decadente en el impulso de los Césares que valoraban a los hombres como individuo sólo para obtener una ventaja económica.

Fue justo en esta época que la Gracia del Padre envió a la tierra al Hijo. Al impuso terrenal del emperador se contrapuso el impulso divino del amor. La potente sabiduría divina del Padre se entrelaza con las fuerzas de gracia del Hijo. Todo lo que de ello ha derivado a través del gran curso de los tiempos es Adviento.

Pero volvamos a buscar el Adviento en el breve curso de un año desde un punto de vista imaginativo, e introduzcamos a cada uno en su lugar, el mineral, la planta y el animal.

PEQUEÑA LEYENDA

Quien se interna en el bosque la noche de S. Juan puede encontrar en lugares determinados grandes piedras, peñascos erráticos caídos en épocas prehistóricas o peñascos abandonados allí después de haber sido extraídos de las canteras. Ellos yacen, inmóviles y pesados, y no pueden contar a la gente lo que experimentan durante los meses fríos del invierno o en el calor veraniego. Tampoco pueden hablar entre ellos. Sólo una vez al año lo pueden hacer, en la noche de S. Juan. Si llegamos a uno de estos lugares sin haber mentido una sola vez en la última semana, podremos entender las palabras susurradas por las piedras y quedaremos tan conmovidos que no podremos repetir a nadie lo que hemos oído.

Quien atraviesa el bosque en otoño, en el silencio roto tan solo por el crujido de las hojas secas, entre los árboles ya desnudos, podrá sentir, en el instante en el que cae la última hoja, que el árbol empieza a temblar sumisamente a lo largo del tronco y a decir una palabra. Quien oye este palabra sabe que es sagrada y la cerrará en su corazón sin poderla comunicar a nadie.

Y ahora escuchemos a los pájaros de paso: lo que ellos se dicen durante el verano silbando y gorjeando, es bello, alegre y excitante. Pero la palabra sagrada, el gran misterio no vive en aquel canto, los pájaros no lo conocen aún y solamente lo aprenderán en otoño cuando se eleven con su gran vuelo hacia el sur. Entonces ellos gritarán exultantes, desapareciendo en la lejanía.

Y he aquí que llega diciembre, el mes que porta el invierno y la Navidad. El hombre se acerca al Pesebre, bajo las luces radiantes del árbol. Cuando, en la Nochebuena, llega la sonrisa del Niño Jesús y se escuche el canto de gloria de los ángeles, entonces por fin se podrá expresar lo que las piedras, las plantas y los animales dijeron. Se habían alegrado por el nacimiento del Niño en la oscura noche invernal: Las piedras en S. Juan, las plantas en otoño, los animales en el tardo otoño.

Si las piedras, las plantas y los animales necesitan tanto tiempo para prepararse a la alegría de la noche santa, también vosotros, queridos niños, no debéis dejaros coger sin estar preparados. Compartid la espera con las piedras en S. Juan, con las plantas, en otoño, con los animales en el tardo otoño y pensad en el Niño que vendrá la noche de Navidad; acogedlo no sólo por vosotros sino también por la piedra, por la planta y por el animal.

Muchos secretos latentes en la profundidad del alma humana están conectados con la rosa. La novela que sigue contiene algunos bellos motivos sobre ello y aquí se relata de forma adecuada para una clase de religión.

LA REINA DE LAS NIEVES (H.C. Andersen)

Eran una vez un niño y una niña que crecían juntos y eran muy amigos. La mamá del chico tenía una caja de rosas sobre el alféizar.

En aquellos tiempos el diablo había fabricado un gran espejo en el que cada cosa aparecía deformada. Él obtenía con ello una alegría diabólica y no se contentó con lo que se encontraba sobre la tierra, quería ver también como se reflejaba el cielo en su espejo. Cuando allí se reflejó el rostro de Dios el espejo se rompió en muchas pequeñas esquirlas que cayeron sobre la tierra y acabaron en los ojos y en el corazón de los hombres. Y quien sentía que le penetraba en los ojos o en el corazón una de aquellas esquirlas veía cada cosa mala y deforme, ya no tenía alegría, se estremecía y su alma quedaba fría. Una de estas esquirlas penetró en los ojos del muchacho, cuyo nombre era Kay. La niña se afligía porque ya no reconocía a su amigo: si antes habían jugado juntos alegremente, ahora él encontraba en cada juego; cuando ella admiraba una rosa enseguida él notaba un feo gusano que

salía de ella y si ella quería contarle un cuento él decía que eran estupideces de niños. En poco tiempo entre los dos chicos se creó un abismo. Mientras que un tiempo se divertían mirando la alegre danza de los copos de nieve, ahora Kay no veía en ellos más que formas geométricas... Un día Kay vio una señora envuelta en pieles que recorría la ciudad sobre un trineo; no pudiendo resistirse la siguió y ató su pequeño trineo al de ella. Partió para hacer un largo viaje a través de muchos países, lejanos, hacia el Norte, donde la reina de las nieves tenía su castillo de hielo. El pequeño Kay se halló así prisionero, la reina de las nieves había tocado su corazón y apagado un él la última chispa.

Kay ya no sentía nada, ni siquiera el frío. Se sentaba en una gran sala centelleante de hielo y jugaba con los pedacitos de hielo: si lograra disponer los cubitos en cierto orden y formar con ellos una palabra, una determinada palabra, quedaría libre. Pero debía ser capaz de componer aquella palabra.

La niña, que permanecía en la más profunda aflicción salió de viaje para buscar a su amigo. Para tener una guía en su búsqueda debía renunciar a cuanto poseía de bonito, así que lanzó al río sus zapatitos rojos.

Subió sobre una barca que se alejó de la orilla y la transportó cada vez más lejos, por el país. A la noche la barca arribó y la niña vio que había caído en casa de una vieja bruja. En el jardín de ésta crecían muchas flores, también rosas, pero antes de que la niña llegase donde ella, la vieja, con un encantamiento, hundió todas las rosas en el suelo. La niña se entretuvo largo tiempo en casa de la vieja y se olvidó de Kay... pero cuando estaba en el jardín siempre tenía la sensación de que faltaba una flor y no lograba acordarse qué flor era ni a formular su nombre. Sobre el cabello de la vieja bruja había rosas artificiales y, al verlas, la niña se acordó de repente que eran justo las rosas las que crecían sobre el alfeizar de la mamá de Kay. Acordándose de estas cosas lloró lágrimas amargas y cuando sus lágrimas cayeron al suelo las rosas volvieron de repente a florecer.

La niña entonces no quiso entretenerse más tiempo en la casa de la vieja bruja y retomó su peregrinaje en busca de Kay; tras mil aventuras y desilusiones prosiguió con valor y, después de caer incluso en manos de los bandidos, llegó al extremo norte. Aquí el frío era tal que ella debió refugiarse en la choza de una mujer. La pequeña le contó el largo camino recorrido y cómo se desprendió de todo para reencontrar a Kay. La mujer a su vez le contó

que el chico estaba prisionero en el palacio de la reina de las nieves. ¿«Con qué fuerza podré liberarlo? —preguntó la niña a la mujer—¿Bastará la fuerza de doce hombres?» No, dijo la mujer, no basta. La pequeña se quedó estupefacta. Pero la mujer continuó: «Tú lo puedes hacer porque en tu corazón vive una fuerza aún más grande. Vete pues allá arriba con lo que llevas en el corazón, conseguirás liberarlo.»

Llegó así al edificio centelleante de la reina de las nieves y encontró al chico helado y medio dormido: él no había hecho otra cosa que calcular y calcular tratando de disponer los pedacitos de hielo de modo que formara la palabra libertadora, pero en vano. Apenas ella lo vio lo apretó entre los brazos llorando cálidas lágrimas y cuando las lágrimas de la niña mojaron las mejillas de Kay y bajaron a su corazón, la esquirla del espejo del diablo cayó... Cuando después las lágrimas cayeron sobre los pedacitos de hielo estos se dispusieron por sí solos a formar la palabra que el pequeño Kay, con todos sus cálculos, no había logrado componer. ¡La palabra era: "Eternidad!" Él estaba libre!... Se miraron y se dieron cuenta de que se habían hecho grandes. Volvieron a casa donde las rosas florecen aún.

En esta historia no se habla de Navidad, sin embargo se describe un acontecimiento navideño, porque el hombre es liberado gracias a la fuerza del amor puro que es superior al de la antigua y legendaria de los doce hombres cósmicos. El Cristo que el hombre lleva en el corazón domina sobre todas las fuerzas mágicas.

Y ahora añadamos a la imagen de la rosa la del lirio según una leyenda polaca.

El Señor Dios creó la tierra, con sus montes, valles, mares, ríos, nubes en el cielo, el sol y la luna, árboles, hierbas, flores y todos los animales. Creó también al hombre, Adán.

Quiso después crear también a una compañera para el hombre y lo hizo utilizando las sustancias más refinada, más nobles y puras que la tierra pudiera producir. Tomó un poco de sustancia de las flores y de las hierbas, de la luz del sol, del agua de la fuente; con todo esto creó, con su mano divina y bendita, una figura femenina, maravillosa y delicada. La llamó Lilith. Después la tomó de la mano y la condujo donde Adán, el cual dijo: «Señor, tú

me has creado y eso me alegra; ahora has creado a esta mujer y esto me entristece porque ella es demasiado fina para ser mi mujer.» Entonces el Señor tomó de nuevo a Lilith de la mano y la condujo a una habitación dorada colocada justo detrás de su trono:

«Espera aquí, le dijo, hasta que yo te llame».

Creó entonces una segunda mujer trayéndola de la costilla de Adán, Eva. Cuándo Adán la vio dijo: «Ésta es igual a mí y puede ser mi mujer.» Después vino la tentación por parte de la serpiente, el pecado original, la expulsión del paraíso, la tierra se volvió cada vez más fría y oscura. Cuando sobre la tierra dominaron totalmente las tinieblas, Dios tuvo compasión, abrió la habitación de oro en la que estaba Lilith y le dijo: «Baja a la tierra a ayudar a los hombres.» Lilith nació entonces como Virgen María y en su cuerpo puro se encarnó lo que se convertiría en el portador de las fuerzas de Cristo. Cuando él nació brotó una rosa y así la rosa estaba en el regazo de Lilith, el lirio.

SEXTA JORNADA

Para desarrollar este trabajo debemos disponer de una paleta rica en matices de color; los cuentos que he propuesto hasta ahora no han tocado más que algunos de los puntos que deseo tratar. Hay que resaltar, por ejemplo, que los chicos que frecuentan los últimos años de EGB tienen ya exigencias sociales bastante marcadas. Sus ojos están abiertos y listos para percibir algunas de las miserias de la vida y como consecuencia si nosotros nos limitamos a sugerir su atención solo para lo bello y lo bueno que llueve del cielo, no lograremos hacer frente a sus experiencias reales.

De vez en cuando es bueno hablar también de las tinieblas terrenales en las que vivimos.

Un cuento en que el elemento religioso y el social están entrelazados de modo ejemplar es «A Christmas Carol» de Charles Dickens.

Rudolf Steiner encomendó esta novela para el curso de inglés en una novena clase, por lo tanto para chicos de catorce/quince años. Los enseñantes trataron de llevar a la práctica sus consejos pero poco tiempo después, durante una reunión de docentes, refirieron que el lenguaje de aquel cuento resultaba demasiado difícil para la novena clase. «las dificultades del texto— contestó Rudolf Steiner—no me preocupan gran cosa, pero tengo buenas razones para aconsejar el contenido de este cuento admirable, porque desde el punto de vista espiritual ocurren hechos extraordinariamente importantes.»

Y efectivamente en este cuento se siente que, gracias a las potencias sabias y socorredoras, el hombre recibe algo que tiene el significado de un regalo navideño, válido para toda la vida. Debería por lo tanto ser leído y releído. El argumento es conocido: un viejo avaro, Ebenezer Scrooge, está, la tarde de la víspera de Navidad, en su despacho. Este

día de fiesta para él no representa más que un desagradable fastidio porque le impide ganar dinero. ¿Cuánto dinero perderé a causa de la Navidad? Sería capaz de calcularlo con precisión. Hace siete años exactamente que su socio Marley murió, un hombre de su misma ralea.

Llega el nieto de Scrooge que lo invita a su casa para la comida de Navidad, después se presentan unos señores que están haciendo una colecta para los pobres. Pero el avaro opone a todo una negativa y sigue trabajando en su despacho. Allí al lado en una habitación poco caliente, trabaja su empleado, Bob. ¡Ay, si él osara pedir una paletada suplementaria de carbón para su estufa, su despido sería inmediato!...

Después de haber trabajado mucho, Scrooge vuelve a su casa, miserable y fría, se quita la capa con un escalofrío y en aquel momento oye un tintineo, como de cadenas arrastradas pesadamente por el suelo: es el espíritu del viejo Marley que viene a hacerle una visita. Scrooge trata de convencerse a sí mismo de que se trata de una alucinación, de una ilusión de los sentidos, pero el espíritu de Marley le asegura de lo contrario. Finalmente Scrooge le pregunta: «¿Cómo te han ido los asuntos en estos siete años? » «¿Asuntos, asuntos? He perdido el asunto más grande: ser un hombre y vivir para mis semejantes. Por eso me toca errar sin tregua.» «Jakob—retoma Scrooge—¿cómo es el mundo en el que tú vives?» «Hay una ley» responde Marley «para cada alma humana es tal que sus sentimientos, sus mejores pensamientos, su voluntad más profunda debería dirigirse a los demás. Si el espíritu humano descuida durante la vida terrenal asistir al prójimo, después de la muerte es condenado a hacerlo sin pausa. Él ve todas las acciones que no ha realizado y que ahora no puede ya realizar.» Marley quería preservar a Scrooge de este destino. «¡Tres espíritus vendrán a visitarte a la medianoche, espéralos y escucha las enseñanzas que tienen que darte!» Dicho esto el espíritu de Marley desaparece, arrastrando detrás las cadenas tintineantes.

Los tres espíritus que aparecen a la medianoche son los espíritus de tres Navidades: de la Navidad pasada, de la Navidad presente y de la futura. Primero viene el espíritu de las Navidades pasadas, las de la infancia de Scrooge. Él conduce Scrooge por un camino durante un frío día invernal, entre chicos que se retiran con sus pequeños trineos. Scrooge reconoce la casa, ve un pobre niño solitario... Es él! Una lágrima le corre sobre la mejilla.

«¿Qué sucede?» le pregunta el espíritu. «Nada, sólo es una burbujita que me fastidia» responde Scrooge. Las imágenes de la infancia comienzan a disolver su corazón endurecido.

Después se ve a sí mismo en el tiempo en el que era un joven aprendiz. Su jefe, el querido viejo Fezziwig, quiere celebrar la Navidad junto a sus empleados, a la vieja manera inglesa, en una atmósfera de alegría, de cordialidad y de calidez. ¿«Cuánto ha costado todo esto? —pregunta el espíritu—Sólo un par de esterlinas del miserable oro que los hombres poseen.» Pero Scrooge insiste: «No se trata de eso, oh espíritu. El calor con el que todo es regalado: eso es lo que cuenta.»

El cuento continúa con la descripción de los años siguientes durante los cuales Scrooge, se convierte en un hombre maduro, que se endurece cada vez más. Él amaba a una chica, muy rica interiormente, pero desgraciadamente pobre en cuanto a medios. A medida que la avidez de dinero crecía en él, el amor por ella disminuía y rompió el noviazgo.

Así se hace cada vez más solitario.

Después aparece el espíritu de la Navidad presente. Scrooge ve su habitación adornada de ramitas de abeto y de acebo. Sobre la mesa hay exquisiteces, la habitación está perfumada y las velas arden.

El espíritu pide acompañar a Scrooge. Ellos caminan por la ciudad donde arden los preparativos para la fiesta y llegan a un barrio pobre dónde está la habitación de Bob, el contable de Scrooge. Dickens describe con mucha calidez la Nochebuena en casa de esta pobre gente: está también Tiny Tim, el hijo lisiado de Bob, su gran preocupación, al que se dirigen los cariñosos cuidados de todos. La familia estaba alegre aunque el ponche se bebiera en tazas melladas. Cuando la alegría está en la cumbre Bob propone un brindis a la salud de Scrooge que les ha proporcionado esta bonita fiesta. Todos callan y la propuesta no encuentra eco en los presentes. ¿Un brindis por Scrooge? ¡Es demasiado! Finalmente se brinda, pero sin entusiasmo.

Scrooge es conducido más allá por el espíritu de la Navidad presente, ve muchos interiores donde se hace fiesta, tanto ricos como pobres. Llega a la ribera del mar y sobre un barco ve que el comandante estrecha la mano a los marineros, deseándoles una buena Navidad.

Su nieto le había invitado la víspera a comer a su casa; pero Scrooge la había rechazado secamente: ¡no se hablaba más de ello, la cosa está excluida! Ahora, conducido por el espíritu de la Navidad presente, ve lo que sucede en casa del nieto. También aquí todos se hallan reunidos en una cálida y alegre atmósfera. Scrooge está tan encantado de la visión que no querría alejarse, pero el espíritu lo arrastra fuera consigo, fuera, por las calles, en otros lugares, junto a otra gente.

De vez en cuando el espíritu sacude su antorcha y deja caer a tierra chispitas que emanan un buen perfume. Scrooge le pregunta el significado de aquel gesto y él responde que se trata de chispas del fuego navideño que, brotan aquí y allá, tienen el poder de embellecer las cosas cotidianas adquiriendo así éstas esplendor, sobre todo en las casas de los pobres.

Pero el tiempo parece volar: el espíritu de la Navidad presente ha envejecido de improviso y con palabras severas y admonitorias se despide de Scrooge.

Ahora aparece una figura oscura, que no habla. Es el espíritu de las Navidades futuras, que conduce a Scrooge a la Bolsa. Aquí él asiste a la conversación de dos agentes de cambio que están hablando de alguien que ha muerto. «¿Seguro que ha muerto?» «¿Cuándo lo ha visto por última vez?» «Ayer. Ya era hora de que muriese!» «¿Vamos juntos al funeral?» «Yo no tengo ningún motivo para ir allá.» «Yo voy allí, porque dan de comer!»

Scrooge es conducido a otro lugar, junto a un chamarilero. Aquí una mujer empleada en vestir a los cadáveres y un sepulturero están malvendiendo objetos robados de una habitación mortuoria. Ve sábanas, parecidas a las de su cama; los dos hablan del muerto sin cuidado, con frialdad.

Después el espíritu conduce a Scrooge junto al lecho del muerto que yace cubierto y lo invita a levantar la sábana. Scrooge está horrorizado. Implora al espíritu que le saque fuera y le pregunta: «Quién es ése de quien me muestras la muerte?» El espíritu lo conduce al cementerio donde, sobre una tumba reciente hay una lápida con un nombre: Ebenezer Scrooge... Lleno de espanto Scrooge se agarra al espíritu: «¿Esto debe suceder?» pregunta. Dentro de sí oye las palabras: «Los caminos del hombre están señalados mientras él camine en una dirección; pero si cambia de dirección, cambia también su destino».

Estas palabras son las últimas que Scrooge oye.

Después se acuerda que está en su cama y se despierta lentamente. Los cortinajes están allí, en su sitio, los mismos que había visto en la tienda del ropavejero. Finalmente se despierta completamente, bañado de sudor, reconoce su habitación, ve el sol a través de los cristales helados de la ventana. Scrooge se asoma y ve un muchacho: «¡Eh chico!, ¿qué día es hoy?» «¡Es el día de Navidad!» le responde. Scrooge piensa: «¡cómo trabajan los espíritus, todo esto en una sola noche!...», luego dice: «¿Has visto un gran pavo en la tienda de enfrente?» «¿Cuál, aquel grande como yo?» «Sí, justamente aquél.» «¿Y bien?» ... «Corre a comprarlo, después toma un coche y llévaselo a Bob Cnatchit.»

Después exclama: «De ahora en adelante quiero vivir con los espíritus del pasado, del presente y del futuro.» El día siguiente le llama con voz tonante a Bob. El contable entra, todo tembloroso. ¿Qué le sucederá? ¡Seguro una disminución de sueldo, si no la cuenta! — «Bob, le he llamado porque he decidido... aumentarle el sueldo desde hoy.» Bob piensa que no ha entendido bien, no cree en sus propios oídos y de golpe sospecha que su jefe ha perdido la razón... ¡Rápidamente agarra una regla, nunca se sabe lo que puede hacer un hombre en esas condiciones! Pero debe convencerse de que Scrooge ya no es el mismo de antes y que la noche de Navidad ha dado un vuelco y una transformación en su vida. Él se convierte en un amigo para Bob y para todos, en un verdadero padre para Tiny Tim.

La narración es rica en particulares finos y delicados de los que se da cuenta gradualmente, leyendo con atención el texto. Dickens describió, por ejemplo, con mucha evidencia todos los placeres terrestres que están conectados con el día de fiesta. No se debe creer que estas descripciones minuciosos sean irrelevantes o poco espirituales y que no tengan que ver con el elemento religioso. Al contrario, el enseñante debe tener cuidad en valorar cada matiz, no descuidando ningún particular porque las descripciones de Dikens están llenas de calor y también los hechos materiales expresan el fervor navideño que invade todo el mundo sensible. La lectura de este cuento es como una llama encendida sobre el altar del amor e inflama las almas de los chicos con un impulso eminentemente cristiano. Algo de la esencia celta vive aún en la parte mejor de la índole inglesa y se sabe que los Celtas tenían una especie de presagio de la futura vida terrenal de la entidad de Cristo.

Para concluir podemos preguntarnos en qué punto del cuento quiso poner Dickens el principio de la transformación del alma de Scrooge. Vemos entonces que esto ocurre exactamente cuando el espíritu de la Navidad, pasada la puerta, recuerda la infancia.

Esta constatación nos da la oportunidad de detenernos en el valor moral del recuerdo. Recordar no significa sólo el llevar a la conciencia un determinado contenido mnemónico. Los recuerdos ligados a nuestro destino, y especialmente los referentes a la infancia, son importantísimos. Cuando vuelven a emerger, hacen revivir en nosotros los impulsos que entonces nos colmaban. Con una de sus intuiciones más significativas Rudolf Steiner dijo una vez que las personas que viven juntas en una comunidad deberían reunirse de tanto en tanto para recordar cómo y cuando se conocieron; deberían llamar a la memoria con imágenes el modo en el que, después de aquel primer encuentro, han vivido juntos, cómo han transcurrido sus vidas. Haciendo esto suscitarán en sí mismos grandes impulsos morales.

Será muy útil si el enseñante, durante el Adviento, realiza dentro de sí el recorrido indicado por Dickens, repasando la propia infancia y recordando sus Navidades pasadas.

Hay otros motivos para considerar estimulante esta obra del escritor inglés, que exteriormente parece no tener gran resonancia. La concepción del destino, por ejemplo, grandiosa y al mismo tiempo liberadora, que se expresa con las palabras: «Las vidas del hombre portan en sí su meta. Pero si el hombre emprende un camino diferente, también la meta puede cambiar.» Y la frase pronunciada por Scrooge cuando, compadecido y agitado, se encuentra en presencia del espíritu oscuro de las Navidades futuras. Es una frase de gran alcance, que invierte todo género de fatalismo y lectura astrológica del destino.

No olvidemos, finalmente, el sutil humorismo que recorre toda la narración. El humorismo es esencial e indispensable cuando se quiere experimentar el espíritu y hablar de él.

Al dar las indicaciones escénicas que acompañan las sagradas representaciones navideñas de Oberufer, Rudolf Steiner indicó a menudo el sano y fresco humorismo que se expresa en aquellas antiguas representaciones populares.

Y a este propósito quiero citar un episodio que les referí durante una reunión de maestros: de joven, cuando vivía en Viena, se solía encontrar a la mañana, por el camino, a

un viejo profesor de matemáticas o de filosofía. Ellos no se conocían pero tenían la costumbre de saludarse. Cada vez su relación se hizo más cordial hasta que un día el viejo le dijo: «Mocetón, venga conmigo.» Lo condujo a su casa, lo hizo sentar en la biblioteca y lo entretuvo con sus temas de conocimiento sobre teorética y matemáticas. Después se informó sobre los intereses de su nuevo amigo y cuando escuchó que se ocupaba de ocultismo exclamó: «¿Usted sería un ocultista? Pero ¿sabe que para eso se requiere una buena dosis de humorismo?»

Al contar este episodio a los enseñantes de la escuela Waldorf Rudolf Steiner añadió con mucha espontaneidad: «nunca se ha dicho sobre ocultismo una frase más exacta que esta.»

SÉPTIMA JORNADA

Quien se ocupa de la educación religiosa debe tener presente el hecho de que en cada manifestación terrenal sea grande o pequeña, está reflejado el hombre. La figura y el comportamiento de una persona reflejan su hábito mental, su modo de sentir, su voluntad. En el rostro también es posible advertir una especie de imagen empequeñecida de toda la persona.

En la zona frontal, en efecto, podemos observar una afinidad con la cabeza; en la región que va desde la raíz de la nariz hasta los labios superiores encontramos el sistema rítmico, mientras en el mentón y en la mandíbula podemos reconocer el elemento volitivo. En pequeño, el rostro refleja realmente la personalidad global. Un enseñante de religión no debería descuidar este género de análisis fisio-psicológicos.

Rudolf Steiner hizo notar que la actitud interior de una persona trasluce algunos de sus gestos característicos, que es fácil observar sobre todo mientras el individuo medita o reflexiona. Hay quien tiene la costumbre de tocarse el mentón, quién suele tocarse la nariz o llevar la mano a la frente. Desde el punto de vista científico-espiritual se puede deducir de ello que, en el primer caso, estamos frente a un hombre volitivo; el segundo, el que posa su dedo sobre la nariz, tendrá más bien una naturaleza juiciosa y afectiva, mientras que el que sostiene la frente con la mano lleva en sí las fuerzas del alma consciente.

A la par que esta imagen empequeñecida del hombre se puede encontrar también una agrandada fuera de él: en Europa, por ejemplo, parece que se extienda una gran figura humana, en el sentido de que, si se pudieran resumir todas las lenguas europeos en un único lenguaje, muchos aspectos de la esencia humana de la cual cada idioma es el representante, se aclararían de modo singular.

Allá donde una lengua revela una riqueza particular, el alma se muestra pobre y tiene necesidad de la integración de las otras, pero todas, tomadas en su conjunto, se funden en la imagen figurada de un gran ser humano.

En seno de los diferentes lenguajes debemos distinguir diversas categorías de palabras. Cada lengua tiene vocablos apropiados para las relaciones convencionales o, mejor dicho aún, profanas; tiene además términos para las relaciones comerciales pero que no aclaran las cualidades de un pueblo ni su esencialidad humana. Y finalmente posee sus vocablos sagrados, cuya procedencia se remonta a los misterios. Un estudio orgánico de tales vocablos constituye una ciencia nueva, la logosofía, según la cual el hombre está constituido justo como la ciencia del espíritu antroposófica lo describe. Un examen comparado de los lenguajes destaca todos los conocimientos científico-espirituales sobre la respiración, sobre la sangre y sobre la esencia más profunda de los órganos. De esta investigación emerge al final no sólo una imagen del hombre cristianizado sino también la de Cristo mismo como representante de la humanidad.

Cuando se elige un cuento, una saga o una leyenda para la escuela, siempre conviene informarse sobre la procedencia verificando de qué pueblo y de qué tradición proviene y la contribución especial de aquel pueblo en comparación con otros; sobre todo se debe tratar de entender qué posibilidades tiene aquel determinado pueblo de conocer a Cristo. No es lo mismo narrar una novela polaca, noruega o flamenca. Hace falta sumergirse en el aspecto peculiar y unilateral del pueblo individual hasta casi padecerlo, no para rechazar sus características, sino para tratar de integrarlas. Por otra parte se debe aprender a alegrarse por sus dotes particulares, tratando de comprender el lugar que ello ocupa en seno de la humanidad.

Hay una población de Europa sud-oriental que para muchos sonidos presenta aspectos enigmáticos. Su temperamento, su actitud anímica espiritual siempre han suscitado intereses. Nos referimos al pueblo húngaro. ¿Quiénes son los húngaros? Aclararemos enseguida que no se trata de una población joven, sino de un pueblo muy antiguo, como antiquísima es su lengua que tuvo su origen en la tradición euro-asiática. Los húngaros son afines a los finlandeses que según las investigaciones más recientes pertenecen a las

poblaciones europeas primitivas. El llamado elemento Ural-Altaico está presente como infiltración pero no se explica su esencialidad.

¿Por qué el húngaro es tan diferente al ruso? En Rusia está la estepa, en Hungría la puszta. Exteriormente la puszta se parece mucho a la estepa. En la estepa el observador se siente arrastrado más allá del horizonte, se siente llevar fuera. Se puede comprender así la canción rusa, que parece perderse en el horizonte. "Puszta" significa verosimilmente lo vacío . En la puszta el hombre se siente oprimido por un sentimiento de angustia y susto; no un susto basto sino un presagio que se agita en el subconsciente, casi un matiz de aquel sentimiento que en la edad media era llamado "horror vacui", el miedo al vacío. Si el hombre del puszta se abandonase al miedo se volvería fácilmente cobarde, pero el húngaro es atrevido y vence el sentido de vacío que sube de la puszta con su actitud caballeresca que tiene raíces históricas. La caballería está conectado obviamente con el cabalgar, por lo tanto no podemos imaginar la puszta sin los caballos.

Entre los viajes más bellos que se pueden hacer en Europa está la navegación sobre el Danubio, desde Regensburg o Passau hasta Rumania, y durante el trayecto, es interesante observar a los viajeros. Entre Passau, Linz y Viena la gente todavía se siente muy implicada con lo que pasa a sus ojos, ya que los lugares están llenos de recuerdos, de castillos y de localidades históricas. El interés histórico nutre los intelectos y mientras el intelecto es encausado el hombre moderno encuentra interés en las cosas.

Apenas se llega a las regiones húngaras se ve que los viajeros empiezan a bostezar, se ponen a jugar a cartas o a ocuparse de cosas que nada tienen que ver con el paisaje, el cuál tiene un efecto soporífero sobre ellos. Este paisaje en efecto no hace presa sobre la esfera de la cabeza, sino que apela más bien al sistema rítmico desde el cuál estimula la parte conexa con el pensamiento. En cierto sentido los caballos rodados que se ven cabalgar, sin caballero, sobre la puszta húngara son una imagen de esta corriente; también en los antiguos mitos el caballo aparece siempre como portador de las fuerzas de la razón. El caballo húngaro es la imagen del ardiente ser rítmico que domina el intelecto y el caballero húngaro que galopa en la puszta es diferente al cosaco de la llanura rusa: el cosaco es marcial, el húngaro es noble y parece galopar a continuación de Dionisio.

El sentido de angustia es latente en el húngaro que tiene la sensación de no lograr, con su percepción, superar el horizonte y siente chocarse contra algo que lo hace retroceder asustado.

El ruso es comparable a un niño, el húngaro a un viejo lleno de fuego que se pregunta: ¿a dónde ir si el horizonte me rechaza?

En el húngaro está presente un elemento que transmite a la puszta ardiente, color oro pardo, un sentido de paz y puro resplandor. Es un resplandor que el húngaro, al no lograrlo encontrar en su horizonte llano, lo ve al levantar los ojos para contemplar el firmamento. El ruso no mira el cielo estrellado, logra ver las estrellas aquí abajo. Pero el húngaro mira a lo alto y en su índole encontramos, unida a una mundanidad intrépida, caballeresca y audaz (y al mucho vino del Tokay que corre por sus venas) también una tendencia a la melancolía y a la serenidad, una inclinación hacia lo eterno.

Así como en el anciano hay un elevado grado de sabiduría, así en sus cuentos y leyendas, el pueblo húngaro regala a la humanidad mucha sabiduría.

En el breve cuento que sigue se describe un elemento popular conectado a nuestro tema y además algunos aspectos del carácter húngaro están pintados de modo que hacen sentir la unión, espléndida y melancólica al mismo tiempo, que dicho pueblo tiene con la religión.

EL CUENTO DE LOS CORDEROS

Una viuda tenía tres hijos y era tan pobre que los hijos debieron marcharse de casa para tratar de ganar algo. Uno después de otro fueron a casa de un viejo a aprender el oficio.

El viejo tenía un rebaño de ovejas. El mayor de los muchachos le preguntó: «¿qué debo hacer?» «No tienes que hacer mucho —le respondió el viejo— vete con mis corderos al prado, cuídalos atentamente y a la noche cuando estés de vuelta, me dirás qué hierba han pastado y qué agua han bebido.» El joven se alegró de haber recibido un encargo tan fácil, fue con los corderos al prado, se tumbó sobre la hierba y miró el cielo azul, pensando: no he sido encargado de hacer más que esto. Los corderos pastaban tranquilos y pacíficos, pero en un momento dado vio que se acercaban a un arroyo impetuoso, que sólo era atravesado por un estrecho puente decrépito y podrido. Se puso de pie de un salto y se apresuró para tratar

de entretenerlos, pero no lo logró: los llamó repetidamente, pero no lo oyeron. Comenzaron, uno después del otro a pasar sobre el estrecho puentecillo. Sólo un corderito, que se había quedado el último, lo tiró con insistencia de los pantalones, como si quisiese invitarlo a hacer algo. Pero él lo rechazó con la rodilla. Hacia la noche volvieron las ovejas y el chico las condujo a donde el viejo. El le preguntó: «Ahora cuéntame: ¿qué hierba han pastado mis corderos y qué agua han bebido?»—«Han pastado hierba verde y han bebido clara agua de fuente», repuso el muchacho, sorprendido por la pregunta del viejo. Éste sonrió satisfecho: «Has acabado tu servicio de la mejor manera. Aquí tienes tu sueldo.» Y le dio una bolsa llena de bonitas monedas de oro. «Vete y lleva esto a tu madre que lo necesitará», dijo el viejo, «y además te estará esperando.»—«Cómo, ¿ya esperándome? Pero si la he dejado sólo hace un día.»—«Ha pasado más tiempo de lo que piensas. Has estado en mi casa siete años», replicó el viejo. Entonces el hijo tomó la bolsa y se marchó. Pero por el camino se paró en un hostal, se puso a jugar y pronto se disipó su bonito dinero. Así que volvió a casa con la bolsa vacía.

Una suerte análoga le tocó al segundo hermano: también él llevó a pastar los corderos del viejo y no observó nada en especial. También él fue cordialmente despedido y recibió una bolsa llena de ducados, pero guardó su dinero con tanta ligereza que se lo robaron. Y también él volvió donde su madre con las manos vacías.

Ahora le tocó al tercer hijo ir a casa del viejo a trabajar. También a él le fue confiado el rebaño, igual que a sus hermanos. Vino de nuevo el momento en el que los corderos se dirigían hacia el torrente y querían ir sobre el puente estrecho y empapado. El corderito le tiró de los pantalones, y él quería tanto a la bestia, que la acarició y dejó que la condujese donde ellos. Los corderos les siguieron hasta que llegaron a una capilla: en cuanto los corderos llegaron, se les cayeron las pieles y he aquí que delante del muchacho estaban muchos ángeles. También el corderito era un ángel, el más bello de todos, recubierto de oro. Ellos celebraron la Misa, comieron el pan consagrado, bebieron el vino del cáliz santo. Después se volvieron a vestir con sus pieles y pasaron de nuevo el puente. Cuando a la noche el viejo le preguntó al chico: «¡Qué hierba han pastado mis corderos y qué agua han bebido?» el joven contó su aventura. El viejo se alegró mucho y le dijo: «A tí te daré más que a tus hermanos.» Y le dio un pan diciendo: «Este pan no acabará nunca, ya no tendrás más hambre en toda tu vida... Y, no lo olvides, tú has estado al servicio del propio Dios.»

He expuesto el cuento en forma sintética pero naturalmente quien desee contarlo a los niños debe atender abundantemente al color local y al folklore nacional añadiéndole todos aquellos matices que enriquecen la novela y le dan viveza. Como ya he dicho lo que cuenta es la improvisación y la creatividad libre y espontánea, siempre que se respete la ley innata en la acción narrada y la base objetiva del hecho.

A pesar de su sencillez, por lo tanto, este cuento requiere una profunda preparación.

En el cuento siguiente el carácter del pueblo húngaro es aún más evidente.

EL CUENTO DEL HIJO DE REY QUE BUSCABA LA INMORTALIDAD

Era una vez un rey que era el soberano de muchos reinos; sólo tenía un hijo al que amaba tiernamente y al cual trataba de dar todo cuanto su corazón pudiese desear: vestidos preciosos, soberbios caballos, armas maravillosas. Pero el hijo del rey nunca estaba satisfecho: después de alegrarse por un momento, sobre su frente aparecía una arruga de descontento y su mirada se mostraba oscura. Entonces el padre pensó: quizás se consuma por tener una bonita hija de rey y mandó mensajeros a todos los reinos y a todos los países a por retratos de las más bellas princesas.

El hijo del rey examinaba cada día un retrato, pero mientras a la mañana estaba alegre, a mediodía tenía un aire indiferente y a la noche la usual arruga de descontento aparecía sobre su frente. Entonces su padre pensó que debía ser cualquier otra cosa lo que afligía a su hijo, así que le preguntó: «Me gustaría preparar tu bodas y donarte mi reino, pero veo que tu corazón aspira a otra cosa. ¿Qué es lo que te falta?»—«Padre», dijo el hijo de rey, «¿sabes decirme como se puede conseguir la inmortalidad? Hasta que no la haya conseguido, no seré feliz.» El padre, ante tal respuesta se asustó, después se retiró durante muchos días a reflexionar sobre la pregunta de su hijo. Le habría dado todo, pero este deseo no lo podía satisfacer. No osaba ya hacerse ver por él porque temía encontrar su mirada indagadora; y cuando, después de algunos días, volvió a encontrarlo, sintió que la pregunta era aún más apremiante. Entonces el padre dijo: «no soy capaz de contentarte, por lo tanto ponte de viaje, hasta que encuentres un sabio que pueda ayudarte a ir adelante.» Al decir

esto, el padre formuló en su interior una oración al cielo; que su hijo pudiera finalmente curarse de su melancolía.

El hijo salió de viaje, erró durante largo tiempo, atravesó treinta y nueve reinos, pero no encontró a nadie que pudiera satisfacer su ardiente pregunta. Después de haber atravesado el reino número treinta y nueve, llegó a un árbol muy grande, encima del cuál había un águila que arrancaba continuamente minúsculas partículas de madera del tronco del árbol, dejándolas luego caer al suelo. El hijo del rey preguntó: «Hola, ¿qué estás haciendo?» El águila bajó rápidamente y cuando llegó al suelo había cambiado de aspecto, se había convertido en un rey. Entonces contestó al joven: «Afilo mi pico contra el gran árbol, despegando pedacitos de corteza.» «¡Me parece inútil!»—«Pues no es tan inútil como tú piensas. Pero tú, ¿que haces?»—«Busco la inmortalidad», respondió el hijo de rey. «Habeis llegado al lugar apropiado», dijo el otro, y lo condujo a su edificio, dónde fueron acogidos por su hija. Se sentaron en la mesa y comieron en platos de plata pura. El rey dijo a su hija: «Piensa un poco, este hijo de rey busca la inmortalidad. La princesa se echó a reír: «¿La inmortalidad? Entonces habéis llegado al lugar adecuado: sabes, papá continúa transformándose en águila y está sobre aquel gran árbol que has visto, porque nos ha sido profetizado que hasta que no haya consumido la última fibra de la raíz de aquél árbol, nadie morirá en este reino.» «Y cuánto durará eso?» preguntó el hijo del rey. «Seiscientos años.» «Seiscientos años son muchos», dijo el hijo del rey, visiblemente desilusionado, «pero no son una eternidad.» La hija del rey, que sintió simpatía por aquel joven dijo: «me apena que no podamos apagar tu ardiente deseo, pero toma esta imagen, ella tiene el poder, cuando pienses en ella, de conducirte siempre al camino adecuado.» Entonces el hijo del rey se despidió y mientras se alejaba miró una vez más al gran árbol sonriendo: su imagen de la inmortalidad era totalmente diferente.

Continuó su camino guiado por la imagen de la princesa. Llegó a una región con un monte grande y alto, sobre cuya cumbre vio un viejo con una azada. «Hola, ¿qué es lo que cavas ahí arriba?» exclamó el hijo del rey. «Oh, ¿recibo visita?» repuso el viejo. Bajó rápidamente y extendió al visitante ambas manos. «De dónde vienes?» «¿Puedes decirme dónde puedo encontrar la inmortalidad?» preguntó el hijo del rey. «Has hecho bien en venir», dijo el viejo, y lo condujo a su castillo. Aquí la princesa, su hija, la acogió cordialmente, y le hizo sentar en una larga mesa con vajilla de oro. El hijo del rey repitió

que buscaba la inmortalidad. «La inmortalidad está aquí», le dijo el viejo. ¿«Has visto aquel monte? Con mi pequeña azada saco la tierra y aplano el monte, pero hasta que no haya sido extirpada la piedra más pequeña de aquel monte, en este reino, no morirá nadie. «¿Y cuánto durará?», preguntó el hijo del rey. «Ochocientos años.» «Ochocientos años ciertamente es un tiempo larguísimo pero sigue siento tiempo. Yo busco la eternidad.» Así el hijo del rey se despidió de sus huéspedes; pero antes de que partiera, la hija del rey, que le tomó simpatía, le regaló un anillo. «Toma este anillo», le dijo, «cuando lo llevas en el dedo, tiene el poder de llevarte a donde quieras estar, entendiendo siempre sobre la tierra». Al ponerse en camino, el hijo del rey dirigió una sonrisa al alto monte. Después de haber dado cinco pasos dio una vuelta al anillo diciendo: «Deseo llegar a la orilla de la inmortalidad.» Vio entonces un edificio suntuoso que parecía un castillo, colocado sobre la rivera de un gran río. En la puerta lo acogieron y lo condujeron al rey, el cuál le dijo: «Yo aquí no hago más que recibir a los huéspedes y no me ocupo del gobierno del país: lo gobierna mi hija. Pero dime primero, ¿cuál es tu deseo?» «He venido a buscar la inmortalidad.» «entonces te ha guiado una buena estrella», el dijo el rey, «no tengo más que presentarte a mi hija.» La hija del rey acogió cordialmente al huésped. Comieron en un magnífica mesa con vajilla de oro adornada de diamantes. Ella sonrió cuando oyó el deseo de su huésped: lo condujo a otra habitación desde la cuál se vislumbraba un inmenso salón, en el que eran clavadas continuamente, una junto a la otra, innumerables agujas de bordar. «Para qué sirven todas estas agujas?» preguntó el hijo del rey. «Me sirven para bordar», dijo la hija del rey «hasta que la última aguja no sea consumida y partida, nadie morirá en este reino. ¡He aquí lo que es la inmortalidad!» «¿Y cuanto tiempo se necesitará?», preguntó el hijo del rey. «Más de mil años», dijo la hija del rey. «Mil años es un tiempo realmente largo pero no es la eternidad», respondió él. También de aquí se despidió muy triste y la hija del rey le regaló una aguja de oro, diciéndole: «Esta aguja tiene el poder de transformarse en lo que tu desees.»

El hijo del rey salió del castillo y caminó a lo largo del río; sobre la otra orilla vio un magnífico castillo de oro, que brillaba tanto que le hacía daño a los ojos. Pero no había ni un puente ni una barca que permitiera cruzar el río; entonces se acordó de la aguja y la echó abajo, con el deseo de que se transformara en un puente. Y he aquí, que surgió un puente sobre el río. Él pasó por encima y llegó a la entrada del castillo. Aquí había dos gigantes

poderosos, los cuales le impidieron entrar y trataron de sacarlo pero él los amenazó con su espada y tuvieron que dejarlo pasar. Allí se encontró con la reina de la inmortalidad en persona y lo saludó: «Has buscado mucho, ahora puedes pararte donde mí. Aquí estás realmente en el reino de la inmortalidad.» Él era su huésped y podía pasear en los jardines del castillo. Era una alegría estar en esos lugares magníficos, escuchando los bonitos relatos de la reina.

¡Después de haber estado en casa de ella durante dos días, fue preso de una gran nostalgia por su padre, y dijo: «me gustaría quedarme aquí para siempre pero querría volver a ver a mi padre una vez más antes de volver nuevamente! «Podeis hacerlo», repuso la reina de la inmortalidad, «pero ha pasado mucho tiempo desde tu llegada.» «¡Oh no!», dijo el hijo de rey, «estoy aquí solo desde hace dos días.» «Dos días son siempre mil años», dijo la reina, «pero, mira, no quiero oponerme a tu deseo.» Lo condujo a una peña desde la cuál manaban dos fuentes: de una fluía agua de la vida, de la otra agua de la muerte. «Toma este agua de la vida», dijo la reina, «si tú mojas con ella lo que está muerto, ello volverá a vivir, porque en sus cenizas hay aún un grano de cuanto tenía en vida.» Entonces el hijo del rey tomó el agua de la vida y los dones que había recibido precedentemente y después de despedirse de la reina, partió de viaje, atravesando el puente sobre el río. Luego llegó al gran castillo pero lo encontró totalemente vacío y silencioso. Entró y vio un gran abandono. Llegó al salón: la hija del rey estaba dormida, su última aguja se había partido, todas las demás se habían consumido. Roció a la hija del rey con el agua de la vida y ella se despertó creyéndose dormida hace poco tiempo; roció también a los demás, volviéndoles a traer a la vida. Todos estaban contentos, le agradecieron e insistían para que se quedase, pero no podía detenerse. Continuó su viaje y llegó al país del alto monte, pero el monte ya no existía, estaba al ras del suelo: en la llanura silenciosa había algunas ruinas y también tumbas. Él las roció con el agua de la vida; entonces se despertaron el segundo rey y su hija con su séquito y comentaron de haberse dormido mucho tiempo antes.

Ahora el hijo del rey se dirigió hacia el lugar donde estaba el gran árbol, pero no encontró ni siquiera las cenizas. Entonces fue preso de un gran miedo y deseó encontrarse en casa de su padre; pero cuando la alcanzó no encontró más que un grande lago y nada más. Fue cogido por un gran dolor, porque vio que no había nada que el agua de la vida pudiera despertar. Se encontró sin patria y deseó encontrarse en el país de la inmortlidad.

Entonces oyó una fuerte voz gritar: «¡Alto! » Era la muerte: «¡Por fin te he tomado! ¡Te he buscado durante mil años!» Entonces el hijo del rey pensó en el anillo de oro y expresó el deseo de encontrarse en la rivera del río que separaba el gran castillo del castillo de oro. Se sintió transportar velozmente por el aire, pero la muerte le seguía de cerca. Llegó al río, el puente estaba allí listo y él se apresuró a superarlo, pero la muerte lo agarró antes de que hubiera puesto el pie sobre la otra rivera, desde la cual la reina de la inmortalidad le tendía la mano.

«¡Es mío!» gritó la muerte. «Es mío», repuso con calma la reina de la inmortalidad, y así continuaron durante más de una hora. Entonces decidieron llegar a un acuerdo: «¿Hacemos una apuesta?» propuso a la muerte la reina de la inmortalidad. «Depende de cómo sea» repuso la muerte. «La apuesta es ésta», dijo la reina de la inmortalidad «yo tomo a este buen chico y lo dejo arriba en el cielo: si cae en tu terreno será cosa tuya, pero si cae en mi reino será mío.» La muerte aceptó la apuesta, sonriendo de satisfacción. La propuesta le pareció ventajosa porque sabía que tenía la fuerza de atraer hacia sí la trayectoria de aquel cuerpo en su caída. La reina de la inmortalidad agarró al hijo del rey y lo lanzó hacia arriba con un enorme ímpetu. Él desapareció en la dirección del sol y voló por los espacios estelares, alejándose cada vez más. Reapareció después de largo tiempo: volaba hacia abajo y parecía grande como un pájaro. La muerte hizo de todo para atraerlo hacia sí pero la reina de la inmortalidad tenía en el seno, invisible, un diamante color de rosa y su corazón deseaba con gran amor que el hijo de rey le viniera a ella.

El poder de la rosa fue más grande que el poder de la muerte y el hijo del rey descendió en el reino de la reina de la inmortalidad, a un pelo de distancia del reino de la muerte. Ésta tuvo que admitir: «¡He perdido la apuesta!»

Cada pueblo tiene su modo de considerar y expresar la propia relación con lo divino. Tratar de alcanzar esta relación es un estímulo para la profundización religiosa y ofrece una llave de oro para la lectura de la historia. La historia de cada pueblo presenta en el curso de los siglos una historia particular que contribuye válidamente al conocimiento de la inmensurable versatilidad de la naturaleza humana.

«Cuanto más rico es un hombre, más se espera de él.» Una acción educativa que se inspire en la vida, llega a despertar en el corazón de los jóvenes un compromiso como éste que puede influir verdaderamente en su destino.

OCTAVA JORNADA

Cuando los alumnos han alcanzado cierto nivel de madurez y la reflexión racional y el análisis han adquirido en ellos una importancia cada vez mayor, ya no es posible apelar directamente a la esfera del sentimiento. El enseñante se encuentra a menudo en la condición de tener que proponer un largo itinerario lógico antes de poderse dirigir nuevamente a los sentimientos.

En la mente de los chicos, sobre todo en los pertenecientes al sexo masculino, a veces predomina la actitud analítica y, antes de que su modo de pensar adquiera una connotación excesivamente abstracta, conviene infundirles un matiz vivificante, porque la pura abstracción está muerta. A esta edad cualquier cosa tiene que apagarse hasta que una luz nueva vuelva a resplandecer y a infundir calor. A continuación veremos la gran importancia que reviste el tema del Parsifal; ahora, a título de preparación, afrontaremos el problema desde un punto de vista diferente exponiendo los motivos que pueden conferir cualidad al pensamiento. La filosofía hindú Samkhya ofrece en forma genial una concepción en la que el análisis es cómico y de vitalidad artística. En él se habla de tres grados: Tamas, Rajas y Satva que son comparables a tres grados de conciencia o también a tres aspectos de la tierra. A través de estos tres grados es posible tomar en consideración cada cosa.

Tamas es un grado de conciencia obtusa. En la lengua rusa existe aún la palabra tjemny que significa oscuro y en el término alemán Dämmmerung (crepúsculo) se percibe una correspondencia con el hindú Tamas; el crepúsculo de los dioses indica su desaparición en el abismo de la oscuridad. El grado de la gran iluminación y claridad es Satva. Aquí la conciencia llega al máximo desarrollo, es pura e irradiada de verdad. El término de Bodhi-Satva, que nosotros conocemos por la leyenda del Buda, significa el último escalón

preliminar antes de alcanzar la dignidad de Buda. En el Bodhí-Satva la confluencia de las sustancias divinas alcanza la máxima intensidad luminosa.

El grado Rajas era considerado intermedio entre Tamas y Satva. Quién era iniciado en la filosofía Sank aprendía a considerar todas las cosas del mundo preguntándose: ¿a qué grado pertenece esto o aquello? ¿En qué fase evolutiva se encuentra?

El hindú se acercaba también al mundo de los colores, tratando de experimentar de este modo. Cuando yo llego a experimentar en el mundo un matiz azul, tengo que ver con las fuerzas del Tamas. En la naturaleza el manto cósmico que envuelve la tierra y en el cual dominan también las cualidades de la tiniebla, se nos aparece como cielo azul.

Así como en el azul se manifiesta la oscuridad de la gama de los colores Tamas, en el amarillo se manifiesta la claridad de los Satva; en el verde, que está en medio, se experimenta Rajas.

No se conformaba por lo tanto con considerar los colores como elementos estáticos sino que se daba importancia al hecho de ver en ellos el movimiento. En términos modernos se podría hablar de un proceso dinámico. Profundizando el fenómeno de los colones se preguntaba: ¿adónde van a desembocar? ¿De dónde vienen?

Si considerámos las plantas bajo este aspecto, vemos que la hoja verde está en condición Rajas, mientras que la semilla está aún en un estado Satva. En cuanto a la flor tiene que ver con una experiencia muy diferenciada que oscila entre Tamas y Satva. Para entender por qué no es posible considerar como Satva cada tipo de flor se debe tener presente que la planta, en el momento de la floración, se acerca a una condición "animada", de naturaleza casi animal. Bastante más que la hoja, ella se encuentra entonces próxima al pecado original y por lo tanto a una condición de oscuridad, siempre que, tratándose de una planta, se pueda hablar de verdadero y propio pecado original. Un halo Tamas casi imperceptible aletea sobre muchas flores; en algunas plantas exóticas, por ejemplo en ciertas especies de orquídea, ello aparece casi al desnudo. La flor de la rosa, como ya hemos indicado, se encuentra en cambio en el más noble estado Satva.

Estos tres estados o grados también se podrían aplicar a la vida social de los hindúes, por ejemplo, a su división en castas. La casta de los sacerdotes corresponde a la condición Satva; los reyes, los guerreros, y, a un nivel un poco más bajo también los trabajadores

manuales, vivían en la condición Rajas, mientras los parias, los intocables, eran vistos como en dominio de las fuerzas Tamas.

Puede resultar muy provechoso proponer a los adolescentes y también a nosotros mismos, la tarea de reconducir todas las cosas a una de las tres condiciones, Tamas, Rajas y Satva. Cada hombre atraviesa, en los altos y bajos que constituyen su biografía, una y otra de estas situaciones alternativamente. En sus coloquios con Eckermann (coloquio del 11 de marzo de 1828) también Goethe pudo hablar en este sentido de las ofuscaciones y de las iluminaciones que forman el destino del hombre.

Estas consideraciones, si están privadas de pedantería e impregnadas de sagrado fuego, pueden asumir una significado profundo y estimular eficazmente el estímulo de los jóvenes a la autoeducación.

Hay otro medio que contribuye a transmitir fineza cualitativa al pensamiento; se trata de educar a los jóvenes a coger el sentido alegórico de ciertos símbolos. En tal modo un pensamiento, destinado de otro modo a permanecer exánime, adquiere contenidos morales, sin constricción y en el pleno respeto de la libertad.

Un ejemplo excelente de interpretación de los símbolos está constituido por la contraposición de la forma del santuario mahometano de la Kaaba y la de la copa del Grial.

En este caso se trata de hacer sentir el contraste entre la forma cóncava y abierta por un lado y la forma cúbica, llena, por el otro. En esta polaridad se hallan implícitas evoluciones históricas enteras y están caracterizadas las profundas peculiaridades de determinadas corrientes espirituales.

La forma de la Kaaba mahometana, la gran piedra negra de forma cúbica, indica una inclinación hacia el mundo de lo físico, del peso, de la impenetrabilidad, de los contornos exactos. Es como un presagio de todo lo que ha sido el arabismo, cuya misión fue la de procurar a la humanidad occidental aquel tipo de ciencia que ha hecho posible la plena comprensión del mundo físico. Un pensamiento delineado hasta los mínimos detalles, que sólo la intelectualidad abstracta logra comunicarnos, debía proveer el instrumento para esta evolución. De ello resultó una actitud del ánimo dirigida a las cosas terrenales que, si bien fue necesaria, se hizo tan potente que se identificó con todo cuanto está sometido a los sentidos e incluso las representaciones que el mundo árabe se hizo sobre el más allá.

Totalmente diferente es el anuncio que proviene de la imaginación de la copa del Grial. La copa es un símbolo cristiano; ella acoge, acepta, se hace permeable para lo que viene de lo alto, ella sirve. La forma misma de la copa indica éste servir y sólo alcanza la perfección cuando está llena, cuando puede encerrar un contenido, pero no se afirma en el tener. Lo que se afirma en el tener asume, en relación al mundo, la naturaleza del dragón y se convierte en la fuerza que combate Micael.

«A recrear las cosas creadas
para que no se fijen en la inmortalidad
obra una eterna, viviente actividad.»

En estos versos, traídos del poema "Eins und Alles", (Uno y todo) Goethe expresa claramente un impulso micaélita. La naturaleza del dragón, como se manifiesta en particular en nuestro tiempo, se expresa incisivamente con los palabras oscuras y casi llenas que Richard Wagner pone en boca del dragón en el" 'Anillo de los Nibelungos": «Yo yazco y poseo, dejadme dormir».

¿A qué aspira esta copa? Para comprenderlo en el sentido más profundo, recordemos ante todo la leyenda que narra el origen de la copa del Grial.

CÓMO LÚCIFER SE REBELÓ CONTRA EL DESEO DE DIOS

Dios tenía para sí la omnipotencia y la sabiduría y también una tercera virtud a la cual no se le había dado aún un nombre. A un solo Ser permitió preguntar sobre esta tercera virtud: era el Arcángel Micael. Pero este no lo hizo nunca.

Lucifer, que deseaba ardientemente hacerse semejante a Dios, un día asaltó el trono divino y pretendió conocer cuál era este tercer atributo. Él quería hacer de sí un rey divino, pero Micael, el gran Taciturno, que estaba junto al trono del Altísimo combatió contra él y sus filas. Con su espada abatió la corona real de la cabeza de Lucifer y de ella separó una

reluciente piedra roja. La piedra cayó sobre la tierra acompañada por las maldiciones de Lucifer: ¡enfermedad, muerte y ruina sobre el mundo! Mientras la piedra caía Micael la miró y dijo: Al final de los días quiero engarzar esta piedra en la empuñadura de mi espada.

Muchos ángeles, llenos de pensamientos, miraban la empuñadura de la espada de Micael que tenía la forma de una cruz.

La piedra roja fue custodiada secretamente por hombres fiables y transmitida de generación en generación. Finalmente fue trabajada en forma de copa y así llegó a las manos de un hombre devoto, José de Arimatea, que se encontró a los pies de la cruz de Cristo.

Refiriéndonos a las imágenes de esta leyenda, podremos continuar el cuento y contar que el verdadero significado de la copa se cumplió cuando José de Arimatea, a los pies de la cruz, recogió en ella la sangre que goteaba de las heridas del Redentor.

La pura preciosidad de esta sangre puede dar la ocasión para profundizar sobre el misterio del Grial.

De joven tuve ocasión de interrogar a Rudolf Steiner a cerca de la sustancia de la sangre que goteó de las heridas de Cristo, formulando la pregunta: «¿ Es posible imaginar que cuanto reluce en la rosa roja tenga una afinidad con esta sustancia?»

Rudolf Steiner repuso con mucho calor: «¡Seguro! –dijo- la sangre que goteó de aquellas heridas era el más puro zumo terreñal que jamás haya existido. Una leyenda narra incluso que cuando la sangre fluyó de la cruz, acudieron en vuelo las abejas, las cuales como se sabe chupan solo el néctar de las flores, y de aquella sangre obtuvieron miel virgen.»

Con esto los jóvenes deberían tener una intuición del precioso contenido de la copa. Sólo más tarde se les podrá hacer saber que el cristianismo, después de haberse convertido en religión oficial, corrió el riesgo de endurecerse en esta nueva posición de poder mientras determinadas fuerzas más sutiles e interiores se retiraron al silencio y a la sombra. Sin embargo no es oportuno suscitar sentimientos negativos en las comparaciones de cuanto, desde el punto de vista de la historia espiritual, se fue constituyendo sobre los fundamentos

del imperio romano. El imperio romano en efecto tenía una gran tarea que realizar, pero el cristianismo no debía quedar para siempre conexo y el paso de Pedro a Juan debía darse.

Del significado de este paso hablaremos a continuación. Por el momento basta saber que se puede hablar de una corriente juanista, surgida dentro del cristianismo, que acogió y hospedó el misterio del Grial. El Grial fue custodiado en países desconocidos por quien se puso al servicio de esta corriente juanista. Fue construído un castillo en el cual fue acogido como el Santísimo. El castillo del Grial estaba rodeado por una gran selva, propagada de guardas que impedía el ingreso a quien no era llamado, ya que nadie que no hubiera recibido la llamada del mundo espiritual podía ser admitido a la visión del Grial. Al castillo del Grial se llegaba solo bajo la guía de Dios.

De todo esto se les puede hablar a los chicos del ciclo intermedio, mientras la antítesis entre Kaaba y Grial, que hemos puesto en evidencia, es accesible solo a los alumnos más maduros que se arriesgan a perder un tesoro de inestimable valor en relación a su formación religiosa, si en el momento oportuno y en el ámbito de un panorama histórico, no afrontan seriamente el argumento del Grial. Para profundizar y desarrollar este tema el enseñante debe sumergirse durante semanas en la lectura de los textos de Wolfram von Eschenbach, de Chretien de Troyes y de Robert de Borom. El cuento original debe ser estudiado a fondo en cada detalle, descubriendo sus aspectos más íntimos. Sólo así el docente logrará transmitir a sus jóvenes alumnos calor y entusiasmo.

La Historia de Parsifal contiene algunos elementos que merecen una consideración especial y que deseo resumir como conclusión del día de hoy.

La madre Erzelaide vive con su hijo Parsifal en un gran bosque a donde se ha retirado en soledad esperando preservar al chico del contacto con la caballería que les había procurado tantos dolores. El joven corre por los bosques con arco, flechas y jabalina y sólo conoce a su madre, a los pájaros del bosque y al buen Dios que la madre ha descrito como un ser radiante y deslumbrante. Un día, al ver en la selva un caballero de la armadura centelleante, Perceval se arrodilla delante de él y le pregunta humildemente si no es el buen Dios. El caballero ría y le habla de caballería. Cuando el chico refiere a la madre este encuentro, ella intuye que ya no será posible entretenerlo. Y en efecto Perceval quiere correr por el mondo

en busca de aventuras. La madre recurre a la astucia: le confecciona un vestido de loco y como cabalgadura le da un rocín...

Al leer este episodio con los chicos, hay que tener presente cuanto se ha dicho precedentemente, es decir, que si en las clases inferiores se puede confiar en el propio temperamento, cuando se enseña en las superiores se necesita tener en cuenta otros factores. Por ejemplo es necesario tener un buen conocimiento de la situación en la que se encuentra Parsifal cuando sale a caballo él y va al encuentro, tambaleándose, de sus primeras aventuras. Él está entonces en un estado de inexperiencia, o mejor de insensata inocencia, que corresponde esencialmente a la condición que hemos llamado lamas.

Los chicos no deben confundir el concepto de insensata inocencia, como era entendido en el tiempo de la caballería, con la actual estupidez. Lo que nosotros indicamos hoy con la palabra estúpido significa torpeza, pereza mental, falta de interés frente a los contenidos de la vida y puede también aludir a quien se limita a coleccionar migajas inconexas de saber.

En la inocente insensatez en cambio se halla implícita una inmadurez, que no excluye una posibilidad de desarrollo y que puede evolucionar en juicio y hasta en sabiduría; estamos frente a una condición de ineducación, no de ineducabilidad.

La ingenuidad y el candor del puro insensato pueden contener todas las genitales posibilidades propias del niño pequeño.

Las aventuras que Parsifal encuentra en un primer tiempo se desarrollan aún bajo el signo de esta inocente insensatez: el encuentro con Jeschute, de cuyo anillo se apropia; el combate para nada caballeresco contra el caballero rojo. Después la llegada de Gurnemanz, que lo instruye. Una de las enseñanzas más difíciles, y para él más cargada de consecuencias es la de no preguntar demasiado y no responder si no es preguntado. Él acoge la enseñanza de Gurnemanz a la letra y la aplica casi automáticamente, tal y como un tiempo siguió ciegamente a la letra, los consejos de su madre.

Esta actitud le resulta fatal cuando llega al castillo del Grial. Aquí ve al rey pescador enfermo, ve la lanza sangrante, escucha el dolor de los Templarios en el castillo, pero asiste a todo esto torpemente, siente surgir dentro de sí preguntas, sin embargo, escarmentado por la enseñanza de Gurnemanz, no pregunta nada. Al día siguiente el castillo está desierto y después de que pasa el puente levadizo, este es retirado y el camino de retorno le es así

impedido. Sigune lo informa de la ocasión que ha perdido y le explica qué hay en el castillo del Grial. Pansifal vive ahora en la condición en la que la torpeza se transforma en sufrimiento y no ha alcanzado aún la claridad. Conoce la amargura de la duda y la experiencia se agudiza aún cuando llega a caballo a la corte de Arturo Kundry que deja pasmado a Parsifal.

Esta situación de duda representa el grado Rajas. El enseñante debe, en este punto, sentir fuertemente el miedo que nace de la incertidumbre, porque quien no es plenamente consciente de lo que es la duda no es capaz de establecer una buena relación con los chicos.

Hay personas muy ligadas al mundo espiritual que tienen dificultades para nutrirse de dudas. La experiencia de la duda se busca entonces en el campo de los intereses humanos, es alimentada y vivida intensamente porque sólo así se podrá comprender qué conquistas derivan del tormento de la duda.

Es necesario estar preparados para internarse en las tinieblas hasta casi quedar sumergidos: tanto más pura, intensa y satisfactoria será después la experiencia de la luz. El grado de duda en el que Parsifal se debate supera lo imaginable: se trata de una incertidumbre profunda y lacerante, de un errar ciego, expulsado de la corte de Arturo, maldecido por Kundry... La mañana del Viernes Santo encuentra a un caballero vestido de peregrino que se le dirige recriminándolo por ir armado en aquél santo día. «¿De qué me hablas?»—Pregunta Parsifal. «De Dios», responde el peregrino. «Dios, -murmura Parsifal, titubeando y después de haber reflexionado largo tiempo – sí, una vez conocí uño que se llamaba así, pero me ha abandonado vergonzosamente.»

A mucho lo llevó la duda. El ánimo debe saborear este hecho, de modo que la duda actúe como un gran proceso alquímico. Ahora se reabre para Parsifal el camino que lleva al castillo del Grial. Kundry, que llega como mensajero a la Mesa Redonda de Arturo, le preanunció que él estaba designado para convertirse en rey del Grial y también le dijo: «A través de todo tu sufrimiento, tú Parsifal, sin saberlo, has seguido el recorrido de todos los planetas. Te ha sido donado un campo de acción que se extiende hasta dónde llegan los influjos de Saturno, de Júpiter, de Marte, de Venus y de Mercurio...»

Las palabras preanunciadas por Kundry están llenas de significado; ¿qué dice de hecho? Ha querido expresar que Parsifal ha tomado su propio destino, liberándose de cuanto actúa

sobre la parte menos controlada de la naturaleza humana o sea de la constricción del influjo planetario. El fruto de la duda, experimentada creativamente, es el nacimiento de la voluntad libre. Ahora Parsifal intuye que lo que el hombre porta en sí es más grande que todo cuanto pueda donar el cosmos. Y ya se delinea el paso siguiente: la voluntad experimenta del modo más puro la propia libertad cuando se dirige al amor del prójimo. Así de preparado y aguerrido, Parsifal pasa el umbral del castillo del Grial y, convertido en sabio de la compasión, hace la pregunta fatídica que obra enseguida el anhelado milagro: Amfortas es resanado. Parsifal puede asumir su alto cargo de rey del Grial, ha entrado en condición de Saelde. (*2)

Y aquí es oportuno subrayar una de las agudezas del Parsifal de Wolfram: en uno de los capítulos precedentes se dijo que la pregunta a dirigir a Amfortas sólo habría producido su efecto si hubiese sido realizada con ánimo cándido y que su poder habría sido nulo si quien la hiciera hubiera sido consciente de su eficacia.

Aquí está el enigma: ¡antes de llegar por segunda vez al castillo del Grial, Parsifal fue repetidamente amonestado sobre este punto y sin embargo la pregunta tuvo efecto en cuanto él la hizo!

Se debe reflexionar sobre la importancia de la aparente incongruencia del texto. El poeta tiene bien presentes las condiciones originariamente conexas con la pregunta, ciertamente no las ha olvidado, pero subraya directamente el hecho extraordinario por el cual Parsifal, mediante el pasaje a través de la duda, ha adquirido fuerzas nuevas que vivifican el poder de la pregunta.

Hay después otro detalle digno de atención. Cuando se encuentra en presencia de Amfortas, Parsifal no pregunta sencillamente, a ciegas. Antes de hacer la pregunta, dirige una breve oración al Grial. Análogamente a cuanto sucede al final del Fausto, también aquí la Gracia divina viene a unirse a cuanto el hombre ha conquistado por sí solo. Sólo así los destinos humanos pueden realizarse.

---

[2] (*)Término arcaico del Mittelhochdeutsch que indica la consecución de un estado de conciencia y de una moralidad superiores. (N.d.T.)

Y ahora podemos preguntarnos: ¿ qué representa Saelde? Podemos intentar aclarar su significado con un ejemplo. Si nos imaginamos el decurso temporal de la vida humana comparándolo con el teclado de un piano, podremos decir que el niño toca sólo las notas agudas, en tono de soprano, el joven baja de tono, el hombre maduro va aún más abajo y el viejo se vale del bajo profundo. Así ha sucedido hasta ahora en la vida espiritual; la tarea del futuro consistirá en cambio en llevar dentro de nosotros por siempre, sin perderlo nunca, el volumen de soprano, el niño que vive en nosotros, para que al final de la vida no resuene solo el bajo sino todo las notas que el instrumento posee. ¡Esto es Saelde! También Parsifal cuando se convirtió en rey del Grial, era aún niño.

Éstos son los hechos a los que nos lleva la epopeya de Parsifal. Los jóvenes no deben aprender solamente cuanto puede favorecer su crecimiento interior durante la infancia, sino que deben poder acoger también más tarde algo que nutra su espíritu y su alma y los acompañe en la vida.

Hoy a menudo se puede observar que el físico de muchas personas aparece precozmente resecado y leñoso y que también su alma parece seguir este proceso. ¿De qué depende este endurecimiento precoz? El niño está como protegido por una estructura vital invisible, de naturaleza espiritual, que durante años él está ocupado en completar. Durante unos treinta años el hombre se vale de las fuerzas del pasado, es decir de las fuerzas que ha traído de antes del nacimiento. Después, si nada nuevo interviene, comienza a hacerse leñoso. Por esto es necesario remediarlo a tiempo: mientras el joven se debate exteriormente entre las dificultades del crecimiento físico, delante de él debe surgir la figura de Parsifal que le susurra al oído: «no permitas que el niño que vive en ti se extinga, no dejes que la vida disperse tus mejores energías!»

En verdad el niño que vive en nosotros desea acompañarnos durante toda la vida y éste es uno de los aspectos de la saga de Párstfal.

NOVENA JORNADA

Si queremos adquirir una mejor comprensión tanto de los Misterios del Párstfal como de los de Lohengrin, debemos aclararnos a nosotros mismos qué significa esencialmente la pregunta.

Ante todo es oportuno establecer cómo no deben ser realizadas las preguntas. Cuando Rudolf Steiner visitaba las clases de la escuela Waldorf a menudo notaba que el modo de preguntar no era siempre satisfactorio. La pregunta, el decía, debe estimular la actividad y no anticipar la respuesta. Además no debe obligar al escolar a imprimir en la mente, a través de la respuesta, conceptos dogmáticos. Si queremos profundizar el problema debemos representarnos cómo está inscrito en la organización de la psique humana el proceso del preguntar. Vemos ahora que cuando se formula una pregunta ésta pasa de la esfera del pensamiento a la del sentimiento para descender por último al elemento volitivo. Este proceso misterioso se verifica por cada pequeño "sí" y pequeño "no" que nosotros pronunciamos.

Si nos encontramos con que tenemos que decir sí o bien no, nuestro pensamiento tiene que identificarse con cuanto el interlocutor ha preguntado, o, mejor dicho, debe llenar una especie de cavidad, de forma receptiva, que se ha creado en nosotros a causa de la pregunta que ha sido dirigida. El hecho de decir sí o no, no concierne únicamente al pensamiento sino que compromete todo nuestro ser, especialmente el corazón. De ellos se desprende que a veces puede resultar importante hacer preguntas que no requieren una respuesta inmediata. Las preguntas actúan en el subconsciente con una actividad dinámica maravillosa, y tienen leyes autónomas que portan, con misteriosa sabiduría, hacia la respuesta.

Hay una enorme diferencia entre un enseñante que, durante la lección de religión en una clase superior, dice: «Kant dijo: Dos cosas llenan el ánimo humano de perpetua admiración

– el cielo estrellado por encima de mí y la ley moral dentro de mí... Recordadlo bien, chicos!» y aquél otro que, después de haber citado la frase de Kant, añade: «¿Queréis reflexionar sobre lo que ha querido decir Kant con esta singular relación?»

Cuando nos limitamos a expresar una exhortación es como si pusiéramos un sello que produce una inmovilidad moral. Una pregunta hecha desaparece de la esfera del pensamiento del que escucha y desciende a la profundidad, en apariencia ya no está presente, si embargo mantiene la propiedad de actuar justo en el sentido que hemos señalado, orientando la atención allá a donde la respuesta podría venir. En el caso de preguntas serias, podemos derivar de ello una ley admirable que dice: el que pregunta es guiado a la persona, al lugar y la hora en el que la pregunta hecha con la plena participación del corazón puede encontrar respuesta.

Sabemos la importancia de la pregunta en el caso de Parsifal. Rudolf Steiner decía que el sentido del preguntar que emerge en Parsifal, no estaba destinado a aquella época, es decir a la Edad Media, sino a nuestro tiempo. Hoy estamos en un punto en el que las vías de nuestra suerte están determinadas por las preguntas que hacemos. Debemos aprender a que sean cada vez más intensas, a meditar y a rezar al formularlas; entonces es como si las confiásemos al genio que nos acompaña en la vida y que nos conduce en conformidad con cuanto ha sido dispuesto por Dios. Podemos confiar nuestras preguntas a los muertos que sentimos más cercanos, a otros seres superiores o a Cristo mismo; lo que cuenta es que se logre concentrar y confiar la pregunta que está en el corazón a la guía que rige el mundo. Es necesario estar impregnados de confianza y dejarse guiar por el pensamiento de que nadie tiene hambre de algo que no está presente sobre la tierra, así como no existe pregunta hecha con seriedad para la que no haya una respuesta satisfactoria. Toda forma de pesimismo es quebrantada: aunque tenga que pasar mucho tiempo antes de recibir la respuesta que nos satisfaga, esta respuesta vendrá.

Rudolf Steiner aconsejaba dar a los propios pensamientos una forma interrogativa. «Evitad taladrar y martillar—decía—extended la mano para recibir!»

Un episodio de su vida aclara su pensamiento al respeto. Él se encontraba en Holanda en una gira de conferencias cuando fue invitado a una reunión académica en Delft. Estaba presente también un profesor muy interesado en las intervenciones de Steiner, pero que

tenía dificultades sobre unos argumentos. «Querido doctor—le dijo entonces— todo va bien, pero para adquirir los conocimientos de los que usted habla se necesitaría leer día y noche y yo no puedo hacerlo. Apenas tengo tiempo para estudiar la rama específica de la que me ocupo, nunca estoy al día suficientemente ni aún en el campo científico que concierne a mi facultad. Figurémonos qué clase de diletantismo estaría presente si pretendiera estudiar la literatura de los otros sectores o nada menos que la esfera universal de la ciencia del espíritu.» «Mire Profesor—le respondió Steiner sonriendo— es que hace falta leer más de prisa de como usted lo hace!» «Pero si yo leo muy a prisa», replicó el otro. «No es eso lo que quiero decir—prosiguió Rudolf Steiner—, se debe llegar a saber abrir el libro justo en la página justa.» Y como el profesor se quedó pasmado, Steiner aclaró: «Mire que no estoy bromeando, es posible hacer eso y yo espero que los jóvenes sean educados y formados en este sentido. Si usted esta enfrascado en el tema que quiere encontrar no puede suceder de otra manera que el que abra la página que necesita; hace falta aprender a distinguir a golpe de ojo en un libro dónde se encuentra el núcleo esencial y a discernir rápidamente lo escueto de todo cuanto es accesorio.»

La pregunta de Parsifal toca el núcleo central de la vida humana, el dolor del prójimo, y por eso mismo presenta más que cualquier otra la esencia misma del preguntar. Las personas que se dedican a un trabajo de carácter educativo o religioso no pueden evitar el tener presente el problema del dolor de los hombres, incluso de los que les son desconocidos, porque sólo así sus pasos le llevarán allá dónde su obra es necesaria y encontrarán las fuerzas espirituales que sustentarán sus débiles esfuerzos.

Un día se le preguntó a Rudolf Steiner: ¿Por qué las entidades espirituales están cada vez más próximas a la tierra y más lejanas del hombre, es lícito preguntarse dónde es posible encontrar a Cristo? La respuesta conmovedora fue: «En proximidad al pecado.» Allá donde tiene lugar el máximo conflicto está presente también la máxima potencia socorredora.

La siguiente anécdota demuestra hasta qué punto una pregunta y una respuesta pueden influir en el destino, incluso en el torbellino de las pequeñas cosas cotidianas. Rudolf Steiner se encontró una vez caminando por las calles de Berlín cuando en un tramo se encontró en medio de un gran multitud de personas. De repente un hombre salió de la multitud y se dirigió hasta él; cuando estuvo cerca le preguntó: «¿Cristo vive?» La

respuesta de Steiner fue simple y decidida: «¡Sí!» Enseguida el hombre desapareció, engullido por la multitud. ¿Quién está capaz de establecer qué es lo que ha sucedido en el destino de aquél individuo como consecuencia de aquella pregunta y de aquella respuesta?

No perder la ocasión de suscitar en los alumnos que nos son confiados un sentido de respeto por los hechos aparentemente insignificantes. Nos lo demuestra un relato traído de la vida de Buda.

Buda llegó al término de su misión terrenal y sus fuerzas vitales estaban volviendo al cosmos que lo acogió entre truenos y rayos. La leyenda narra que yacía bajo los dos árboles gemelos, que para la ocasión estaban en plena floración aunque la estación no era aquella en la que acostumbran a florecer . Un grupo de discípulos rodeó al moribundo que, envuelto de gloria, subía gradualmente a grados de conciencia cada vez más elevados. De golpe se oyó un estruendo, como de algo que quería acercarse al sagrado círculo que rodeaba al Maestro. Los discípulos rechazaron al inoportuno porque nadie debía interrumpir la santidad de la hora. Pero Buda, aún encontrándose en uno de los grados de conciencia supremos, volvió a acercarse a la tierra para preguntar: ¿«Que sucede? ¿A quién rechazáis?» «Ha venido un peregrino, oh Sublime, que quería hablarte, pero por no turbar la santidad de esta hora, lo hemos expulsado.» «No habéis actuado bien—repuso Buda—dejad que venga a mi.» El peregrino fue vuelto a llamar y así se supo que él pasó toda la vida llevando una pregunta en el corazón a la que nadie supo nunca responder. Finalmente lo llevaron donde el Buda, pero cuando le dijeron que había llegado demasiado tarde y que no podía hablar se sintió perdido. Él hizo entonces su pregunta a la que Buda contestó con una sola palabra. El rostro del peregrino se transformó y se volvió radiante de alegría. Luego dijo, lleno de veneración: «Toda la vida he buscado la verdad, pero siempre en vano; ahora he aquí que con una sola palabra pronunciada por el Perfecto mi búsqueda tiene un sentido!»

Las preguntas más grandes e importantes pueden encontrar respuesta cuando ya la muerte está próxima.

El género de preguntas que hemos examinado son todas, más o menos, reconducibles al tema parsifaliano. El carácter de la pregunta de Lohengrin abarca otra esfera. ¿Cuál es en efecto el aspecto enigmático de la historia de Lohengrin, que de primeras parece

inquietante? Recordemos que Elsa de Brabante es acusada del asesinato de su hermano y que la decisión sobre su culpabilidad es confiada a un juicio de Dios. El Grial envía a Lohengrin como mensajero. El caballero llega sobre el río en una barca tirada por un cisne. Está dispuesto para descender al campo por Elsa y a estar a su lado como protector y cónyuge, pero pone una condición para quedar junto a ella, que ella no pregunta nunca quién es él y de dónde proviene.

«¡Nunca trates de tentarme
ni debes preguntarme
de dónde vine a ti
ni cuál es mi nombre!»

Estos versos penetrantes de Richard Wagner resumen de forma artística la condición puesta por Lohengrin. En el juicio de Dios, Lohengnin vence a Telramondo, adversario y acusador de Elsa. Puede así ponerse a su lado y las bodas son solemnemente celebradas. Pero las potencias demoníacas lograron sembrar la duda en el corazón de Elsa, insinuando que podría estar unida a una persona indigna. Para disolver su duda vehemente, poco después de las bodas Elsa dirige a Lohengnin la pregunta prohibida. Éste, profundamente afligido, debe cumplir el duro mandamiento del Grial y despedirse de ella. Antes de que llegue el cisne que debe reconducirlo al Grial, él declara públicamente quién es y de dónde viene. En la ópera de Wagner el relato, acompañado por un aria maravillosa, suena así:

«De vosotros lejano, en desconocida tierra
estuve en un castillo cuyo nombre es Monsalvato...»

En este punto los chicos preguntarán por qué no se debía interrogar a Lohengrin. Y desde aquí se ofrece la ocasión para hablar del gran misterio conectado con los verdaderos nombres. En el Paraíso terrenal se estableció que el hombre podía dar un nombre a todas las

cosas; pero a él mismo Dios le dio el nombre eterno que Él portaba en sí. En el pasado sucedía que la madre, cuando tenía aún el hijo en el vientre, tenía el presentimiento del nombre eterno destinado al niño. Después de que ella lo trajese al mundo el reflejo de este nombre aún celeste, se condensaba en un nombre terrenal. En la Biblia a menudo los niños son llamados con un nombre relacionado con la tarea terrenal que le espera. Los nombres que les son impuestos en el cielo están conectados con la misión eterna del hombre, es decir con el sentido de la vida sobre la tierra.

En épocas en las que el elemento divino estaba aún muy presente sobre la tierra y las entidades superiores compenetraban, acompañaron y protegían al hombre, no contaba mucho si, en determinados circunstancias, el reflejo de este nombre, resonaba en el nombre terrenal. El hombre no perdía por esta razón la fuerza de actuar, porque se sentía protejido por la divinidad.

Después los tiempos cambiaron y llegó nuestra época en la cuál los socorredores mensajeros divinos se retiraron del servicio del hombre para asumir otras tareas. El hombre entonces, por una especie de acción pedagógica universal querida por el mundo celeste, debió aprender a regirse por sí solo. Desde entonces ya nada del nombre eterno del hombre podía resonar en su nombre terrenal. Se comenzó a dar a los niños el nombre correspondiente al día del nacimiento, porque se sentía instintivamente que la bendición divina estaba aún ligada al ritmo estacional. En la iglesia greco-ortodoxa no se concebía que una persona pudiera llevar un nombre profano. Los rusos acostumbraban a celebrar la onomástica más que el cumpleaños, que llamaban el día del ángel. En el uso burgués de la imposición del nombre prevalece luego cada vez más cierta desorientación y hasta incluso una decadencia. Es significativo el hecho de que en la cultura occidental los psicólogos han llegado a la conclusión de que muchas personas no llevan el nombre adecuado, es decir que la secuencia de sonidos que componen el nombre con el que habitualmente una persona se siente llamar puede tener una influencia nociva sobre su alma. Se llegó, por consiguiente, a imponer otro nombre considerado más adecuado. Está claro que en casos semejantes se corre el peligro de polemizar e, incluso con buenas intenciones, se cometen toda suerte de errores, a veces incluso dañinos.

Pero en cierto sentido, el mandamiento de Lohengrin es válido también hoy. Entendiendo por "nombre eterno" la misión espiritual de un individuo, existe aún el imperativo de no profanarlo mencionándolo en los discursos cotidianos porque existe el riesgo de que esta misión continuamente nombrada pierda su fuerza originaria. A un joven podemos decirle por lo tanto que existe aún hoy para cada hombre algo análogo al nombre de Lohengrin, pero que no merece fatigarse el cerebro para descubrir la palabra correspondiente. Mejor es buscar en silencio cuáles son las tareas interiores de cada uno. Es en éstas donde se refleja nuestro nombre eterno.

Cada educador debe sentir profundamente la sacralidad de este problema y preguntarse si no hay en cada adolescente un latente secreto de Lohengrin. ¿No está quizás conectado con este tema la cuestión de la elección profesional o mejor de la vocación?

Rudolf Steiner dijo que los jóvenes ocultan el problema de su vocación como un profundo secreto. No es el caso de hablar demasiado de ello; sólo de vez en cuando se les debe hacer entender: comprendo tus sueños, los aprecio y los amo. Un chico que, en un momento de confianza, ha hablado con el padre o la madre de la vocación a la cual le parece sentirse llamado, se siente desestimado si se percata de que los padres han hablado de ello con otros. El joven entonces se retrae y el destino de Lohengrin se repite.

Quizás debamos limitarnos a decir a los chicos: tratad de comprender cuáles son vuestras tareas; la verdadera llamada llegará en el momento oportuno. Hoy desgraciadamente sucede cada vez más raramente que la gente sienta el propio oficio como una vocación; se habla todo lo más de profesión y en muchas partes del mundo incluso de especialización, con todos los problemas relativos.

La pregunta de Parsifal y la de Lohengrin deben volver a ser sentidas como problemas actuales porque responde a las expectativas de las nuevas generaciones para los decenios futuros. Una especie de nueva copa del Grial debe formarse en sus almas, lista para acoger los regalos que el espíritu del tiempo querrá conceder.

DÉCIMA JORNADA

Hoy concluiremos nuestra conversación deteniéndonos a contemplar la pintura de Rafael titulada La curación del lisiado, que se inspira en un episodio de los Hechos de los Apóstoles. Antes de dejar la palabra al cuadro mismo es necesario preparar el terreno reagrupando, como piedras miliares, algunos aspectos de la vida que aparentemente parecen tener bien poco en común, pero que en cambio convergen todas en lo que la pintura nos dirá.

Ante todo se debe decir que, para lo que aquí se pretende demostrar, es importante, cuando se contempla una obra de arte, considerar primeramente todos aquellos elementos que tienen que ver con el raciocinio. Este es un principio pedagógico que nunca debe ser olvidado. En un segundo tiempo se dejará hablar a la pintura sin fraccionar su mensaje.

El enseñante debería partir de la consideración preliminar de que la humanidad, en los últimos siglos, ha desarrollado una gran exactitud de pensamiento. Rudolf Steiner solía decir que hoy todos se han vuelto sabios, pero que no obstante hablar de las cosas del espíritu no se ha convertido en nada fácil desde hace un tiempo. Incluso los niños están hoy tan atiborrados de nociones que van recogiendo a lo largo camino hacia la sabiduría.

Pero en la historia del mundo no siempre ha sido así. Una de las primeras aserciones del intelectualismo del siglo XIX, cegado por las propias concepciones, fue que el pensamiento científico moderno estableció inequívocamente que la conciencia humana siempre ha sido, en todos los tiempos, como es hoy. No existe afirmación menos verdadera que ésta. Sería mucho más exacto decir que es hora de superar esta superstición del siglo pasado que cree en el estatismo de la conciencia humana. La historia del pensamiento sigue claramente una línea evolutiva. El pensamiento antiguamente era todo menos exacto: era imaginativo y

viviente, en conexión a las fuerzas cósmicas; uno de los mayores progresos del hombre consiste en dar contornos cada vez más precisos al propio pensamiento.

Hoy se maravilla, con razón, frente a la sorprendente precisión de los dibujos descubiertos en las cuevas prehistóricas. En aquel tiempo sólo los hombres más avanzados eran capaces de reproducir con tal precisión los detalles de una figura animal y aquellos dibujos constituían una especie de instrumento didáctico que debía educar a la gente para la visión exacta. La mayoría de los hombres de entonces conocía probablemente el secreto de los mundos estelares pero aprendía con gran esfuerzo a percibir el ambiente terrestre.

Encontramos la confirmación de esta verdad en la historia de las ciencias, como se presenta hoy. No hay mayor antinomia, por ejemplo, que la que existe entre la antigua sabiduría hindú y la sicología moderna. Esta última considera como fundamentales las funciones fisiológicas y, en general, la base física representada en el hombre por su cuerpo. Los capítulos más importantes de los textos de sicología están dedicados al análisis minucioso de estos aspectos. Todo lo que se usa llamar "vida del alma"—por el mucho contenido que aún se atribuye a la palabra alma—es considerado más o menos como un apéndice. Sólo en estas últimas décadas se ha comenzado a tomar distancias de una visión tan basta, pero hasta ahora faltaba la energía para sustituir estas representaciones cargadas de latente materialismo por una visión verdaderamente espiritual.

El antiguo hindú contemplaba casi exclusivamente los principios superiores invisibles del hombre, las sutiles articulaciones del alma, la ramificación de las corrientes del cuerpo vital. La casi totalidad de sus representaciones era dedicado a esta esfera y el cuerpo físico aparecía en raras exposiciones casi como un apéndice.

En estas dos concepciones contrapuestas reconocemos dos etapas significativas de la evolución humana. En el período intermedio, cuando aún supervivía la visión imaginativa y el pensamiento lógico no había adquirido todavía la exactitud de contornos, se formó una facultad nueva, la fantasía exacta.

Hoy el hombre común no sabe mucho de eso, pero todos los grandes artistas han desarrollado en gran medida esta cualidad que contradistingue el verdadero arte, el cual es una elaboración exacta de la fantasía.

Se nota a menudo que el artista sabe traer de su inspiración el tono de color justo para una determinada escena o para un paisaje, incluso sin haber realizado particulares estudios históricos o geográficos. Es una constatación que sorprende y entusiasma y, en cierto sentido es también consoladora. Yo mismo hice una experiencia del género con ocasión de una visita al lago de Genezaret realizada con un grupo de amigos. Muchos de los participantes a la excursión veían aquel paisaje por primera vez y se sintieron enseguida superados, además de la vista del lago, también por la sensación de que su imagen, en sus detalles de forma y color, vivía ya dentro de ellos. En realidad todos nosotros nos acordábamos del cartón londinense de Rafael que representa una escena ambientada sobre el lago de Genezaret. El artista, al estar privado de la documentación que hoy es fácil disponer, hizo fluir la realidad espiritual y artística de su visión interior, ejerciendo precisamente la fantasía exacta.

Es una confirmación satisfactoria que nos induce a creer que, en el futuro, el gran arte estará incluido en las fuentes históricas y que a los cuadros nacidos de la fantasía no arbitraria del artista realmente inspirado, les será atribuida una realidad igualmente grande, si no mayor, que a las imágenes parciales y compuestas de la crónica.

La obra de Schiller nos da una confirmación posterior. Cuándo escribió María Estuardo, debió sufrir muchas críticas porque se decía que no había respetado la realidad histórica. No mucho tiempo después fueron encontrados documentos que testimoniaban que cuanto Schiller había representado en su drama correspondía a los hechos, mucho más que la historia que en su tiempo se tenía como auténtica. El respeto por las imágenes verdaderas es un sentimiento destinado a crecer en el seno de la humanidad y esto vale aún en mayor medida para las imágenes del Evangelio en las que cada detalle, si se considera con la suficiente atención, adquiere valor de verdad.

Esta facultad nueva, como hemos señalado, solamente se vuelve comprensible si la ponemos como baricentro de la gran polaridad constituida, por un lado, por la visión imaginativa de ensueño de la antigüedad y, por el otro, por la exactitud del pensamiento abstracto actual. Es importante que los chicos descubran que, a lo largo del camino evolutivo, el eje cognoscitivo sufrió un vuelco. La vida interior de la antigüedad precristiana se desarrolló según una orientación vertical o, mejor dicho, de lo alto a lo bajo.

Todo lo que las estrellas debían de irradiar discurría a través de la luminosidad, casi directamente hacia la tierra. Rudolf Steiner dio un ejemplo inolvidable de esta verdad en un conferencia realizada en la Haya en 1922. Al hablar de las grandiosas obras de arte plástica griega y de los escultores que todos veneramos, afirmó que a la investigación científico-espiritual resulta sorprendente que la gran capacidad de estos artistas sería inexplicable si no se consideraran como sus progenitores a los pastores griegos, aquellos pastores que durante generaciones transcurrieron su vida, día y noche, a cielo abierto, hijos de una época en que regía el eje contemplativo de lo alto hacia lo bajo. Por la noche, en el duermevela de ensueño, sus ojos miraban al firmamento, su intensa imaginación experimentaba una a una las constelaciones y los signos del Zodiaco. Y al estar acostumbrados a cuidar los corderos, experimentaban allá arriba la presencia del gran Señor de los rebaños que cuidaba los seres celestes. Su experiencia les llevaba a sentir, aunque no fuera con claros símbolos, que las constelaciones individuales se funden en una única visión en la que de repente aparece un gran arquetipo en el cuál era percibido el hombre. Del mundo de las estrellas aquellos pastores traían la imagen arquetípica del hombre que se entretejía en su respiración y discurría en su sangre.

Este regalo venido de lo alto, continúa Rudolf Steiner, fue el modelo sobre el cual trabajaron los descendientes de los pastores, los antiguos escultores griegos. Ningún modelo exterior era necesario ya que tenían dentro de ellos aquella imagen lejana concebida en los mundos estelares.

Cuando el Señor de los rebaños descendió a la tierra este eje contemplativo interior cambió de dirección. Ya no fue sentida como válida la línea de lo alto a lo bajo, sino la nueva de dentro a fuera.

Después de que la sustancia del Hijo se derramó sobre la tierra, la contemplación del universo, de vertical (como había sido celebrada por el egipcio Hermes Trimegisto con palabras admirables), se convirtió en horizontal. En la biografía de Goethe hay datos que confirman la realidad de estos llamados ejes espirituales. Es siempre útil que los chicos de esta edad consideren las biografías de los grandes personajes, pero la de Goethe es particularmente instructiva. Cada vida humana refleja determinadas leyes y cuanto más grande es la personalidad examinada, tanto más evidente se vuelve la ley operante en su

vida. Y asombra constatar que a la verdadera ley vital de cada uno le acompaña la máxima libertad, así que cuando libertad y ley se encuentran, la interioridad del hombre y el universo entero coinciden en pura armonía. No hacemos ninguna ofensa a Goethe si, en la primera parte de su biografía, le atribuimos la figura del viandante. Un ardiente inquietud lo arrastra de aquí y de allá; peregrino por los caminos del mundo, azotado por la tempestad compone estrofas de alabanza. En muchas poesías expresa su vida interior como la experiencia de un viandante. En la que en su tiempo fue considerada la obra juvenil más importante, "Los dolores del joven Werther", él escribe con fecha de 16 de junio: «Sí, soy justo un viandante, un peregrino sobre la tierra. Y vosotros, ¿sois tal vez algo más?» Toda su vida interior de entonces se expresa en estas líneas. Sólo en raros instantes sustituye el presentimiento de la quietud, al de la continuidad. Como cuando, por ejemplo, se encontraba en los alrededores de Ilmenau sobre el denominado Gickelhahn y compuso con calma la poesía: «Sobre todas las alturas, paz...» Otro instante de calma grandiosa y quizás todavía más significativo desde el punto de vista espiritual le inspiró, mientras se encontraba en Suiza en completa soledad junto a las cataratas de Staubbacher, el «Canto de los espíritus sobre las aguas»:

Semeja el agua al alma del hombre:
viene del cielo,
al cielo asciende,
y de nuevo sobre la tierra ha de volver,
en perpetua sucesión.

Lo grande, intensa y casi indescriptible que pudo ser tal experiencia se puede deducir de una nota al margen del original de este poema que se encuentra en Weimar. Allí está escrito, en caracteres apenas legibles: «he oído algunas otras estrofas del "Canto de los espíritus sobre las aguas", pero he podido retener sólo este.»

En toda la poesía occidental ésta es quizás la expresión más significativa del movimiento del alma de lo alto a lo bajo y de lo bajo hacia arriba, y del eje vertical.

Muchos años más tarde Goethe expresó con no menor agudeza el otro eje del cual hemos hablado, en el poema titulado Epirrhema:

Nada está dentro,
Nada está fuera,
Lo que está dentro
está también fuera.
Sin demora aferrad pronto
tal sagrado misterio manifiesto.

Notamos con un sentido de asombro que en la vida paradigmática del poeta se verificó aquel cambio de dirección interior que habíamos caracterizado al inicio y que es, como decir, una reverberación del gran curso histórico en el seno de una biografía humana.

Recordemos que este cambio ocurrió sobre la tierra por efecto del mayor acontecimiento de la historia del mundo, o sea a continuación de la venida de Cristo y a la compenetración de la tierra con fuerzas nuevas. Considerando la biografía de Goethe es lícito preguntarse qué sucedió en su vida en el período transcurrido entre la composición del «Canto de los espíritus sobre las aguas" y la redacción de «Epirrhema." El acontecimiento principal de este lapso de tiempo fue sin duda el viaje a Italia, durante el cual el poeta conoció las obras de arte de la antigüedad y tuvo la revelación de una espiritualidad superior. Fue para él una serie grandiosa de experiencias individuales que se condensó en el dicho: «Aquí hay necesidad—aquí hay Dios.» En efecto, en el curso de aquel viaje memorable, Goethe experimentó el elemento divino y desde entonces vivió, por primera vez en su vida, el milagro de la calma interior y de la paz.

En esta concentración se encontró a sí mismo y fue como si en él se abrieran órganos nuevos. Poco después, en Sicilia, concibió la idea de la planta primordial y el principio de la metamorfosis. Hoy no se ha llegado todavía a medir estos conocimientos nuevos en todo su valor, pero considerando la vida de Goethe en su conjunto, se debe concluir que, entre las dos composiciones poéticas, tuvo lugar en él la inversión de tendencia descrita, cuyo fulcro fue la experiencia de lo divino en el sentido más profundo del término.

Ahora debemos considerar una tercera esfera conectada con lo que de imponderable caracteriza la enseñanza religiosa. Es un aspecto que reviste mucha importancia por las implicaciones pedagógicas y metodológicas y se refiere a la respiración, o sea al ritmo de la inspiración y de la espiración. Este proceso, fundamental para nuestra salud física, implica innumerables factores impalpables y como consecuencia influye en la vida moral. Osaría decir que la moralidad que logramos suscitar es directamente proporcional al rol que lo imponderable asume en nuestras descripciones.

En el cuadro de la triarticulación fisiológica y síquica del hombre ilustrado por Rudolf Steiner en su libro «Los enigmas del alma", distinguimos, en lo referente al cuerpo, tres sistemas de órganos: el sistema nervioso-sensorial, el sistema rítmico y el sistema de intercambio y de los miembros.

El sistema rítmico es, según Steiner, una especie de sistema primordial en cual se insertan los otros dos y es, por así decir, el responsable del estado de salud del hombre. En el caso de que no existan defectos congénitos, es raro que el hombre enferme por causas derivadas exclusivamente del corazón. Las enfermedades cardíacas derivan por lo general del sistema nervioso sensorial o del sistema de intercambio y el agotamiento puede ser origen de un exceso de trabajo muscular o bien de un estrés nervioso o cerebral. Podemos atribuir a las fuerzas de renovación propias del sistema rítmico un principio infantil, casi virginal, de la naturaleza humana.

Hay una serie de singulares coincidencias que Rudolf Steiner describió incisivamente y que deberemos ilustrar a los alumnos en la clase de religión, ya sea como conclusión de los argumentos precedentes o como preparación de temas nuevos.

Si consideramos el ritmo cardíaco y respiratorio en el hombre, podemos contar unas 72 pulsaciones al minuto, dos pulsaciones por cada inspiración, dos por cada espiración, es decir 18 respiraciones por minuto. Entre la inspiración y la espiración hay una pequeña inversión, apenas perceptible. ¿Cuántas respiraciones realiza el hombre en una hora? 18x60 da un resultado de 1080 respiraciones en una hora. ¿Y cuántas respiraciones en 24 horas? Multiplicando 1080x24 llegamos al resultado de 25.920 respiraciones en un día.

En este punto nos paramos maravillados y no podemos prescindir de señalar a chicos estos poderosos laboratorios, corazón y pulmones, que incesantemente se levantan y bajan 25.920 veces en un día, con más de 100.000 pulsaciones y con un ritmo regular y continuo del que no nos percatamos. De la grandiosidad de este ritmo el hombre se da cuenta únicamente cuando uno de sus órganos no funciona, es decir cuando enferma.

Pero en la vida cotidiana hay otro ritmo comparable al respiratorio, y es el del sueño y la vigilia. Cuando nos dormimos es como si espiráramos nuestra conciencia, cuando nos despertamos volvemos a inspirarla. Este milagroso y misterioso alternarse de sueño y vigilia no ha sido aún sondeado a fondo. Podemos designarlo genéricamente como un proceso respiratorio o, mejor dicho, como aquella especie de inspiración y espiración del alma que está conectada con la constitución humana, ya que procesos inspirativos y espirativos de la conciencia hay naturalmente también otros.

Si tenemos presente que el año astronómico consta de una media de 360 días, resulta que este alternancia de la conciencia se repite en un año 360 veces.

¿Cuántas veces por lo tanto se repetirá en una vida? Recordemos el Salmo 90 que dice: «Los días de nuestros años no son sino setenta años, y, para los más fuertes, llegan a ochenta años; y para el que se enorgullece de ello no es más que sufrimiento y vanidad, porque pasa pronto y nosotros volamos fuera.» Tomemos un número entre el 70 y el 80, el 72; Sería demasiado largo explicar las razones que justifican la elección de dicha cifra, digamos solamente que para nuestro tema esta edad está entre los 70 y los 80 años. Para calcular cuántas veces se repiten la expiración e inspiración de la conciencia en el curso de una vida humana normalmente basta multiplicar 360 por 72 que da el resultado asombroso de 25.920 y corresponde por lo tanto al número de respiraciones que nuestro organismo realiza en 24 horas. La respiración de un día corresponde a una más amplia y superior

respiración que se realiza en la vida anímica del hombre. La entidad creadora divina ha constituido el corazón y los pulmones con maravillosa maestría, por lo que sus funciones vitales coinciden con el gran ritmo de la conciencia.

Dirijamos ahora la mirada al cosmos: el sol recorre, en el curso del año, todo el Zodiaco. El recorrido que el sol realiza en un año, la luna lo realiza en un tiempo más breve; ella recorre el Zodiaco en un mes. El punto en el que el sol surge en primavera se desplaza cada año un poco y necesitamos 2.160 años para que este punto pase de un signo zodiacal a otro. ¿Cuánto tiempo se necesita para que el punto en el cual surge el sol en primavera sea pasado por los doce signos zodiacales? 2.160 por 12 da 25.920 años, es decir un año platónico. De nuevo quedamos asombrados frente a la constatación que los grandes ritmos de este año platónico, es decir el movimiento cósmico del sol, coinciden armónicamente con el conjunto de la vida humana y con la pequeña unidad representada por el curso de un día y una noche. Son coincidencias que suscitan asombro y devoción y nacen de relaciones complejas. Surge espontánea la pregunta: en el seno del año cósmico, ¿cuál puede ser la duración de un llamado día cósmico? Debería ser la trescientos sesentava parte. Dividimos entonces 25.920 entre 360 y obtenemos 72 años: una vida humana es como un día para el gran ente solar. De nuevo estamos frente al hecho extraordinario de que el hombre y el cosmos coinciden en cada detalle.

Pensamientos de este género, expuestos con viveza, difícilmente tocan sólo el intelecto, ellos implican al corazón y tienen el efecto de modificar, de modo imperceptible, también el modo de respirar, porque son pensamientos mediante los cuales el hombre ofrece al gran Ente creador una especie de holocausto y construye, en el mejor sentido de la palabra, la propia religiosidad.

Gran parte de la temática que hemos desarrollado hasta aquí a título de preludio deberá resonar en nosotros los próximos días, pero hay algo que tiene una respuesta inmediata sobre el tema actual que es , como he señalado al principio, la visión de la pintura de Rafael «La curación del lisiado" y la lectura relativa al pasaje de los Hechos de los Apóstoles (3,1-10).

El texto dice: «Entonces Pedro y Juan subían al templo para la oración de la hora nona. Aquí era llevado cada día un hombre, tullido desde el nacimiento, y lo ponían junto a la

puerta del templo llamada "Bella" para pedir limosna a aquellos que entraban en el templo. Éste al ver que Pedro y a Juan iban a entrat en el templo, les pidió su limosna. Entonces Pedro con Juan, fijando los ojos sobre él, dijo: «Nos mira a nosotros!» Y se volvió hacia ellos esperando recibir algo. Pero Pedro dijo: «Yo no tengo ni oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy: ¡En el nombre de Jesús Cristo el Nazareno, camina!» Y, cogiéndolo por la mano derecha, lo levantó. Y en aquel instante las plantas de los pies y los tobillos del lisiado se fortalecieron y, poniéndose de pie, caminaba, y entró con ellos en el templo, caminando, saltando y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio caminar y alabar a Dios y reconocían que era el que se sentaba a pedir limosna en la puerta Bella del templo y estaban llenos de desconcierto y asombro por lo que había sucedido.»

Miremos ahora la escena representada por Rafael. Es una pintura tripartita. En la parte central, delimitada por dos gruesas columnas a rodete, tiene lugar la curación. El acontecimiento se desarrolla junto a la puerta del templo llamada «Bella", que se entrevé al fondo. En la zona de la izquierda hay críos con su madre, y además, dos palomas. A la derecha vemos a una joven madre con el niño en el seno y, junto a ella, otro tullido. En el centro de la pintura están las figuras de Pedro y Juan que realizan la curación. Pedro, como su nombre indica, está vigorosamente plantado sobre el suelo, su persona está un poco inclinada y una mano se eleva con gesto de oración. Juan se inclina amablemente e indica con una mano el suelo. Si tuviéramos que basar nuestro juicio en el temperamento natural de los dos Apóstoles, deberíamos decir que la orientación congenial de Pedro, con su potente energía volitiva, es la que va de lo alto hacia lo bajo, de quien se dirige hacia la tierra como si quisiera enraizarse en ella. Juan, a menudo simbolizado por el águila, tiende en realidad de lo bajo hacia lo alto. No es casualidad que en esta representación las manos de los dos Apóstoles se tiendan en dirección opuesta a la que sería natural según su temperamento. Desde el punto de vista espiritual todo se invierte y el temperamento que una persona tiene en la vida habitual ya no predomina. Con un esfuerzo interior, el hombre se supera a sí mismo y forma el temperamento opuesto. Si Pedro indicase hacia abajo y Juan hacia lo alto, el efecto sería la enfermedad. Solo por la inversión del gesto y por la actitud interior puede nacer un principio sanador y surge una muda llamada hacia el Ser que es superior entre ambos Apóstoles. Se realiza la frase evangélica: «Allá dónde dos estén juntos en mi nombre, yo estaré junto a ellos.» Dotadas de una fuerza superior, las manos de

los dos Apóstoles configuran un corazón etérico. A través de las fuerzas de dos hombres adultos se realizan las palabras de una oración que Rudolf Steiner pronunció para los niños: «Desde el corazón hasta las manos yo siento el aliento de Dios.»

En este acontecimiento vive algo que es afín a la sacralidad del saludo que hemos descrito en otra parte del libro, porque son suscitadas fuerzas resanadoras, que parten del corazón. En la plenitud del color las figuras son aún más expresivas: la energía irradiante de las figuras infantiles a la izquierda se acoge en la manos de Pedro y Juan, intuición ésta no casual, sino completamente esencial porque el niño tiene en sí la sustancia primigenia pura.

¿De qué depende la curación? Pensemos en las curaciones operadas por Cristo y descritas en los Evangelios. Los enfermos no son curados con excesiva facilidad; a menudo Cristo señala el hecho de que las desgracias físicas son una consecuencia del pecado. El pecado ha llevado un elemento de desorden en el devenir del mundo y Cristo es el Señor de la justicia que domina el universo. Los niños de este cuadro significan que en la sustancia infantil predominan las fuerzas que tienen su origen allá donde el pecado no ha actuado.

También hay que decir que las curaciones de enfermedades esqueléticas eran las más comunes, en el tiempo en el que Cristo estaba en la tierra, ya que el cuerpo físico del hombre estaba menos consolidado y el sistema óseo, al ser más plástico, ofrecía una mayor posibilidad de presa a las fuerzas sanadoras.

En el tullido observamos una contracción y un endurecimiento y es maravilloso observar como todas las fuerzas que provienen de los niños parecen cooperar en sintonía a su curación. A la derecha hay otro tullido, destinado por el momento a permanecer como tal. Su rostro parece una calavera, el mal que lo consume parece partir de la cabeza. Detrás de él se ve una mujer, parecida a la misteriosa figura blanca de la Escuela de Atenas. Es una figura que aparece a menudo en las obras de Rafael. Rudolf Steiner dijo una vez que en ella puede verse la representación de las fuerzas vitales del cristianismo joven, aún escondido, casi en germen. La tarea de estas fuerzas vitales cristianas consistirá, en el futuro, en la curación de lo que se ha endurecido y agarrotado en el mundo. La parte central de la pintura reproduce un acontecimiento presente, o sea la curación del tullido; la parte izquierda nos conduce al pasado del cuál fluyen fuerzas curadoras infantiles, provenientes de la vida prenatal. La parte de la derecha finalmente presagia el futuro en el que el hombre tendrá

que ser curado de la parálisis que, desde la cabeza, ha invertido todo su ser. Para nosotros hombres de hoy esta obra es conmovedora: la humanidad, privada de las fuerzas religiosas, está tullida.

Es el momento de remontarnos al juicio que Rudolf Steiner dio una vez a propósito de la misión de las fuerzas religiosas en nuestra época. ¿Por qué hablar de enseñanza religiosa, para qué está el culto? Se le preguntaba. Su respuesta dejó entender que, en el caso de que estos elementos faltaran en nuestra vida, el hombre, después de la muerte, atravesaría grandes sufrimientos. Así como en el mundo nacen tullidos, ciegos y sordos, así también, después de la muerte, espíritus humanos tullidos, ciegos y sordos entrarán en el mundo espiritual.

Volviendo a la pintura, podemos decirnos a nosotros mismos: hemos sido nosotros los creadores del tullido en nuestro tiempo. Pero, como una promesa, la misteriosa figura femenina con el crío en el seno, junto al otro tullido, nos da ánimo como si fuera hermana del Apóstol Juan y nos hace sentir que provienen de ella las fuerzas resanadoras. Rafael representó el proceso de curación como el resanamiento de la enfermedad del pecado.

En la tradición cristiana el representante de la fuerzas resanadoras es el arcángel Rafael. Y no es casualidad que el gran artista que ha producido la pintura que admiramos lleve su mismo nombre. En todas sus obras podemos encontrar esta acción benéfica y saludable, pero en esta pintura en particular aparece como un grandioso misterio resanador. Una reproducción suya debería estar expuesta en las clínicas, donde muchos enfermos se encuentran reunidos, o en las instituciones para niños con problemas psíquicos, necesitados de curas anímicas especiales y los médicos mismos, los terapeutas, los pedagogos deberían intensificar su preparación específica en la contemplación de esta imagen.

Debe decirse que en este cuadro viven también las fuerzas de la Resurrección: la fuerza del yo que se reveló divinamente en Cristo, y de la cual los Apóstoles presentes son los representantes, obró en el enderezamiento del tullido. Es el primer milagro que se realiza después de Pentecostés: por primera vez los Apóstoles obran gracias a las fuerzas del Resucitado.

De su Fausto decía Goethe que tenía muchas cosas escondidas. Lo mismo se puede decir de los cuadros de Rafael, y en el que hemos examinado hoy hay ciertamente otros aspectos

escondidos que no hemos instruido. Por ejemplo, se podría observar que Pedro toca la mano izquierda del tullido con su derecha. Ahora la mano derecha simboliza la actividad y está conectada con todo lo que se refiere a lo físico, a la vida cotidiana. Es justo por estos aspectos de la vida cotidiana que el tullido resanado ha como renacido. Otro hecho que se podría remarcar es que Pedro dice al hombre que le pide limosna: «Plata y oro yo no tengo, pero de lo que tengo te doy.» Desde un punto de vista profano el oro y la plata indican posesión; en cambio en sentido cósmico la plata está conectada con la luna y el oro con el sol. Dicho en resumen, podemos indicar que en Pedro actúa sobre todo el elemento lunar, mientras en Juan predomina una actividad solar. Plata y oro no son donados al tullido bajo el aspecto físico, sino que tienen el efecto de curarlo a través de las fuerzas cósmicas en las que ellos son transformados, a través de Cristo. En el hombre, visto como microcosmos, la esfera de la cabeza corresponde a la luna, la del corazón al sol. En medio está la laringe que hace activas las fuerzas de la palabra y corresponde a la esfera que obra entre sol y luna, una esfera para muchas cosas aún misteriosa. Una huella de ello la encontramos en una antigua poesía estonio-rúnica, en la que se pregunta dónde está el origen del canto creador primordial, el llamado "Laul." Con sorprendente precisión espiritual la antigua sabiduría popular responde:

No nace de la tierra
el canto primordial,
no nace de la tierra
ni tampoco del bosque.
Ella tiene por patria el cielo,
sobre la curva luna,
bajo el redondo sol.

Cuando se habla de microcosmos la dirección cambia, el arriba y el abajo varían, pero como estos argumentos más que para la propia enseñanza cuentan para la preparación de

los enseñantes, no es el caso de alargarnos más. Lo que es esencial es observar que las fuentes de determinadas fuerzas eran vistas entonces en un punto situado entre la luna y el sol, con la misma evidencia con la que hoy hemos visto las fuentes de las fuerzas resanadoras.

UNDÉCIMA JORNADA

Desde el punto de vista de la educación religiosa es importante dar la máxima consideración a la concatenación histórica y cronológica de los acontecimientos. Siempre se debería preguntar qué ha precedido a un determinado acontecimiento y qué ha resultado de ello, porque los nexos más sutiles sólo emergen de tales análisis; además en la esfera temporal se descubren las influencias de fuerzas espirituales muy elevadas. Los jóvenes tienen que acostumbrarse ante todo a considerar los hechos, en todas sus conexiones cronológicas, de modo orgánico. Hoy está muy difundido el sistema de sacar datos parciales de aquí y allá y conectarlos entre ellos casi mecánicamente, sirviendo luego de enunciaciones separadas para afirmar o negar arbitrariamente cualquier cosa.

Igualmente importante es atribuir la debida importancia al aspecto geográfico o, mejor dicho, geográfico-espiritual de los lugares en los que se desarrolla un acontecimiento.

No todos los países, por ejemplo, estarían presentes cuanto tuvieron lugar los acontecimientos espirituales en Palestina. Se habla genéricamente de Tierrasanta, entendiéndose con tal definición la región donde se desarrollaron acontecimientos de particular significado religioso; sería más exacto decir *Tierra santificada* ya que en un examen profundizado que tenga en cuenta los aspectos artísticos más allá de los científicos y geográficos en sentido estricto, la estructura de aquel paisaje aparece influenciada por factores que le otorgan una posición privilegiada. La característica de Palestina está en el hecho de que allí se encuentran verdaderos fenómenos geográficos arquetípicos.

El Monte Tabor, por ejemplo, que como mole y altura es más otra cosa que imponente, representa claramente el arquetipo de la montaña. En un antiquísimo libro que se remonta a la tradición rusa, el denominado «Libro de las palomas», se pregunta: ¿Cuál es la montaña madre de todos los montes? Y la respuesta es:

El monte Tabor es la madre de cada monte;
fue sobre el Tabor envuelto de luz
donde Cristo un día se transfiguró,
él, Cristo con los doce Apóstoles.
También por eso el Tabor
es la madre de todos los montes.

Así como el Monte Tabor puede parecer la imagen primigenia de la montaña, el lago de Genezaret es el lago por excelencia. Es particularmente instructivo considerar la suerte del apóstol Pablo a la luz de algunas consideraciones de orden geográfico. De Pablo se habla por primera vez cuando en Judea, y concretamente en Jerusalén, se comporta como un fanático adversario del cristianismo naciente. Judea es un país duro, pedregoso, en comparación a Galilea, que es más alegre. Quizás no sea casualidad el que se mencione por primera vez a Pablo, que entonces se llamaba aún Saulo, a propósito de la lapidación de Esteban. En los Hechos de los Apóstoles leemos (7,58-5 9): «... y los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo.»

Esta escena debería ser comentada con atención en el curso de religión de las clases superiores. Veamos: por un lado Esteban, el protomártir, por el otro Saulo, el fanático perseguidor que oculta en su corazón un germen destinado a los más maravillosos desarrollos. ¿Qué experimenta Saulo en aquella ocasión? Antes de ser conducido al lugar del suplicio, Esteban dirige a los Judíos un gran discurso. Para entender el sentido de dicho discurso debemos tener presente el hecho de que, en el momento de la muerte, el hombre recorre su propia vida volviéndola a ver como en un gran cuadro panorámico. Muchos cuentos hablan de tal acontecimiento: especialmente los náufragos salvados in extremis han descrito esta experiencia interior que se presenta al alma poco antes de la muerte. El discurso de Esteban es justo una especie de gran cuadro panorámico, no individual, sino colectivo, como una breve historia de los contornos grandiosos del pueblo hebreo, una especie de visión retrospectiva de un alma de pueblo.

El hecho de que el Protomártir pudiese realizar un discurso semejante indica que el pueblo hebreo llegó en aquel entonces a un punto de inversión, al paso de un umbral.

También hay que resaltar que se dice expresamente que los testigos depositaron los *vestidos* a los pies de Saulo, y se sabe que los vestidos en las narraciones antiguas tienen un papel especial, son la imagen de las envolturas suprasensibles de una persona. Cuando, por ejemplo, la tradición transmite que un profeta entrega a otro su capa, no se señala un simple acontecimiento exterior sino un hecho exterior. En este caso los vestidos son depositados a los pies de un hombre, el cuál, en el curso ulterior de su vida, se apartará del hebraísmo para salir al mundo. Esta indicación simbólica es parte integrante del cuadro.

Saulo está presente en el instante en que, durante la lapidación, Esteban ve el cielo abrirse a la improvisación y dice que el Hijo del hombre se sienta a la derecha de Dios. Si bien con su conciencia superior Saulo tiene que rechazar tales manifestaciones, sin embargo, éstas se imprimen intensamente en su subconsciencia.

Este capítulo de la biografía de Pablo, que se desarrolla todavía en Judea, es esencial. Más tarde lo encontramos en el camino de Damasco. ¿Cuáles fueron sus experiencias en este viaje? Si seguimos sus pasos a través de Tierra santa, sentimos ante todo el contraste que ya hemos caracterizado entre Galilea y Judea. Si de Judea vamos en dirección a Siria, a través del Antilíbano, nos encontramos de repente con un paisaje fresco. La población muestra en menor medida las características específicas del pueblo hebreo, pero denota bastante algo del antiguo hebraísmo, como si aquí, en el curso de los siglos, la gente hubiera cultivado una estrecha relación con la tierra y la vida rural.

Si ahora, anticipando a Saulo, llegamos a Damasco, nos encontramos en un mar de casas que, en su conjunto, hace el efecto de un gran bazar oriental. Es un espectáculo desilusionante que tiene bien poco de sagrado, pero si, hacia el anochecer, salimos de la ciudad y subimos a la colina desde la que se domina todo Damasco, la impresión cambia. La ciudad que se ofrece a la mirada del espectador está circundada por un fresco oasis verde que parece un círculo vital. La impresión de vitalidad de este anillo de vegetación es aún más acentuado cuando se observa, en sus confines, el desierto árido y pardo.

También ahora debía ser así: el corazón de la ciudad insertado en una especie de remolino etérico contrapuesto al desierto. Damasco tiene el carácter simbólico de un

umbral y cuando en la naturaleza se presentan estos pasajes, el elemento espiritual está particularmente cercano.

Pero volvamos a Saulo y a acompañémoslo mientras se acerca a Damasco. Agotado de un viaje fatigoso y extenuante, él se encuentra de improviso ante el umbral de la vida y, es el primero entre los hombres que experimenta la visión directa de Cristo en su realidad suprasensible. Esta visión en él no encontraba correspondencia en anteriores impresiones psíquicas o sensoriales, ya que él nunca había encontrado antes de ahora a Cristo Jesús. Si volvemos a pensar en la situación geográfica en la que tuvo lugar este acontecimiento, sentimos que ella concuerda perfectamente con el hecho: el desierto que Saulo acaba de atravesar parece el eco de la Judea que él está a punto de abandonar.

También la hora del acontecimiento de Damasco es significativa. Las antiguas iniciaciones tenían lugar en la celda de los misterios, inmersa en profundidades sepulcrales y oscuras, generalmente en plena noche. El ritual de los misterios precristianos contemplaba la experiencia de Cristo que iniciando debía realizar en la hora de la media noche.

El acontecimiento de Damasco tuvo lugar en cambio en pleno mediodía, bajo el rayo del sol ardiente. Este hecho es sintomático porque los grandes misterios de los nuevos tiempos, los misterios crísticos, deben ser acogidos con la conciencia plenamente despierta y no en un estado de ensueño. Las diferentes tentativas de llevar al hombre a la visión del espíritu a través de una ofuscación de la conciencia, son contrarias a nuestro tiempo porque las grandes tareas espirituales del presente no se pueden afrontar en un estado de conciencia crepuscular o nocturno. Como llegó a decir una vez Rudolf Steiner, no se trata de humillarse debajo del intelecto, sino de tender al logro de lo espiritual trasladando la claridad diurna de nuestro raciocinio a la experiencia suprasensible.

El acontecimiento que sucedió, o sea la transformación realizada en pocos días de Saulo a Pablo, es considerada por la ciencia del espíritu como el más importante acontecimiento desarrollado después de la Resurrección de Cristo. Por primera vez un hombre había experimentado lo que en el futuro deberá convertirse en legado de un número cada vez mayor de personas, o sea la presencia de Cristo en la esfera de la tierra.

Es fundamental que tal acontecimiento forme parte de la formación religiosa de la generación actual y de la futura ya que cada vez serán más numerosos los que tengan una experiencia análoga, pero cualquiera puede caer en confusión si no encuentra una mano que lo ayude.

Hay luego otro aspecto interesante, y es que cuanto Saulo se convirtió en Pablo, sigue siendo animado por aquel fuego interior que le caracteriza, pero después del acontecimiento de Damasco, este fuego se expresa de modo completamente diferente y Saulo pasa del fanatismo al entusiasmo. La diferencia de estas dos actitudes del alma debe ser subrayada. *Fanáticos*, en la antigua Roma, eran llamados los portadores del farol de establo, que precedían a los caballos para iluminar su camino. La luz fuliginosa de las linternas de establo se convirtió, con el paso del tiempo, en sinonímico de fanatismo, o sea de aquella voluntad oscura, de horizontes limitados por la que se caracteriza. El término entusiasmo contiene la raíz griega "theos", dios. La palabra significa noble inspiración, plenitud de fuerzas divinas fluyentes. La amplitud de horizontes es su rasgo característico, así como la estrechez de mente lo es del fanatismo. Después del acontecimiento de Damasco Pablo mantiene el ímpetu de su temperamento colérico, como aparece en algunas escenas descritas en los Hechos de los Apóstoles; su cólera es ahora una cólera entusiasta, casi una ardiente ruego que apela al mundo divino para que intervenga con sus infinitas posibilidades de acción.

Este calor interior, este fuego sagrado nunca debe ser descuidado cuando se quiera acercar el elemento religioso a los jóvenes de hoy. La nueva generación aspira a una experiencia religiosa intensa y llena de fuerza, porque en la naturaleza del que hoy está en la búsqueda de la religión vive la certeza de que sólo quien es fuerte es susceptible de transformación, mientras quien es tibio e incierto, está sin esperanza, destinado a permanecer inmutable. Juan en el III capítulo de la Revelación dice: «Ay, que tú estés frío o bien caliente! Pero si estás tibio, ni caliente ni frío, yo te vomitaré de mi boca.» Con otras palabras Ibsen afirma la misma verdad en el poema dramático «Brand», cuando dice:

El mal muy a menudo

se convierte en bien,

pero lo que es ordinario

no se vuelve precioso.

Pero volvamos a Damasco y examinemos otro acontecimiento de gran relevancia para la historia de la cultura.

En el siglo siete después de Cristo un joven árabe que buscaba la verdad realiza un viaje por Palestina y Siria. Él ejercía el comercio y al mismo tiempo prestaba atención a todo cuanto le fuera posible aprender. Aspiraba con fervor indescriptible al conocimiento de la verdad de la vida espiritual. Este árabe ardiente y melancólico llegó a Damasco. En aquel tiempo vivía allá abajo una pequeña comunidad cristiana y algunos seguidores se habían retirado a los márgenes del desierto donde llevaban vida de ermitaños. Justo en aquel lugar, al borde del desierto, se desarrolló una tarde una conversación entre el árabe y un monje cristiano. La conversación versó sobre la religión de la que el monje era un fiel servidor. El árabe le pidió que hablase más del Jesús que el monje había nombrado. La conversación fue larga, el monje habló de Jesús, el Cristo, de su nacimiento, del bautismo, de su doctrina y de sus obras, de su muerte en la cruz en el Gólgota y de la Resurrección. El árabe contemplaba al monje con una mirada seria y aguda y cuando el relato terminó dijo: «Me has hablado de un hombre realmente grande e importante. He comprendido todo lo que me has contado de su nacimiento, de sus prédicas, de las parábolas y también de su bondad hacia los otros. Pero a partir de un punto de tu relato ya no he entendido nada.» «De qué punto?»—preguntó el monje pasmado. «Desde cuando lo crucificaron—repuso el árabe—«¿quieres repetirme la historia?»

El monje se la volvió a contar pero nuevamente el árabe no entendió los acontecimientos referentes a la muerte por crucifixión y al ser un ardiente buscador de la verdad, partió afligido de aquel lugar.

El árabe se llamaba Mahoma. Poco tiempo después oriente desbordaba del fervor que emanaba de las ardientes visiones del profeta y que culminó con la fundación de la religión islámica. Cuando se reflexiona sobre este segundo acontecimiento que tuvo lugar a las puertas de Damasco no se puede evitar un vuelco en el corazón. Mahoma se encontró frente al mismo umbral que se encontró Saulo, pero allá dónde éste tuvo la experiencia decisiva

tras la cual pudo afirmar «No yo sino Cristo en mí», la experiencia de Mahoma fué menor. Él no pudo entender cuanto le fue dicho sobre el Resucitado y para millones de hombres del milenio siguiente el hecho de que Mahoma, en aquella hora fatal, no hubiese podido penetrar en la esfera de experiencia en la que entró Pablo, fue determinante. Para él Jesús fue una personalidad notable, un gran profeta a la medida de Moisés, pero nunca reconoció la figura del Cristo.

Este es un tema que ofrece la oportunidad de subrayar la importancia de estar atentos, de rezar y de saber coger aquellos momentos de la vida en los que se concede abrirse a la verdad y obrar según la justicia. Es necesario estar en guardia porque estos momentos pasan pronto y el mundo espiritual no los concede con excesiva frecuencia.

En el anuncio de Mahoma al mundo no actúa la fuerza solar de tránsito propia de la Damasco de Pablo, allí se afirmó en cambio el aspecto nocturno y lunar. La media luna, simbólicamente, adorna hoy la ciudad.

Hay finalmente un tercer aspecto indicativo de la ciudad de Damasco. Además de los muebles taraceados y de los sables allí se produce la esencia de rosas que se venden a peso de oro: una gota de ella es suficiente para aromatizar una cantidad de otras sustancias. Damasco es una de las ciudades más ricas en rosas del mundo. ¿Qué dignifica esto?

Sabemos por la ciencia del espíritu que en el medioevo, cuando en occidente el fermento espiritual amenazaba endurecerse, una personalidad muy particular llegó a Asia menor, justo a Damasco. Este hombre que portaba en sí todos los conocimientos cristianos, acogió la antigua sabiduría encerrada en los misterios de Oriente. La fusión de la sabiduría precristiana oriental con el elemento cristiano ofreció a esta última la posibilidad de dar origen a la tradición que lleva su nombre, la corriente de Cristian Rosacruz

Mientras Mahoma pasó por la atmósfera solar de Damasco sin pararse, el gran iniciado occidental se paró muchos siglos más tarde en aquel lugar acogiendo en sí las fuerzas del sol espiritual: lo que allí se desarrolló, ocurrió "sub rosa", bajo el signo de la rosa.

El poeta alemán C.F. Meyer expresó estos dos aspectos contrastantes característicos de la ciudad de Damasco en dos poesías de inspiración opuesta. En uno, "El peregrino y la sarracena", aparece el furor fanático con el que el Islam rechazó la luz de la resurrección cristiana.

Las palabras «... *porque Cristo es odiado en Damasco*!» silban como pronunciadas por lenguas de víboras. Bien diferente es la atmósfera del "Thibaut von Champagne": «... *Las rosas de Damasco son las más perfectas del mundo*...»

Por eso me siento en la mesa entre las rosas,

Por eso me adormezco entre las rosas,

asciendo entre las rosas en la tumba

y entre las rosas resucitaré.

Aquí habla la fuerza pura de la flor de la rosa que logra conciliar incluso lo que parece extraño.

A continuación se pudo, y se podrá siempre, experimentar en Damasco el renovarse de la fulminante visión espiritual de Pablo, porque los grandes acontecimientos permanecen inscritos inconfundiblemente en el éter de la tierra donde nosotros los podemos encontrar sobre todo en aquellos lugares cuya situación geográfica deja presagiar un elemento superior muy elevado.

DUODÉCIMA JORNADA

Cerramos este seminario dirigiendo una mirada a las tres grandes corrientes que han emergido en la evolución histórica en relación al cristianismo.

En los Evangelios son nombrados repetidamente tres Apóstoles que el Señor elige en ocasiones especiales entre los doce, para tenerlos junto a sí: estos son Juan, Pedro y Santiago. En el grupo de los doce, estos tres desarrollan un rol particular; y por lo demás en cada uno de los otros se pueden encontrar representadas las principales corrientes universales. Como confirmación de ello basta recordar la impresión profunda e inexplicable que nos viene de la Cena de Leonardo da Vinci pintada en la iglesia de Santa Maria delle Gracie en Milán. A propósito de esta obra Rudolf Steiner dio un juicio agudo y penetrante, al decir que si un habitante de Marte tuviera que venir a la tierra y no supiese nada de la evolución y de la finalidad de este planeta, al ver la representación de los doce Apóstoles estaría suficientemente iluminado sobre toda la historia del mundo.

Se podría considerar a los tres discípulos Juan, Pedro y Santiago como los representantes de las tres virtudes cardinales de la tradición cristiana:

Pedro encarna la fuerza de la fe,

Juan encarna la fuerza del amor (o caridad),

Santiago encarna la fuerza de la esperanza.

Algunas escenas del Evangelio de Juan describen de modo sugestivo la misión terrenal de estos tres Apóstoles. Puede ser significativo notar que a veces son nombrados juntos, otras veces en cambio uno de ellos no es mencionado. En el último capítulo del Evangelio

de Juan el Señor atribuye a Pedro su alto cargo. En uno de los magníficos dibujos que hemos citado a propósito de la curación del tullido, Rafael representó la escena de la entrega de las llaves a Pedro que el evangelista narra en el capítulo XXI. Cristo resucitado se dirige a Pedro y le pregunta: «Simón de Juan, ¿me quieres tú más que ésos?»—Pedro le responde: «Cierto, Señor, tú lo sabes que te quiero.» Tres veces el Señor dirige a Pedro la misma pregunta y la tercera vez éste se entristece y dice: «Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero.» Es el mismo Pedro que, lleno de fervor dijo: «... aún cuando todos se escandalicen por tu causa, yo no lo estaré.» Y poco después había renegado tres veces al Señor.

Gracias a las tres preguntas del Señor, a Pedro le es dada la posibilidad de reparar sus errores mediante un proceso de redención y sanación de naturaleza humana y cósmica a un tiempo. La respuesta de Pedro demuestra que él ha cambiado: mientras antes declaraba: «Cuando todos estén escandalizados por tu causa, yo no lo estaré.», ahora, a la pregunta de Cristo: «Me quieres más que ésos?¡» contesta solamente: «Señor, tú lo sabes que yo te quiero» y no «te quiero más que los otros»! Esta pequeña diferencia revela todo el drama de su cambio interior. Y entonces él recibe el primero y por tres veces el encargo: ¡«Apacientas mis ovejas! ¡Apacienta mis corderos! Apacientas mis corderos!» Pero se queda pasmado al ver que solo a él se le otorga un primado y pregunta, mirando a Juan: «Señor, y de él ¿qué será? », entendiéndose: ¿cuál será su tarea terrena? Le contesta: «Si yo quiero que éste permanezca hasta cuando yo venga, ¿qué te importa a ti?» es decir: Esto no tiene que ver con tu misión. En la pintura de Rafael Pedro aparece, mientras que el Resucitado le habla, en la plenitud de los colores físicos, mientras del corazón de Cristo parte un rayo que se posa sobre Juan y un rayo conecta el pie de Pedro y el de Juan. La obra está llena de maravillosos misterios cromáticos y formales. Uno recibe el encargo bajo los ojos de todos; el otro, con una postura de real altruismo, parece querer decir: yo puedo esperar hasta que haya llegado la hora de mi misión terrenal, yo estoy conectado al corazón de Cristo.

En la pintura de Rafael el Apóstol Juan no aparece y ni siquiera es mencionado en el último capítulo del Evangelio de Juan, que continúa hablando de sí mismo: «Así se comentó entre sus hermanos que el discípulo no moriría; pero Jesús no dijo que no moriría, sino: si quiero que se quede hasta cuando yo venga, ¿a ti qué?» Y el Evangelio concluye:

«Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribe; y nosotros sabemos que su testimonio es veraz. Hay aún muchas otras cosas que Jesús hizo, las cuales si se escribieran una a una, creo que el mundo mismo no podría contener los libros que para ello se necesitarían.» Esto puede significar: habría tantas cosas para describir que el mundo no bastaría para contenerlas todas; o bien: el mundo no podría acoger los libros, no podría comprenderlos. La agudeza del texto evangélico consiste en el hecho que se puede entender tanto en sentido físico como en sentido espiritual; no se contradice, sino presenta dos aspectos diferentes.

Consideremos ahora la escena con ojo espiritual: Pedro recibe, Juan se queda atrás, Juan no es nombrado. Esto simboliza el transcurso en el tiempo de las tres grandes corrientes universales. La corriente que hace jefe a Pedro, en la evolución del cristianismo, viene la primera. Una evidencia particularmente importante es que a menudo se mira a la Roma medieval como el centro de la corriente de Pedro e, incluida de conciencia evangélica, se tiende a polemizar con Roma recriminando a quien entonces ostentaba allí el poder el hecho de monopolizar la revelación, reservándola a un único círculo reconstituido por la Iglesia, mientras todas las demás eran rechazadas.

Pero se debe de decir que la acción de Roma tuvo su peso debido a que, tras la decadencia del mundo imaginativo oriental, era necesario cerrar el acceso a dicho mundo "con la llave de Pedro." Este cierre impidió que la cultura mistérica decadente se mezclara con el fresco impulso del cristianismo que estaba brotando. Sólo así se podía conseguir que cada hombre individual lograra formar, con la debida concentración, su propia conciencia personal; sólo así podía la humanidad occidental radicarse firmemente a la tierra y afrontar con seriedad, claridad y escrúpulo las propias tareas terrenales. Un sistema así requiere naturalmente rigor y firmeza y por tanto se basó intencionalmente en un estructura jerárquica y patriarcal, sin desarrollar sin embargo fuerzas viejas y conservadoras. La capacidad de fe y dedicación que en los primeros tiempos actuaba en la corriente de Pedro, a semejanza de una yema retenida en su apogeo, ha representado para la humanidad un impulso innovador y refrescante. Frente a la aurora de esta fe juvenil, las estrellas de la contemplación antigua fueron palideciendo.

Mientras obra la corriente de Pedro, parecida a un río subterráneo cuyas aguas, límpidas como estrellas, afloran de vez en cuando a la superficie, se desarrolla la corriente de Juan. Ella se manifiesta sobre todo como una forma de caballería espiritual culminante en la fundación de órdenes caballerescas como la de los Templarios, de los Juanistas y de los Caballeros Teutones. Aunque nacieron bajo el predominio de la corriente de Pedro, estas órdenes presentaban aspectos juanistas. El principio de la fraternidad era fuertemente acentuado, así como la llamada de las últimas palabras de Juan viejo, «Hijos, amaos los unos a los otros» y la llamada a la acción directa de la palabra. El libro del Evangelio de Juan se abría siempre en los castillos de estos caballeros que se sentían claramente orientados en el sentido juanista, los grados inferiores de la cofradía hacia S. Juan Bautista, los superiores hacia S. Juan Evangelista. El sacramento de la Comunión mismo era celebrado, a los niveles superiores, a través de la palabra.

A la fraternidad y a la experiencia del valor espiritual de la palabra le acompañaba el desinterés. Como en la pintura de Rafael, Juan sigue permaneciendo en el fondo. Los caballeros realizaban proezas sobre proezas pero eran otras instituciones las que cosechaban los frutos, ya fueran la Iglesia o el Imperio. Y como estas órdenes administraban desinteresadamente el dinero que les fue confiado, representaban para el mundo el gran ejemplo de la institución del crédito; la palabra crédito en efecto deriva de creer y se basa por lo tanto en la confianza. Los Templarios supieron disponer las cosas de modo que sus afiliados podían cobrar dinero en las cajas de su Orden en el exterior, con una simple firma o con un monograma.

Los caballeros y también los funcionarios de la orden no necesitaban llevar consigo en sus largos viajes grandes sumas de dinero, evitando así el peligro de ser robados. Este sentido de seguridad durante los viajes, además de otras ventajas, impresionó a los mercantes y a los artesanos que trataron de ser partícipes del crédito que los Templarios habían adquirido, convirtiéndose así éstos en los primeros banqueros de occidente. Se añadía el notable hecho de que el caballero individual de la orden de los Templarios no poseía personalmente nada, al haber hecho voto de pobreza. Si provenía de una familia adinerada aportaba a la orden, en su ingreso, un considerable patrimonio, que se convertía en propiedad de la comunidad. El provecho personal no estaba ni previsto ni tutelado en

forma alguna. Éste fue el característico desinterés de la corriente juanista cuya consecuencia más relevante fue la institución del sistema del crédito.

Desde un punto de vista más amplio se puede decir que los afiliados a las órdenes de caballerescas espirituales crearon formas de vida que eran una anticipación a los tiempos. Además el ejemplo del principio de la fraternidad se extendió a la vida económica con lo cual anticiparon una concepción destinada en un primer momento a sucumbir pero que volvió a emerger mucho más tarde. Los grandes maestros de la Orden sabían entonces que los objetivos que ellos perseguían con tanto empeño común no se podría realizar ni en las generaciones ni en los siglos siguientes, ya que aún *no había llegado la hora*; no obstante se dedicaron con inmensa energía y con todo su ser. Su abnegación y su coraje eran tales que, aún sabiendo que cuanto trataban de construir y cuanto aspiraban sería disuelto pronto, continuaban obrando y trabajando como si hubiera sido posible realizar al día siguiente sus aspiraciones. Debemos admitir que los guías espirituales de las órdenes caballerescas surgidas de las Cruzadas conocían la ley según la cual las comunidades espirituales que perecen durante el pleno apogeo, no sucumben realmente sino que reaparecen bajo otras formas cuando, con la madurez de los tiempos, haya llegado su hora.

Las comunidades espirituales que decaen y retroceden contagian en cambio incluso los lugares en los que han existido.

La Orden de los Templarios, como consecuencia del denominado "proceso del oro", sufrió su aniquilamiento en Francia. Pero la corriente que tenía a Juan como cabeza prosiguió con su curso subterráneo.

En épocas más tardías se unieron a ella los grandes reformadores, que atribuyeron un elevado significado a la palabra. El protestantismo permaneció en cierto sentido fuertemente unido a la corriente de Pedro, sin embargo en algunos de sus aspectos encontramos un rayo de la luz juanista, por ejemplo en la veneración por la palabra, en la consciente revalorización del discurso y la prédica y en el claro rechazo de la jerarquía, a favor de la libertad individual.

Una corriente espiritual ininterrumpida fluye desde la personalidad de Jakob Molay, el último gran maestro de la Orden de los Templarios muerto en la hoguera en 1314, hasta

Goethe, comprendiendo individualidades de relieve como Schiller, Fichte, Schelling, Hegel, Novalis y muchos otros.

En la "Fábula de la serpiente verde y la bella Lilia" de Goethe, su pertenencia a esta corriente espiritual se trasluce a cada paso. Dos son los motivos de la Fábula en los que dicha conexión resuena con mayor evidencia: uno es el sacrificio de la serpiente verde que se inmola a sí misma para hacer posible la construcción del puente que une el aquí con el allá; el otro es la dedicación altruista del oro. Estos dos elementos explican las palabras que resuenan en la Fábula: «ha llegado la hora.»

Con toda la modestia necesaria en las cuestiones que se refieren al espíritu, podemos afirmar que la presencia de la Comunidad de Cristianos como movimiento para la renovación religiosa, en la actual crisis cultural, pretende servir a las finalidades de la corriente juanista.

Pero la época de la floración no ha llegado aún; las crisis espirituales que estamos viviendo derivan en parte del choque entre el nuevo curso que intenta emerger y el antiguo que aún no ha pasado. La evolución de las fuerzas espirituales en la cultura rusa, obstaculizada hasta ahora, podría llevar un día a la plena floración de la corriente juanista. Rudolf Steiner indicó una vez una profecía que, hacia finales de la edad media, fue transmitida secretamente a los afiliados a las órdenes caballerescas espirituales. Se dijo entonces que en un país de Europa oriental, privado en aquel tiempo de significado histórico, se reavivaría un día lo que no pudieron realizar los Caballeros y que surgiría una cultura en cuyo seno se afirmaría finalmente la fraternidad entre los pueblos. "Filadelfia", la cultura de la fraternidad de la que se habla en el Apocalipsis de S. Juan, podrá entonces hacerse realidad.

Los cuentos populares de Tolstoi son un ejemplo de cultura juanista y pueden ser introducidos en un curso de religión, tanto para las clases inferiores como para las superiores.

Un episodio de la vida de Tolstoi, relatado en Stuttgart en 1930 en el curso de una conferencia sobre el gran escritor ruso, es indicativo de la cualidad de su búsqueda. Llegó a Stuttgart desde París el profesor Bulgakov que debía hablar del "gran viejo de Jasnaja Poliana." Fue presentado con cierta grandilocuencia como amigo del escritor, pero el se

escudó diciendo que los grandes como Tolstoi no tienen amigos como él; él era sencillamente su secretario. Esta introducción, pronunciada con un sobresaliente acento ruso, despertó la curiosidad del auditorio y el orador comenzó a hablar de la infancia de Tolstoi. Dijo que de chico él jugó con sus hermanos y estuvo particularmente ligado a Kolia; un día los niños estaban sobre una colina, a la que habían dado el fantasioso nombre de *colina fanfarrona*, cuando de golpe Kolia dijo: «Callaos, escuchad, he oído algo.» «¿Qué?», preguntaron los otros. «Sí, aquí abajo, en el fondo, hay una varita verde sobre la que están escritas tres palabras... a quien es capaz de escuchar estas palabras se le abren los secretos del universo.» los niños se dispusieron para la escucha pero no lograron escuchar nada. Pero quedaron fuertemente impresionados y se propusieron descifrar aquellas tres palabras.

Después los hermanos se dispersaron y Tolstoi perdió de vista a Kolia. Pero cuando este enfermó de tisis, León fue a visitarlo a Francia meridional para estar cerca de él los últimos días de vida. La antigua ligazón que los unía desde niños se rehizo y cuando el hermano cerró los ojos, a Tolstoi le vino a la mente con una especie de inmediato desaliento la pregunta...! Había olvidado preguntar al hermano la explicación de lo que, desde los años juveniles, había ocupado silenciosamente sus pensamientos: ¿qué estaba escrito sobre la varita verde? El hermano ahora estaba muerto llevándose a la eternidad las palabras misteriosas...

Muchos años después, ya viejo, "el campesino hereje de Jasnaja Poliana" como muchos lo llamaban, se fue haciendo cada vez más solitario. «Un día —prosiguió Bulgakov— la gente de casa estaba reunida en la sala de estar de Jasnaja Poliana, cuando entró Tolstoi con sus bonitos ojos relucientes como si algo grandioso hubiera ocurrido. «¿Sabéis lo que he descubierto? ¿Sabéis qué sé?» y como todos nosotros esperábamos llenos de expectativa, dijo por fin: «¡Pensad, ahora sé lo que estaba escrito en la varita verde! ¡lo que yo nunca hubiera imaginado antes! Son las tres palabras que Juan, viejo y débil, incapaz ya casi de hablar, repetía continuamente en Padmos: «Hijos, amaos los unos a los otros.»

Bulgakov había narrado el episodio con tanto fervor y tanta humanidad que a los que lo escuchábamos nos parecía ver la figura de Tolstoi, con sus ojos serios y claros delante de

los cuales nadie osaba pronunciar palabras no verdaderas. En aquella mirada ahora veíamos algo más, el cumplimiento de su vida.

Al término de su vida Tolstoi, según una antigua tradición oriental, buscó la soledad total y abandonó Jasnaja Poliana donde le habían impuesto compromisos que repugnaban a sus convicciones. En la estación de Astapovo se sintió mal y muchos médicos fueron llamados en torno al ilustre paciente. Él entonces abrió los ojos y dijo: «En el mundo hay millones de hombres que sufren, por qué os preocupáis de este pequeño León Tolstoi?» A Goethe moribundo se le atribuyó sentimentalmente la patética petición: «Más luz!», mientras que probablemente él quería solamente que le abriesen las cortinas. No creemos tergiversar las últimas palabras de Tolstoi atribuyendo su significado: «Más amor.»

La biografía de Tolstoi acaba emblemáticamente con su sepultura sobre aquella misma colina sobre la que el hermano Kolia había hablado de la varita verde y de las tres misteriosas palabras.

Es difícil decir algo de Santiago, así como es difícil hablar de la esperanza que él, entre los tres apóstoles elegidos, representa. Una chica preguntó una vez durante la lección de religión: «Si yo creo con la máxima intensidad, estoy llena de fe y hago de todo para vivir según la fuerza que deriva del amor, ¿qué contenido le queda a la esperanza?» Es realmente difícil encontrar una respuesta adecuada a una pregunta hecha con tanta sinceridad. No se puede hablar de espera sustentada por la confianza, porque también esto entra en el campo de la fe.

La esperanza es un concepto aún en sus inicios y nosotros no conocemos sino la sombra de su verdadero significado. La esperanza es una forma de espera que se puede experimentar del modo siguiente: si se está preparado para sacrificar todo lo que se ha trabajado durante largo tiempo, sacrificándolo a ciegas, a fondo perdido, viviendo en la confianza de que el mundo divino irradiará su bendición y acogerá esta ofrenda, en eso se manifiesta la fuerza de la esperanza. La esperanza está unida al sacrificio de las más vigorosas fuerzas del alma, es una proyección potente hacia el Padre universal. Hace pensar en el sacrificio realizado por las Entidades espirituales superiores, en el origen primordial del universo del cual habló Rudolf Steiner en sus escritos sobre la cosmogonía.

[illegible]go es el apóstol de la esperanza. Los caballeros juanistas consiguieron "crédito" [illegible]l amor desinteresado e instituyeron el sistema de crédito en el mundo exterior. [illegible]alleros de S. Santiago, que vivieron sobre todo en Portugal, realizaron otras

[illegible]tiempo de los primeros viajes de descubrimiento, los barcos se aventuraban en los [illegible]desconocidos, pero en cuanto se alejaban demasiado de la tierra firme sucedían [illegible]episodios: la tripulación se amotinaba, la gente tenía miedo de continuar el viaje. [illegible]minación presentaba a los hombres las más locas representaciones de aquello que les [illegible]e incluso los timoneles abandonaban sus puestos. No quedaba más que volver a [illegible]nunciando a la empresa.

[illegible]rante mucho tiempo se buscaron remedios a esta situación. Un día el Maestro de la [illegible]de los caballeros de S. Santiago encargó a algunos de los afiliados de la Orden [illegible]se en el arte náutico.

[illegible]formaron así navegantes, timoneles, capitanes bastante singulares, gente que tenía en [illegible]beza conocimientos náuticos y en el corazón una férrea determinación. Con ellos a [illegible]o se podía arriesgar el enrolar a algunos marineros comunes porque los viajes ya no se [illegible]umplían: la espada estaba lista junto a la rueda del timón y bastaba dar ánimo a los [illegible]rosos.

[illegible]revidos e impertérritos viajaban hacia la denominada nada. Esta gente de mar, de [illegible]mo caballeresco, logró dar la vuelta por primera vez a la punta meridional de África, [illegible]el cabo sobre cuya peligrosidad habían circulado hasta entonces las más terroríficas [illegible]dicias. Después de que la empresa fue realizada, dieron a aquella punta, hasta entonces [illegible]nida como portadora de borrascas, el nombre de Cabo de Buena Esperanza. Y no se [illegible]taba de una denominación casual. Los caballeros consideraban aquella empresa, que [illegible]bían realizado a precio de indecibles fatigas, no como obra de ellos sino como un éxito [illegible]bido a la protección y la ayuda de su santo patrón, el Apóstol Santiago.

Consideraron por lo tanto un acto de consagración y gratitud a su patrón terrenal atribuir [illegible]aquel lugar el nombre de la esperanza. Es singular el hecho de que el cabo de Buena [illegible]speranza pertenezca al continente negro. La vida interior de la población negra, que [illegible]teriormente presenta aspectos infantiles y sanguíneos, expresa en realidad una gran

desesperación. No existen documentos más conmovedores por su ausencia total de esperanza que ciertas novelas negras relatadas por Richard Karutz, como por ejemplo la titulada "El águila da, el águila toma." Se puede entender lo que afirma la ciencia del espíritu sobre el hecho de que, antiguamente, determinantes fuerzas espirituales decayeron justo en aquellos lugares y que eso se expresa hoy en un sentido de desesperación. Al regalo que el Rey Mago negro llevó a Jesús, a la mirra, se le atribuye un valor simbólivo de purificación.

Los grandes artistas siempre tienen un rasgo profético. Un artista-profeta es por ejemplo el gran pintor holandés Rembrandt. En el Museo de la Haya se conserva su pintura titulada "los dos negros." Al observador atento esta obra le presenta, en forma pictórica, los mismos problemas y las mismas contradicciones que hemos indicado.

Las mandíbulas y los labios de los dos negros no podrían tener un aspecto más animalesco, pero las frentes son bellas; uno de los dos lleva en la frente una pequeña estrella anunciadora, pero tiene una expresión desconsolada y profundamente melancólica. El otro semeja percibir el encenderse de una luz delante de la cuál él se despierta maravillado. Parece decir: ¿Pero entonces la redención es posible? En esta obra, generalmente poco considerada, se entrelazan de modo conmovedor la desesperación y la esperanza.

Desde un punto de vista más profundo podemos decir que Rembrandt ilustra en cada uno de sus cuadros una parte del Evangelio de Juan. Cada uno de ellos es en efecto una variación sobre el tema propuesto en el primer capítulo del texto evangélico: «Y la luz ilumina en las tinieblas.»

La luz de Rembrandt es la luz del futuro, en él está presente una parte de la energía que proviene de la esperanza. El parece anunciar que también el tiempo de Santiago llegará, con tal de que sobre la tierra se realicen muchas acciones inspiradas en Juan.

Finalmente hay que añadir que Pablo, el gran profeta, conocía estos secretos. Su comunidad con la abnegación juanista se expresa de la manera más transparente en su lema: «No yo sino Cristo en mí.» Este lema, según Steiner, debería inspirar la meditación de cada enseñante.

algunas de las consideraciones realizadas durante estos días continúen concentrándose como un brote en las palabras que Pablo escribe en el capítulo primera carta a los Corintios: «Ahora pues estas tres cosas duran, fe, esperanza y la más grande de ellas es la caridad.»

PRIMERA VELADA COMPLEMENTARIA

El enseñante que obra en el campo de la instrucción religiosa debe basar su enseñanza en la comunicación verbal mucho más que los otros educadores y docentes. Gran parte de su trabajo corre el riesgo de ser estéril o ineficaz si no logra crear en sí mismo y en sus alumnos una relación nueva con la palabra.

Es oportuno recordar que, en comparación al valor que tenía en un tiempo, la palabra ha decaído: podemos decir que si en el pasado era oro y plata, y más tarde cobre, actualmente la vemos muy a menudo reducida al valor de la hojalata. La civilización occidental la ha vuelto aburrida y algunos fenómenos actuales, como por ejemplo la radio, muestran un reflejo de ella carente de sustancia vital. Esta imagen vacía se extiende como una sombra trágica sobre la vida de hoy creando un tipo de hombre radiofónico o cinematográfico que tiende a comportarse siempre como si viviese en una película. Esto no quiere decir que el cine y la radio no tengan su función en nuestra época, sino que su creciente intrusión en lo cotidiano ha de considerarse nefasta.

En el pasado tuve a menudo la ocasión de subrayar el elevado significado espiritual de la palabra, y diría que hoy todo cuanto a ella está conectado se ha vuelto cada vez más importante y actual.

En 1916, durante la primera guerra mundial, tuve la oportunidad de hablar con Rudolf Steiner sobre este tema y él me indicó muchas imágenes, o mejor imaginaciones, que se esconden detrás de las simples palabras. Me habló de valores lingüísticos únicos y peculiares que un mismo concepto asume en las diferentes lenguas, acuñando para la

ocasión la expresión "válida lingüística" para indicar la moneda propia de cada pueblo que los chicos tienen que aprender a conocer porque es de gran importancia moral. El estudio de los matices semánticos estimula, en cierto sentido, la religiosidad y el compromiso moral y despierta el pensamiento vivo, sin caer en el moralismo fácil.

El término ruso *tschelo-wjek* (hombre), traducido libremente, indica "el que lleva en la frente el signo de la eternidad." En el alemán *Mensch* que se remonta al antiguo "man-iscs" o "meniscs", se esconde la raíz primitiva *man* o bien *manas* que es sinónimo de espíritu, por lo tanto Mensch equivale a «portador de espíritu."

En la traducción de la Biblia del obispo godo Wulfila, el documento escrito más antiguo de la literatura germánica, encontramos la palabra *mana-seths* para Menschheit (humanidad). Hemos visto el significado de man o manas (que también hallamos en el español hu-mano, hu-manidad); seths significaba semilla o simiente (Saat, en alemán; cultivable, que se puede sembrar, en italiano). De ello se desprende que en el lenguaje figurativo de los Godos se veía a la humanidad como una semilla espiritual y al hombre individual como un grano de ella: en esta visión elevada la historia del género humano aparece como una cosecha espiritual que madura gradualmente y es puesta en lugar seguro. Se vuelve intensamente claro la advertencia de Rudolf Steiner según la cuál ser hombre significa «un compromiso en los encuentros con el espíritu."

Continuamos el discurso considerando cómo el destino del hombre se halla encerrado entre "cielo e infierno"; así al menos lo veían los hombres que vivieron antes de la edad media, así también lo imaginaba Goethe cuando compuso el Fausto. Los términos cielo e infierno, en la acepción atribuida a estos valores por la cultura centroeuropea, o mejor dicho germánica, ¿ tienen aún algo especial que decirnos?

Es evidente que el término *Himmel* cielo es afín a *Heim* (casa); los nórdicos llamaban "Uppheimr" al cielo o sea la casa superior. Encontramos por lo tanto una conexión con cuanto hemos dicho en el primer capítulo que no necesita comentarios, es decir que cada forma de religión es ante todo la búsqueda de una relación del alma con la patria invisible de la que ha descendido.

Hölle o Hel por contra, que significa infierno, tiene relación con el verbo alemán *hehlen* (ocultar, esconder). Cuando no se permite que la verdad sea expresada, cuando se disfraza o

se desvía, se penetra en el reino de las potencias oscuras. La moralidad de los antiguos germanos se manifestaba en esta identificación del mal con el esconderse, el disfrazar, el desviar la verdad. ¿Qué era por lo tanto el bien? La expresión sincera, la adherencia de los hechos a las palabras. Y aquí descubrimos otra particularidad lingüística en cuanto que del término Rede (discurso) deriva Redlichkeit que significa sinceridad; esta palabra, que en el empleo común del último siglo ha asumido casi un sabor burgués, si nos referimos a sus orígenes, adquiere una prospectiva superior, cargada de responsabilidad.

En un breve relato de Dostojewski, titulado "El sueño de un hombre ridículo" se describe de modo genial esta sutil relación moral entre el origen del mal y el disimulo o el disfraz de sí. La lectura de este relato en una clase de chicos suficientemente maduros puede ofrecer la ocasión de un intenso debate.

He aquí en resumen la trama:

Un joven ruso del siglo pasado, de origen intelectual, a causa de sus singularidades y de un cierto idealismo abstracto, pasa por ser "un hombre ridículo."

Acaba desesperándose, cree que la vida es indigna de ser vivida y quiere quitarse la vida. La tarde del día en que ha decidido decir adiós a la vida, encuentra por la calle a una pobre chica, evidentemente completamente abandonada. En él se desata la compasión pero de primeras no realiza ningún gesto en socorro de la niña; sólo, con su gran estupor, se siente colmado de compasión. Comienza a fantasear sobre el sentido de tal sentimiento en un mundo para él completamente carente de sentido.

Esta inoportuna sutilización influye en su estado de ánimo y cuando, al entrar en su habitación, halla todos los preparativos para el gesto desesperado, acaba por adormecerse. Su cabeza, pesada como el plomo, la inclina hacia una vela encendida, y he aquí que él *sueña* con el acontecimiento que en realidad no ha llegado a realizar y sus consecuencias. Sigue, aparentemente con plena conciencia, su propio funeral, siente que yace en la tumba y finalmente es arrebatado por el mundo estelar. Llega a una estrella que se encuentra en la misma condición en la que debía estar la Tierra cuando estaba aún en el estado de paraíso. Allá dominan solamente el bien y lo bello, la verdad y la sinceridad son cualidades obvias.

Los hombres que viven en aquel paraíso lo acogen amistosamente, y él goza largo rato por ser uno de ellos.

Pero luego algo le empieza a roer levemente el ánimo, siente un malestar que de primeras no logra identificar; al fin se da cuenta que lo que le atormenta es el hecho de no poder ser nunca nadie por sí mismo, y el no poder poseer nada porque en todo aquello que lleva en el alma es absolutamente transparente para los otros. Esta condición acaba por volverse insoportable y lo empuja a hacer algo que quebranta la ley de aquel paraíso. Él se apodera de algo que es de otra alma y que debe permanecer en secreto; pero tal hecho, disimulado, escondido, se hace visible para los otros habitantes del paraíso y aparece como un enturbiamiento, una mancha del alma.

El alma del hombre ridículo es interrogada sobre la causa que ha provocado este enturbiamiento, pero él quiere seguir disimulando su preciosa propiedad y responde así, rechazando toda explicación: ¡oh, no es nada! He aquí que el primer disimulo lleva a la primera mentira y a éste le siguen, en rápida concatenación, un pecado después de otro: el paraíso se corrompe, allí entran todas las plagas, todas las miserias, todas las atrocidades de la existencia terrenal.

El alma del "hombre ridículo" finalmente debe pasar la triste experiencia de ser expulsada con ásperas palabras, porque ha sido ella, con su afán de esconderse así misma, la que ha llevado tanta infelicidad al paraíso.

Con el oscuro sentimiento de ser el único culpable de tanta ruina, recae desde las lejanías estelares a la Tierra, desde la cuál había conseguido elevarse.

Ahora el hombre ridículo se despierta: es el alba y la vela se ha consumido. Delante de él está el arma con la que quería matarse. «Yo, yo soy el culpable de todo!» Sigue repitiendo. De repente se da cuenta de que no puede regañar a nadie porque en cada hombre dormita la necesidad de esconderse en sí mismo, y es eso lo que ha llevado al mundo la indigencia y la maldad. Después reflexiona sobre el por qué el día anterior no ha llevado a la práctica su desesperada resolución: ¿no había algo que le ocupaba la mente? ¡ah!, ahora lo recuerda, era la compasión por la niña abandonada. De golpe él nota que el sentimiento de piedad que siente ahora ya no es el mismo que el de la tarde anterior; ya no es un fantasma inquietante, durante la noche se ha transformado en un luminoso e intenso

sentimiento de calor humano. Se eleva en él un recuerdo y ahora es feliz por no haber llevado a cabo el acto predispuesto, de estar aún vivo y de poder acoger la invitación interior. Desciende la calle para buscar a la cría abandonada, la encuentra y decide interesarse por ella. Quizás la gente encuentre esta su nueva acción aún más ridícula que todas las realizadas hasta ahora. Pero ¿qué importa? Él ahora sabe que la vida corre el riesgo de hacerse insensata a causa del disimulo egoísta, y en cambio adquiere un sentido inestimable si en la compasión y en el amor extendemos nuestro ser al ser ajeno.

Este relato demuestra una vez más cómo el genio que vive en las palabras corresponde profundamente a las grandes verdades que se manifiestan en el arte. Incluso en tiempos de desolación y obscurecimiento espiritual la palabra rinde testimonio de las verdaderas fuentes de la humanidad; aún cuando sólo parezca expresar la fisicidad del hombre o la decadencia y la muerte, ella siempre alude a algo superior.

Nosotros estamos acostumbrados a considerar el elemento corpóreo como algo absolutamente exterior y material. Rudolf Steiner habló de un sutil e invisible principio vital presente en el hombre y continuamente ocupado a renovar y a dar forma al cuerpo visible y lo llamó *cuerpo vital*, una denominación que a menudo fue objeto de discusión porque parecía un contrasentido dar el apelativo de *cuerpo* a algo que no se puede ver ni tocar. Pero si se considera la etimología de la palabra Leib (cuerpo) se ve que su significado profundo no es material: su forma más antigua es en efecto Leiks que significa Gestalt o sea figura, forma. De la misma raíz deriva también el sufijo *lich* que aparece en muchos adjetivos de la lengua alemana como herrlich (magnífico), menschlich (humano) etc. Gestalt no es ciertamente un concepto material porque expresa la categoría de la forma que es operante también en las alturas del espíritu. El término Lebensleib, o cuerpo vital, es por lo tanto una denominación legítima, al menos en el espíritu de la lengua alemana.

Está después la palabra *Leichnam* que significa *cadáver*; también encontramos aquí la raíz Leiks en la que se sobreentiende una realidad suprasensible. Originariamente el sufijo *nam* era *ham*, que está contenido en la palabra Hemd (camisa) y a su vez deriva de un antiguo *Hem-idi* (envoltura), hoy *Hülle*. Leichnam equivaldría por lo tanto a Gestalthülle o a figura-envoltura, envoltura de la que la figura se despoja con la muerte.

para elevarse hacia lo invisible. Podemos considerar devotamente el cadáver como la última huella de un elemento superior.

Consideremos finalmente una serie de vocablos que revisten un significado especial y que, sobre todo en la lengua alemana, son emblemáticos. Se trata de algunos adjetivos que definen las diferentes formas que puede asumir la inteligencia y que contienen un matiz moral. ¿Qué tiene que ver la inteligencia con la moralidad?, podrá preguntar alguien. El análisis de estos adjetivos es iluminante y nos dará la respuesta.

Hay cierto grado inferior de la inteligencia que se expresa con la palabra "schlau", que significa astuto. Sin querer dar un juicio moral a priori, cuando hablamos de astucia pensamos en el aspecto afable de la palabra, en la astucia natural que es, por ejemplo, la sagacidad campesina. Pero la palabra schlau en sí no es sagaz: su raíz deriva de *schlagen* (golpear) y expresa la agresividad, la astucia y la brutalidad de la inteligencia inferior.

También el muy alabado «Klugheit" (sensatez), si se mira por lo sutil, no va mucho más allá: resulta de hecho que klug (sensato) deriva de *schlucken* (tragar), es decir mandar abajo. Quien se limita a estar lleno de sentido goza egoístamente de saber, su inteligencia sólo le ilumina a sí mismo y no se convierte en una limpia llama que alumbra el mundo.

Tampoco quien es «gescheit" (avisado y juicioso) alcanza un nivel muy elevado, aunque esta palabra designa nitidez intelectual, capacidad de análisis y prudencia en distinguir las cosas (scheiden = separar). La interpretación popular ha traído de este término significados colaterales diversos en las diferentes regiones de Alemania y numerosos dichos y refranes.

Es interesante observar que, desde el punto de vista etimológico, el saber mediante el cuál el hombre *que sabe* se hace *sabio*, no contiene una connotación puramente intelectual. El *wissen* alemán deriva del *videre* latino (mientras en italiano sapere proviene del latín sapio e indica tener sabor - N.d.T.) luego quien sabe, ve: la lengua indica aquí de manera misteriosa a la clarividencia como fuente originaria de todo saber. Hay una poesía de Goethe titulada «Cinco cosas" que he tratado de adaptar para el uso didáctico para expresar de algún modo esta realidad.

De cinco cosas nacen cinco cosas,

y en esta luz erigida avanzarás:

del buen mirar nace el buen saber,

si quieres mandar debes saber servir.

Quien avanza palpando llegará a la mitad,

quien de corazón dona el céntuplo tendrá,

quien no se considera demasiado será querido;

conserva estas cinco inscritas en el corazón.

Siempre desde el punto de vista lingüístico podemos decir que el hombre sapiente se vuelve *gracioso* (witzig) cuando a su intelecto le alcanza un matiz ligeramente agresivo e irónico. Este elemento a veces provocador, a veces punzante faltaba completamente en la acepción primitiva que indicaba simplemente sabiduría e inteligencia.

Pero cuando del *hombre sapiente* pasamos al *hombre sabio,* nos elevamos un grado superior. Si la persona graciosa y mordaz brilla por su sapiencia aguda, el sabio ofrece al mundo la quintaesencia de su saber, que es altruista y está dispuesta para servir. La sabiduría, en el sonido mismo de la palabra, da la impresión de una cualidad transparente, permeable a una luz superior; en ella percibimos casi un momento de bondad. Experimentamos también que la sabiduría, por su naturaleza, es sociabilidad y responsabilidad moral. Y ahora es el momento de añadir que, si bien la ciencia del siglo veinte ha progresado vertiginosamente, más aún de lo que era previsible hace cincuenta años, y nuestra inteligencia aguda ilumina a menudo inhumanamente el mundo material, la sabiduría por el contrario no ha pasado por esta precipitada evolución. De ello se deriva que a menudo nos faltan las garantías morales mediante las cuales las fuerzas de la naturaleza liberadas por el progreso científico puedan volverse benéficas en vez de destructivas. Y estas consideraciones nos explican por qué históricamente tuvo que nacer la Antroposofía a principios de siglo, una ciencia del hombre llena de sabiduría.

Desde la listeza a la sabiduría, una escala de valores más allá de los vocablos, que reconociendo a la inteligencia un contenido diferente al puro intelectualismo, puede dar una impronta decisiva a la auto-educación.

Desgraciadamente debemos renunciar en esta sede a ocuparnos de otras distinciones sutiles sumamente formativas, como por ejemplo entre intelecto y raciocinio (Verstand y Vernunft). Pero no puedo dejar de mencionar el término *Gemüt* que es un verdadero don lingüístico. Incluso estando presente también en las lenguas escandinavas, en alemán ha asumido una resonancia completamente especial; se podría decir que en esta palabra se sobreentiende una especie de obligación hacia el espíritu popular centroeuropeo que contiene objetivos morales. Es difícil traducir a otras lenguas la palabra Gemüt que expresa la cálida actitud que tiene en cuenta a otros seres, que explora con delicadeza, que aprecia incluso permaneciendo reservada.

En una conversación que tuve una vez con el famoso tenor Beniamino Gigli, tuve la agradable sorpresa de escuchar a aquel artista, tan rico en cualidades expresadas por la palabra Gemüt, definirla de manera iluminante. Me preguntó: «¿Que significa Gemüt?» Y frente a mi tentativa de explicación, dijo lentamente tratando de entender: «¿Sería quizás la espiritualidad del alma?» y tras mi respuesta afirmativa sus oscuros ojos de mirada seria se iluminaron.

Y es justo mediante la espiritualidad del alma dispuesta a la escucha y la búsqueda, que los jóvenes deben aprender a penetrar el sutil e imponderable valor de las palabras. Es un ejercicio que contribuye de modo esencial a la formación religiosa y a la auto-educación.

Para acabar quiero indicar brevemente un cuento que en la juventud me reveló la grandeza y la majestad de la palabra. Se titula "El viejo judío" y habla de un mercante que con muchos sacrificios, decide que su hijo estudie la teología mosaica. El muchacho frecuenta diferentes escuelas y como es muy dotado puede gozar de la enseñanza privada de los mejores maestros de su tiempo. Pero justo cuando está a punto de completar sus estudios, desaparece por mucho tiempo. Los padres lo dan por muerte y se afligen mucho.

Pero he aquí que un día, durante la Pascua judía, el chico reaparece sano, de buen humor y de aspecto más maduro. En cierto momento el padre le pregunta donde estuvo durante todo ese tiempo. «Cerca de un gran maestro.» Y a la pregunta que sigue: «¿que has

aprendido?» el chico responde: «El primer capítulo del primer libro de Moisés.» El padre cree haber entendido mal, pero cuando el hijo confirma la respuesta, queda amargamente decepcionado.

Luego el hijo se presenta a hablar a la comunidad. Cuando anuncia: «Hablaré de la primera palabra del primero capítulo del primero libro de Moisés», el padre quiere que se lo trague la tierra. Pero un espíritu potente impregna el discurso del chico que revela al respetuoso y atento auditorio como ya en la primera palabra de la Biblia vive un universo de misterios. Basta con aprender a descifrarlo, basta con poseer la llave de oro.

SEGUNDA VELADA COMPLEMENTARIA

Como hemos visto, la conciencia de la majestad de la palabra y de sus valores ocultos era sentida, en tiempos relativamente no muy remotos, por lo menos como reflejo de los misterios del Logos creador. Hemos considerado una serie de vocablos que en su sustrato espiritual pueden ejercer una especie de reclamo moral.

En Europa occidental y central, al principio de la edad moderna y más todavía durante el pasaje del decimoctavo al decimonoveno siglo, estos sustratos espirituales del lenguaje se oscurecieron, prevaleciendo el empleo de la lengua como fin de determinados objetivos de la vida práctica y de diferentes exigencias utilitarias. Lo que el gran pensador inglés Francesco Bacon de Verulán dijo en perjuicio del lenguaje en su conjunto, se hizo verdadero al menos para algunos sectores que decayeron a causa de los llamados "idola fori." (*) Fue como un embotarse, un enmudecer.

La sensible alma del Oriente europeo ¿habría intuido la tendencia a la decadencia? Es un hecho que los rusos y los eslavos en general, llamaban a los pueblos occidentales y particularmente a los alemanes, *njemizy* , que quiere decir mudos.

Cuando comenzó a nacer el interés por la génesis de las palabras, se apremió por encontrar una explicación para este singular apelativo. Se dijo que los mercantes procedentes de la Europa central y occidental no estaban en condiciones de conversar con sus vecinos eslavos y que se debían limitar a comunicarse por gestos. Por eso les llamaban

* Según Bacón los "idola fori" son los errores causados, en la vida social, por la ambigüedad del lenguaje. (N.d.T.)

mudos. Sin embargo los pueblos eslavos comerciaban también con otros vecinos de oriente y del sur de su territorio, con los que habría sido imposible establecer una comprensión lingüística, y no por ello denominaron mudos a estos pueblos.

Es evidente que la explicación se debe buscar en una esfera más profunda, como es la de los misterios religiosos. Poseemos escasos documentos sobre los sentimientos que los eslavos, y especialmente los rusos, nutrían antiguamente respecto al occidente. Pero tenemos un documento muy elocuente del siglo pasado, constituido por una poesía de Chomjakov que es significativa de la historia espiritual.

El poeta dirige una mirada a occidente: es la época en la que el impulso creativo de Goethe y Schiller se va apagando poco a poco y los grandes pensamientos del idealismo alemán palidecen. Está entrando orgullosamente en escena el materialismo que dominará la segunda mitad del siglo y el poeta exclama: «¡Ay de mí, que veo! En Occidente, en el país de las sagradas maravillas, se están apagando las estrellas que hasta ahora habían brillado con tanto resplandor; se van a precipitar al suelo como escorias quemadas. Las tinieblas serán cada vez más profundas. ¡Vuélveños a dotar *tu* luz y resurge en un nuevo resplandor o mi querido Oriente!»

¿Es posible describir de manera más conmovedora el enmudecimiento del que hemos hablado?

¿Cuál era y cuál es la posición del ruso respecto a la palabra? No se trata aquí de examinar los períodos particulares de la historia política del país, que son siempre transitorios, sino sobre todo de considerar aquellos elementos que obran a través de los siglos y que sólo llegarán a madurar en el futuro.

Algunos de estos son válidos en generales para todos los pueblos eslavos, pero en la lengua rusa emergen con particular claridad.

Hay dos palabras que quiero considerar en primer lugar: una es *Slowo* y significa sencillamente "la palabra"; la otra *Slawa* que significa "gloria." Ellas se diferencian solo por las vocales, mientras contienen el mismo grupo de consonantes sl, w.

Si examinamos más de cerca el verdadero significado de Slawa vemos enseguida que la traducción con la palabra *gloria*, aunque no del todo errada, es parcial; no es más que un

residuo, un pobre reflejo de un significado mucho más elevado y amplio. El significado originario de Slawa resuena en el carácter ensalzante de antiguas canciones populares que la glorificaban:

Slawa resplandece sobre cada cosa – Slawa;

Slawa vive en el grano que madura – Slawa;

Slawa murmura en el río que fluye – Slawa;

Slawa resplandece en el sol puro – Slawa;

Slawa nos da la fuerza de decir la verdad – Slawa....

Estos himnos eslavos eran transmitidos en muchas variantes y se cantaban en todos los países.

La experiencia que provenía de esta palabra debía ser grande y potente; si bien puede parecer absurdo pensar que la gloria, en el sentido actual del término, pueda vivir en el grano que madura o resplandecer desde el rostro del sol, es posible sin embargo intuir lo que Slawa significaba realmente.

Hablando de la intensidad y de la grandiosidad con las que antiguamente eran experimentadas las fuentes originarias de la religiosidad, Rudolf Steiner citaba siempre el *Pleroma*, o sea la plenitud de las fuerzas que crean forma en el mundo, y añadía que en ello y desde ello se revelaba la fuerza del Cristo, la fuerza del Logos. En el Slawa es fácil hallar un reflejo de eso. Y no sin reverente asombro constatamos que el genio de la lengua rusa ha establecido una conexión entre Slawa y el término que indica la palaabra, *Slowo*.

Asume por lo tanto un sentido nuevo el nombre *slavi* que, referido a Slawa, deja vislumbrar una elevada tarea futura de los pueblos que portan este nombre. De esto se podría deducir que ellos se preparan, en el curso de la historia, para compenetrar toda su cultura de Slawa, es decir de las fuerzas espirituales de la palabra; interpretación bien diferente de aquella gratuita y malévola, que ve en los eslavos una población de esclavos.

La misión conexa con el concepto de Slawa está cargada de responsabilidad, no plantea pretensiones, sino que propone un camino largo y penoso. Luego las potentes fuerzas Slawa que el ruso percibe con la parte más elevada del propio ser, con el propio hombre superior,

tienen también un efecto mortificante, porque con la otra parte de sí, aquella que, sin ninguna alusión moral, podríamos llamar el hombre inferior, el ruso se siente como encadenado a la tierra, sufre de una especie de encarcelación.

Este contraste entre hombre superior, blando y expandido hacia lo espiritual, y hombre inferior netamente endurecido, halla expresión en dos palabras rusas indicativas, es decir *mano*, que significa también *brazo*, y *pie* o *pierna*. La palabra *ruka* que se usa para las dos primeras está emparentada a las expresiones que significan arroyo, río etc., mientras la palabra "noga", que se usa para pie o pierna, es afín a los términos que indican *uña* o *garra*.

Una tensión más que dramática, que llega casi a la tragedia se agita en el ser de este hombre del oriente: en el sentido de encarcelación que él experimenta oscuramente en sí él siente, mucho más que los habitantes de otras regiones de la tierra, el problema de la cárcel, el pesado destino de los prisioneros. Sufriendo del mismo dolor, el ruso se vuelve con la noble fuerza de la compasión hacia los que se encuentran languideciendo en la constricción y en la oscuridad. El ruso tiene una sensibilidad refinada para el estado de sufrimiento de quién está enfermo y débil. Junto a sus desdichados hermanos él espera con un anhelo ardiente la redención que puede llegar de lo alto, el nacimiento, dentro del oscuro hombre terrenal, del hombre superior luminoso.

Estos motivos religiosos, muy evidentes en la literatura rusa, en realidad se refieren a todos nosotros, ya sea hoy como en el próximo futuro. Se encuentran esparcidos en la cultura rusa clásica y se preanuncian ya en épocas lejanas y también en tiempos antiquísimos.

Vemos un ejemplo particular de ello en la Leyenda heroica de Ilja, hijo de campesinos, nacido ciego y tullido. Él es el más débil de los hijos de la familia y transcurre toda la infancia y la adolescencia sobre su lecho de enfermo. Es asistido por los padres y hermanos que lo han querido porque, a pesar de sus dolencias, siempre está de buen humor y listo para las bromas. Ilja ha oído narrar sobre antiguos héroes y cuenta con cara firme y florida imaginación los viajes heroicos que dice va emprender. Para su suerte no puede divisar la tristeza que sus discursos despiertan en las miradas de los demás.

Un día, mientras los padres están en el campo y la puerta de la choza no está cerrada como siempre, un viandante entra en la habitación de Ilja. El extranjero dirige, una tras

otra, tres peticiones a Ilja, que yace privado de fuerzas sobre su cama: le pide una capa porque está helando, pan, porque tiene hambre e finalmente un trago de agua porque tiene sed. Ilja está lleno de compasión por el huésped desconocido, pero se sobrecoge a cada petición. ¿«Cómo ayudarte, querido extranjero? ¡No me puedo mover de mi cama para ir a coger una capa o un trozo de pan de la artesa; el agua sólo se puede sacar del pozo que está en el patio, en donde nunca he estado hasta ahora!» Con gran esfuerzo le da al extranjero la manta de su propia cama, para que se envuelva en ella, pero lo ruega que vaya él mismo a por agua y pan a los lugares indicados. Entonces el extranjero le pide con palabras cordiales, pero enérgicas e insistentes: «¡Eso no lo puedo hacer, Ilja! Tú mismo debes traerme el agua y el pan: prueba, verás que lo logras.» Ilja entonces intenta hacer lo que antes le había parecido imposible; con gran esfuerzo tantea la artesa de pan, luego, tropezando continuamente y con la respiración entrecortada, realiza lo increible: llega al pozo, saca agua y se la lleva al extranjero. Éste bebe y luego invita a Ilja a beber. Apenas humedece el agua los labios de Ilja, una fuerza potente recorre como una turbina sus miembros, que crujen y parecen partirse, pero finalmente se enderezan resanados. Mientras Ilja está aún aturdido, el extranjero le rocía algunas gotas de aquel agua sobre los ojos: le llega un destello, y ve.

Lleno de indecible reconocimiento quiere estrechar las manos del desconocido, pero éste ha desaparecido por lo que Ilja intuye que ha sido visitado por un de los altos mensajeros de Dios.

En el patio Ilja encuentra un caballo ensillafo y una magnífica armadura: ahora sabe que su sueño se realizará y realmente podrá emprender los viajes heroicos que había deseado. Pero primero cabalga hacia los campos: a sus parientes se les pliegan las rodillas cuando ven llegar a un caballero con armadura resplandeciente y de primeras creen que es San Jorge; pero cuando el más pequeño de sus hermanos lo reconoce su asombro no tiene fin. Ilja prueba enseguida sus fuerzas y con un golpe de mano realiza el trabajo que estaba previsto para todo el día. Ahora el padre dice: «Veo que eres demasiado fuerte para ser campesino, no puedes ser más que un héroe.»

Antes de que Ilja siga su camino alrededor del mundo el padre le pregunta cuál será su lema. Ilja responde: «Padre, ha elegido como palabra de orden lo que me ha ocurrido a mí, mi lema será: yo ayudo a los débiles.»

No es fácil encontrar entre los cuentos populares de otros países una leyenda como ésta, en la que el genio del pueblo ruso o, mejor dicho, su carga religiosa se expresa de modo inmediato.

También en el cuento de Dostojewski que consideramos ayer estaba activa y operante la fuerza de la compasión y también allí el impulso caritativo fue quien indicó una nuevo camino para el hombre ridículo.

Este misterioso motivo redentor del alma humana transparenta sutilmente también en la gran novela de Dostojewski "El idiota." En un capítulo significativo ello se acompaña de una intensa y casi elemental atracción hacia la condición de los prisioneras. Allí se cuenta de un general ruso retirado que había tomado la costumbre de ir a la estación ferroviaria de Moscú cada vez que partía para Siberia un convoy de prisioneros. Las autoridades no se oponían a su deseo de intercambiar algunos palabras con ellos y él lo hacía con tacto benévolo, empujado únicamente por un cálido interés humano. La curiosidad y la búsqueda de sensaciones le eran totalmente extrañas. Él consideraba a aquella gente encaminada a una dura suerte como sus hermanos o hermanas y, aunque se habían extraviado, quería compartir al menos espiritualmente su destino. Por eso intentaba, en los pocos minutos que tenía a su disposición, hacerse una imagen concreta de las experiencias y de las culpas de los individuos. Los prisioneros, especialmente los humanamente más dotado, están a menudo cerrados en sí mismos y rechazan orgullosamente las tentativas de lo otros de penetrar en su vida interior. Pero la mayoría ofrecía confianza a aquel hombre que se acercaba sin sombra de presunción y a menudo en pocos instantes de diálogo se creaba una unión anímica duradera.

Cuando después para los pobrecillos llegaban los días angustiosos y plomizos de los trabajos forzados, algunos de ellos caían en un estado de oscuro entumecimiento, otros se extenuaban en un sufrimiento desesperado. Entonces en el ánimo de muchos resurgía la imagen del viejo general: aunque no estaban en condiciones de expresarlo, la figura de aquel hombre caritativo se les aparecía como la imagen de un ángel; el recuerdo de la

conversación en la estación de Moscú que tan sólo había durado unos pocos minutos tenía el poder de reconfortarles como una bebida calmante y refrescante que era suministrada a un enfermo grave.

Reflexionando sobre estos hechos, Dostojewski expresa uno de sus pensamientos más delicados y al mismo tiempo espiritualmente verdaderos; él dice que nadie puede valorar las consecuencias del hecho de que una persona haya decidido acoger dentro de sí la imagen de otra, de portarla en sí y de cultivarla.

En esto se sobrentiende una riqueza de experiencias interiores que pueden llevar a desarrollos, una especie de germinación y de plenitud dirigidas hacia el futuro. No al azar la lengua rusa más que cualquier otra lengua europea, posee un gran número de adjetivos que califican el elemento anímico y algunos de ellos tienen un sentido íntimo casi intraducible.

Rudolf Steiner observó agudamente que, ya que en ruso la palabra Yo suena *Ja*, este sonido J-A.... J-A.... recuerda la inexhausta voz del asno que parece aprisionarse en todo el alma del pueblo. Este juicio, que puede parecer enigmático, se hace comprensible si pensamos en la terrible tensión que deriva del contraste entre un arriba que invade lo espiritual y un debajo que constriñe y provoca un gemido, casi un grito de dolor que brota del ánimo.

Una vez, después de la segunda guerra mundial, durante una clase de religión en una clase superior, se habló de otro capítulo del Idiota. El joven conde Myschkin, justo el idiota, después de una permanencia en el exterior, se encuentra en San Petesburgo huésped de la mujer y de la hija de un general. Este hombre, genialmente ingenuo y sincero, una especie de Parsifal ruso, habla de la grave enfermedad que ha sufrido mientras se encontraba en el extranjero. Durante mucho tiempo estuvo sin conciencia sin saber donde estaba y quién era.

«Os maravillareis—dice sonriendo a las dos señoras—cuando sepáis cómo volví a entrar en mí: sucedió en la plaza del mercado de Basilea, en Suiza, cuando oí rebuznar a un asno. Entonces supe que era yo mismo.»

Cuando leímos en la escuela este paso de la novela, nos bastó pensar que en ruso Yo se dice Ja, para que la observación de Rudolf Steiner resonase clara e incisiva en nuestra mente y, a través de las palabras de uno de los más grandes escritores rusos,

comprendiéramos la vena trágica de aquel pueblo. El alma rusa parece tender ardientemente a la iluminación de la verdadera autoconciencia.

Otras palabras de Steiner, referidas también al alma del gran pueblo ruso, resurgen en la memoria: cierto que el asno rebuzna, pero no olvidamos que Cristo entró en Jerusalén a lomos de un asno. Así, cuando haya llegado la hora, el Cristianismo podrá manifestarse al mundo con fuerzas nuevas gracias a la contribución de este alma del pueblo.

¿No se trata quizás de una indicación a los problemas espirituales de la cultura rusa, a aquellos objetivos que solo serán realizables en un futuro? ¿Pero quién resolverá los problemas, quién indicará la meta a alcanzar?

La cultura de Europea central y occidental, como nos dice la poesía de Chomiakov, se ha cubierto de oscuridad, algo en ella ha enmudecido.

Sin embargo también al "njemzy", al alemán, al *mudo* entendido en el sentido más amplio que le es atribuido en la Europa central, le esperan tareas elevadas: basta recordar la *semilla espiritual* de la palabra Mensch.

La imagen de una humanidad nueva ¿no se fue delineando quizás desde la época en la que en la Europa central vivieron los grandes poetas y pensadores? ¿Cuando Lessing escribió "La educación del género humano" y Herder "Las ideas para una filosofía de la historia de la humanidad", cuando Goethe, Schiller y Novalis compusieron sus eternos poemas y la filosofía del idealismo alemán se desarrolló en Hegel, en Fichte y en Schelling? En el poema incompleto "Los misterios" Goethe dio el nombre de *Humanus* a la noble personalidad en la que podrían confluir y unirse todas las corrientes religiosas del mundo.

Pero en la evolución de Europa central el hombre estuvo inhibido por la materia. En otras regiones quizás el materialismo podía pasar por una simple aberración: en la Europa central ello representó un pecado contra la palabra confiada a la interioridad, contra la meta final del espíritu.

Al crear la Antropo-sofía Rudolf Steiner volvió a dar al hombre su posición de baricentro en toda forma de conocimiento y de acción. De ese modo actuó según la más

significativa tradición medio europea y reavivó desde lo profundo la palabra perdida y enmudecida. Sólo en el futuro será posible valorar cuantos nuevos caminos fueron abiertos por este acontecimiento histórico-espiritual.

Pero volvamos a la comparación entre oriente y centro, o mejor entre oriente y occidente; entre los que están aturdidos y permanecen sordos a la potencia de la palabra aunque aún no haya nacido y los que están mudos o enmudecidos, a los eslavos y a los alemanes, en la más amplia acepción.

Como una profecía de sorprendente concreción y provocante realismo resuena de improviso frente a nosotros una poesía de Friedrich Hebbel, fruto de inspiración y testimonio de aquella facultad del alma que Goethe llamó «fantasía exacta."

DOS VIANDANTES

Errando va un mudo por el campo,
Dios le ha confiado una palabra
que por sí sólo no sabe ahondar;
solo puede revelarla a una persona,
que en el camino aún no ha logrado avistar.

Un sordo errando va por el campo,
Dios mismo le ordenó marchar;
a éste la oreja Él le ha obstruido
al otro los labios selló,
hasta cuando el uno al otro haya encontrado.

En aquel momento el mudo hablará,
el sordo oirá, deteniéndose en su viaje,
y sabrá descifrar claramente
el divino, enigmático mensaje;

después migrarán juntos hacia oriente.

Hombres elevad muchas oraciones,
para que los dos se puedan encontrar;
cuando el mudo al sordo encuentre,
terminado el largo, solitario andar,
el mundo a su meta llegará.

TERCERA VELADA COMPLEMENTARIA

Uno de los problemas más arduos de la educación religiosa se refiere al modo en el que la juventud puede ser llevada a la comprensión de la verdadera esencia de Cristo.

Quizá hace diez años dicho problema no revistiera un rol tan importante porque entonces las jóvenes generaciones se nutrían aún de los tesoros anímicos que se habían acumulado durante más de mil años, y a veces era suficiente una discreta indicación a la experiencia directa, que en las cuestiones de orden religioso es decisiva. Pero hoy nos encontramos frente una generación que desconfía de la pura experiencia y quiere construir una conexión lógica con las experiencias que ha tenido o que habría podido tener. Si esta conexión no se alcanza se cubre con un velo la experiencia vivida y se hunde en la profundidad del alma, olvidando, con un sentido de inquietud, las palabras que indican el camino hacia las fuentes más elevadas.

¿Cómo encontrar este puente de naturaleza lógica, esta conexión de pensamientos hoy sentidos como indispensables? Hay cientos de argumentaciones lógicas que en cada época han llevado un modo de pensar sano e imparcial al reconocimiento de Dios padre, pero no hay una lógica plenamente convincente que pruebe o demuestre la existencia del Ser Cristo. Se trata de una visión que, si es realizada con fuerza, puede tener el efecto de una sacudida o una llamada. Como primer paso no podemos hacer otra cosa que tratar de despertar en nosotros pensamientos y sentimientos que sobre la base de la observación de los acontecimientos terrenales y el presentimiento de los movimientos del alma, nos acerque al umbral de un conocimiento verdadero.

Empecemos por considerar un aspecto de fácil comprensión, es decir la vida interior de una persona que vive vigilante y atenta, examinando ante todo las experiencias cotidianas que provienen de sentimientos como la alegría y el dolor. Es muy importante que cada uno de nosotros experimente en sí mismo estos estados de ánimo, pero no es de menor importancia, más bien quizás sea el rasgo más humano de nuestra naturaleza, que sepamos compartir las alegrías y dolores de nuestro prójimo y que en la profundidad del alma nos demos cuenta de lo que significa esta participación.

Entonces solamente podremos decir: mirad qué tenue y débil es nuestra participación en los sentimientos de los otros. Si alguien en la familia enferma, si un amigo es golpeado por una desgracia, nos sentimos, sí, profundamente tocados, nuestros días cambian, no nos comportamos como siempre, no respiramos como antes, incluso comer o beber nos disgusta. Pero ¿cuánto dedicamos al dolor y a las penas de nuestro vecino? Si vivimos en una gran ciudad, en una casa de muchos pisos, vemos discurrir el destino de quien habita arriba o abajo de nosotros como una fantasma.

Si oímos decir que el padre de familia del quinto piso está moribundo, nuestros pensamientos se detienen por un instante en respetuoso desconcierto, una sombra de compasión nos atraviesa el ánimo, pero bien pronto todo se olvida y nosotros retomamos nuestros quehaceres, nuestras distracciones, incluso nuestras diversiones cotidianas, como si nada hubiera ocurrido.

¡Cuántas experiencias extrañas entre ellas, contrapuestas y carentes de recíproca relación pueden convivir bajo un mismo techo! ¡Por no hablar de todo lo que ocurre en la ciudad o en el país en que vivimos: los periódicos nos ofrecen cada día noticias de incidentes con consecuencias graves, de casos de muerte, pero todo esto, si no toca el pequeño círculo que gravita alrededor de nuestro Yo, apenas alcanza nuestra conciencia; y si a veces nuestro interés se reanima, a menudo no se trata más que de una mezquina búsqueda de sensaciones! Los sentidos, las representaciones que nos formamos pueden despertarse, pero el corazón permanece ciego y frío.

¿Quizás las cosas son diferentes cuándo se trata de tomar parte en la alegría? ¿No nos limitamos también en este caso a nuestro estrecho círculo, a menudo más aún que en el dolor? ¿Cuántas son las personas que se alegran verdaderamente por un feliz

acontecimiento que no les concierne directamente? Los psicólogos han constatado que el sentido de la compasión puede mezclarse a veces con un sentimiento egoísta; en cambio la participación en la alegría es un regalo que el hombre hace a su prójimo. Para cuanto se trata de un movimiento del ánimo que ennoblece al hombre, la apariencia no procura ventajas. Luego si es posible encontrar una docena de personas que participan en nuestras penas, los momentos de alegría son compartidos sinceramente solamente por varios amigos. El niño pequeño lo sabe hacer mejor que el adulto: su participación es auténtica y llena de gracia y surge de un manantial inagotable, tanto si se trata de acontecimientos que se desarrollan en su entorno, como cuando son procesos naturales. Este manantial en el adulto parece extinguirse y, al pedante, aferrado a las convenciones le caracteriza la incapacidad absoluta de gozar y de alegrarse con los otros. Alguien objetará: pero ¿no hay que ver como una necesidad el hecho de que nuestra participación caluroso sea limitada a algún acontecimiento, y que sobre miles de hechos dejamos descender un velo?. Sin este velo ¿no se haría borrosa nuestra vida anímica y nuestros sentimientos, así generalizados, no adquirirían un carácter oscuro e inerte? O, peor aún, presos en la corriente de esta solidaridad continua, ¿no nos veremos condenados a la impotencia total, justo cuando nuestra intervención sería más necesaria?

El que estas objeciones estén injustificadas lo demuestra la actividad misma de muchas personas, quirúrgicos, enfermeros, funcionarios de prisiones y muchos otros. El mandato mismo de nuestra suerte individual sería imposible de realizar si la compasión, la participación en la alegría y el amor no formaran parte de nuestra experiencia personal.

Siempre han existido hombres que han tenido la clara sensación de no tenerse que parar ante el reconocimiento de la propia impotencia pero que han sentido el deber de ampliar los confines de la solidaridad humana. Estos personajes resaltan por no haberse perdido en quimeras, por haber logrado formar una especie de *parentesco*, nuevo y más vasto. Aludo a personalidades como San Francisco de Asís, Elizabet de Turingia y muchos otros, que han dedicado su vida al cuidado de los enfermos, de los desamparados, de los ciegos. Se puede decir: son numerosas las personas que les han reunido y encuadrado con su ánimo, pero ¿qué son estos grupos, si bien significativos, en comparación a las penas y alegrías de la humanidad? ¡Cuánto dolor sin nombre que no recibe siquiera una mirada misericordiosa! ¡Cuántas buenas semillas se pierden en el abismo del aislamiento y la segregación!

¿No es posible que exista un Ser que tenga poder y plenitud allá donde para nosotros no hay más que impotencia y vacío? ¿Una Entidad que acoja en su misericordia y en su alegría partícipe a *todos* los hombres, como nosotros sabemos hacerlo solamente con los amigos o con quien nos sentimos afín? ¿Un ser cuyo corazón abrace a toda la humanidad, cuyo puro Yo se pueda elevar precisamente con toda dedicación?

A tales preguntas es quizás lícito responder que ese Ser existe, y que su nombre es *Cristo*. Debemos encontrar a Dios Padre cada vez que nuestro pensamiento se emerge en la esencia del mundo. *Podemos* encontrar a Cristo cuando nuestro amor desea expandirse más allá de las propias barreras y de la propia impotencia. El camino que conduce a Él pasa a través de las acciones libres. Por eso el reconocimiento de Él sólo puede ocurrir en la libertad.

Tratando de dar un sentido a los acontecimientos terrenales, Goethe se formó una visión de Cristo, como Redentor humano y divino, siguiendo otro camino. Pensamientos ya formulados en la juventud estaban claros delante de él cuando, en la madurez, se puso a elaborar una gran síntesis de su vida. Así, en el segundo volumen de "Poesía y verdad" al final del octavo capítulo, encontramos un puente cognoscitivo hacia la esencia del cristianismo e incluso hacia el ser mismo de Cristo. No es fácil seguir en forma concisa estos pensamientos surgidos como un eco de la filosofía platónica, que aparecen como un breve estallar de verdades un tiempo reveladas. Se trata por ello de un puente que pocos son capaces de recorrer pero que merecería mayor mención de la que se le concede; por eso querría detenerme brevemente sobre la conclusión de este paso significativo.

Después de haber considerado la Trinidad como misterio de la creación, Goethe describe la formación de la materia, como concentración y obscurecimiento después de la caída de Lúcifer y de sus ángeles. Como contragolpe, los Elohim, al crear la luz, dieron al ser la facultad de expandirse al infinito.

Después, hablando de la creación, Goethe prosigue: «Aún cuanto ésta (la creación) se multiplicara gradualmente por obra de la continua fuerza vital de los Elohim, faltaba sin embargo un ser capaz de restablecer la conexión originaria con la divinidad y así fue creado el hombre, parecido en todo a la divinidad y que debería haber sido semejante, pero que al ser encontrado naturalmente implicado en el error de Lúcifer, fue, a un tiempo,

incondicional y limitado; y como dicha contradicción se debía manifestar a él a través de todas las categorías de los seres, y su condición humana debía ser acompañada de una conciencia completa y de una voluntad decidida, era de prever que se convertiría en la más perfecta y la más imperfecta, la más feliz y la más infeliz de las criaturas. No se necesitó mucho tiempo para que él desempeñara el papel Lúcifer. La separación del Bienhechor es la verdadera ingratitud, así aquella caída fue por segunda vez memorable si bien toda la creación no es y nunca fue otra cosa que una separación y un retorno al elemento originario.

Es fácil ver por lo tanto cómo la redención no solamente fue establecida para la eternidad, sino que fue pensada como eternamente necesaria: ella debe renovarse continuamente a través de todos los tiempos del devenir y del ser. *En este sentido no hay nada más natural que el hecho de que la divinidad misma haya asumido la figura humana, predispuesta como una envoltura, y que haya compartido por breve tiempo el destino del hombre para que, mediante esta asimilación, la alegría aumentara y el dolor fuera mitigado.*»

Existe otro puente cognoscitivo, tan arduo también éste de atravesar que a los jóvenes se les puede hablar de ello tan solo alusivamente. Este puente puede presentarse al espíritu de quien busca, teniendo en cuenta más la historia de las ciencias que la suma de conocimientos científicos. A un investigador que tenga esta orientación le aparece que la historia de las ciencias expresa las transformaciones y las etapas de la conciencia humana. Si se emerge intensamente en el estudio de la antigüedad se puede descubrir que el curso interior del conocimiento y el saber humano, está señalado por la radical diferencia que fluye entre la época precristiana y los siglos que siguen al comienzo de nuestro calendario. Justo en el período correspondiente a la acción terrenal de Cristo Jesús, se verificó la completa inversión de la conciencia. Toda la imagen de la Tierra cambió ya que el hombre se consideró a sí mismo con una fuerza nueva que había nacido en él. Si un ser procedente de otro planeta tuviera la posibilidad de observar objetivamente el devenir de la humanidad, debería preguntarse a sí mismo qué es lo que sucedió en el primer siglo de la cronología de occidente. Todo había cambiado de repente.

En su libro "El cristianismo como hecho místico" Rudolf Steiner descubrió cómo el cristianismo había influido en el núcleo más íntimo de la historia. La publicación de este escrito fue un acontecimiento de inconmensurable importancia desde el punto de vista de la historia del espíritu, pero, como es comprensible, se apela a la conciencia del hombre adulto que ha llegado a la madurez.

La anécdota que sigue describe una experiencia vivida en la esfera afectiva del alma. Un hombre culto, sensible al arte, amante de los niños y la naturaleza, caminaba un día por una calle limitada a la derecha y a la izquierda por jardines, en la periferia de una gran ciudad. En un momento oyó un piar lastimoso que lo conmovió: era un pajarillo que pedía ayuda, un pequeño ruiseñor caído del nido y completamente indefenso. El hombre lo recogió, le acarició delicadamente las plumas y lo colocó sobre el muro de un jardín en el que probablemente estaba su nido. El pájaro que mientras tanto había cesado de piar, se adentró saltando en el jardín y desapareció. El hombre continuó su camino, pero ya sus pensamientos habían tomado otro curso; dejadas aparte las reflexiones científicas, un problema le subía desde el corazón: ¿qué habría sido del ruiseñor si él no hubiera pasado por allí y no hubiera habido nadie que escuchara su quejido? ¿Y cuantas peticiones de ayuda, cuantos gritos de dolor, cuantos mudos tormentos aún peores se elevan lejos de cada camino? ¿No son tal vez millares los lamentos que provienen de los hombres o de las criaturas privadas de la palabra?

Un pensamiento surgió en él: el mundo estaría destrozado si no hubiera un ser misericordioso que escucha, compadece y sujeta todas las penas innombrables que existen sobre la tierra y que ningún ojo humano ve, ningún oído escucha.

Más tarde, en un momento de calma, el hombre se confió con un amigo y le contó su pequeña aventura. «Piensa un poco - le dijo - en aquel momento intuí quién es Cristo.»

Si, como hemos señalado, se puede experimentar la acción de Cristo en el punto central de la historia, podemos buscar una huella de su potencia en cada destino humano. En los momentos de recogimiento deberíamos cultivar esta verdad: los caminos que conducen a la fuente viva del cristianismo son tantos como son los destinos humanos individuales.

Pero por verdadero que sea este principio, hoy debemos tener en cuenta otros factores que cada día son más actuales. En nuestro tiempo en efecto se necesita un gran esfuerzo individual para poder alcanzar una verdadera comprensión de las fuerzas divinas que dominan el elemento terrenal. Es necesaria la máxima energía para desarrollar el Yo y una fuerza no menor para sacrificarlo. Este aspecto, nunca lo suficientemente remarcado, es el único que puede hacer fluir la chispa de la experiencia religiosa desde el interior de la piedra dentro de la cuál ella dormita. Los jóvenes crecen hoy en un ambiente en que se habla mucho de las prestaciones del individuo: éstas son medidas y comparadas en sus valores mínimos y máximos de energía y tiempo. Y como la conciencia general registra todo lo que ha sido o no ha sido alcanzado, se trata siempre de intensificar el rendimiento. El joven experimenta ya muy pronto y a menudo sobre sí cuántos esfuerzos, cuánto ejercicio, qué autodisciplina se necesitan para alcanzar determinados resultados que requieren derroche de energías, destreza, rapidez. A sus ojos, en todo los campos, lo que da buena prueba es el adiestramiento, la formación.

Por otra parte la religiosidad es presentada a menudo como algo que se alcanza únicamente a través de un comportamiento dado o de una dirección precisa de los propios pensamientos y sentimientos; como si bastara alargar la mano para servirse de un mesa preparada. Entonces puede ocurrir que el joven, con grave pesar de quien se ocupa de su formación religiosa, no logre creer en la autenticidad de experiencias tan fácilmente alcanzables. Él intuye que el secreto de nuestro tiempo reside en el desarrollo de la voluntad y busca la *experiencia volitiva* también en el campo religioso, quiere objetos espirituales sobre los que poner a prueba, ejercitar, y perfeccionar las fuerzas de la parte invisible de su ser. Mientras el niño pequeño vive y respira totalmente inmerso en la esfera religiosa, aunque ignorando el significado de la palabra religión, ésta solo adquiere interés para el joven si se convierte en un meta difícil de conseguir.

Sin necesidad de hacer referencia al lejano oriente o a la India nos podemos dar cuenta de la fuerza de voluntad empleada en los ejercicios religiosos por los hombres de un tiempo. Un ejemplo de ello lo hallamos en un episodio del "Parsifal" de Wolfram von Eschenbach donde se narra cómo Parsifal se encuentra con un viejo caballero en la mañana del Viernes Santo, el cual caminaba descalzo sobre la nieve para imponerse a su modo una penitencia.

En tiempos posteriores, más racionales, se sonreía sobre ejemplos de este tipo que aparecían como fruto del pensamiento exterior de la edad media. Se decía entonces: Nosotros realizamos todo eso en la interioridad y sustituimos tales prácticas con la intensidad de nuestras almas.

Está bien llamar la atención de los jóvenes sobre el cambio de costumbres, pero es igualmente oportuno preguntarse si existen de veras muchas personas capaces de reemplazar de algún modo la penitencia practicada por el caballero con la intensidad del pensamiento y el sentimiento. El discurso sobre la compensación interior de aquellos antiguos ejercicios se revelará entonces para la mayoría como una frase hecha con la cual tratamos de engañarnos.

Este tema puede provocar una discusión y puede suceder que alguien diga: «Qué bien, también coincido yo en que se necesita un esfuerzo inaudito para lograr desarrollar las fuerzas; pero ¿de dónde proviene el impulso que pone en movimiento dichas fuerzas?

¿Están aún presentes en nosotros, jóvenes de la generación actual, o la fuente de la que ellas manaban se ha secada en el paso del siglo pasado al nuestro?»

Éste es un problema extremadamente serio y sentido por muchos. Alguien lo expresa con palabras más simples que suenan casi como un grito de ayuda: «¡Pero si no encuentro en mí ni tan siquiera la voluntad de quererl» Tampoco para preguntas de este tipo existe una respuesta convincente, evidente. Se puede, o al menos se debería, indicar una posible respuesta hablando, por ejemplo, de las experiencias relacionadas con las dos catástrofes bélicas de este siglo, sobre todo de la segunda guerra mundial. ¿ Acaso en aquella ocasión cientos de miles de personas no descubrieron poseer energías insospechadas? Viejos y niños atravesaron Europa a través del hielo y con hambre por alcanzar un meta. Enfermos transportaron a hombros a otros que estaban peor que ellos, hombres que resistieron durante meses aislados del resto del mundo, en la oscuridad, permaneciendo vivos en una especie de tumba. Hombres y mujeres refinados, malcriados soportaron durante años en los campos de prisioneros y de trabajos forzados, cosa a la que en tiempos normales no habrían sobrevivido. ¿Cuántos de los que sufrieron estas penas, si se les hubiera preguntado antes, habrían creído posible resistir tanto?

Son empresas épicas, entre el sueño y la invención, habrían respondido entonces, son leyendas que despiertan asombro, pero nunca una persona normal podría superar estas pruebas. A los jóvenes se les debe demostrar que el hombre ha soportado cosas que parecían increíbles e imposibles, porque las fuerzas que en la enfermedad y en el dolor se desarrollan de modo tan sorprendente están siempre latentes en el alma humana. El gran problema con el que hoy nos confrontamos es si se debe esperar que el destino se abata sobre nosotros, que la catástrofe nos golpee para despertar la voluntad que vive dentro de nosotros; o bien si no es mejor atizar la chispa que anida bajo la ceniza con un espontáneo acto de libertad. Se puede sugerir en este punto que es justo la actividad interior que se tenga, en sentido positivo, la misma que tiene el poder estimulante de las desgracias y de las catástrofes; ella contiene todos los elementos que convierten la religiosidad en algo adecuado a los tiempos. Una indicación al ruego franco, a la meditación pura dará al discurso la dimensión adecuada a la edad de estos jóvenes alumnos próximos ya a los veintiún años.

Pero antes hace falta elaborar con cuidado la certeza de que estas fuerzas interiores tan importantes y desconocidas existen. Puede resultar más fácil, en vez de extraerlos directamente de la vida de hoy, traerlos del pasado, ya que ofrecen mayores garantías de objetividad.

Un libro que considero incomparable en este sentido es "Mis prisiones» de Silvio Pellico. En este volumen, de modesto tamaño, se halla retenida una obra esencial de la literatura italiana y por su valor literario y humano ha sido traducido en numerosas lenguas.

Silvio Pellico, nacido en 1789, vivió en una época en la que gran parte de Italia septentrional se encontraba bajo dominio austriaco. Cuando la conciencia nacional comenzó a despertar se constituyeron en bastantes zonas de la península movimientos de resistencia más o menos vastos. Nació así, como es conocido, la sociedad liberal de oposición de los Carbonari, que no sólo perseguía objetivos políticos, sino que se inspiraba sobre todo en las grandes ideas del tiempo. A ella se adhirió, todavía muy joven, Silvio Pellico; cuando posteriormente a una intervención de los órganos centrales del gobierno toda la inteligencia de la Carboneria es detenida, también él acaba en prisión. Su detención fue automática, en efecto no se le podía acusar de actividad revolucionaria o subversiva y

tampoco su obra juvenil, el poema dramático "Francesca de Rimini» podía ser tachada de rebelde. A pesar de todo el joven, dotado de una insólita integridad de ánimo, pasó de una prisión a otra hasta que, después de ser procesado en Venecia, fue condenado y deportado a la fortaleza bohemia del Spielberg donde languideció durante años en condiciones indignas para un ser humano.

Aislado de lo que le era querido y en lo que creía, separado de padres y hermanos, Silvio Pellico atraviesa todos los estados, desde la negra desesperación al exasperado rechazo de Dios. Pero al final, cuando dentro de él se calmó la borrasca, comenzó a encontrarse a sí mismo y descubrió que había dos cosas que ni siquiera la prisión podía sustraerlas: la primera es el mudo diálogo con Dios que se vuelve tanto más franco y profundo cuanto mayor es su calma interior. Incluso sabiendo que sus tribulaciones, desde el punto de vista terreno, son injustas, se da cuenta que recibe de ellas un regalo maravilloso en cuanto se dispone a aceptarlas. Entonces es como si se acrecentara en el seno de Dios.

La segunda cosa que lo hace feliz y casi lo beatifica es reconocer que aún reconociendo su impotencia física exterior, no se le puede impedir completamente la practica de una acción sobre los otros.

En una de las primeras cárceles que el destino lo lleva, él tuvo un encuentro de este género. Desde la ventana de su celda ve en el patio de la prisión a un niño con el cuál sólo se puede comunicar con gestos. Éste es el hijo de otro condenado, un delincuente común y, según la costumbre local, es alimentado, o por lo menos mantenido, a cuenta de la cárcel.

No siempre Silvio Pellico aprueba el comportamiento del chico; no puede hablar con él pero observa que, con una simple mirada o con la expresión de su rostro puede amonestar o alentar. Cuando el pobre preso se da cuenta de esto le parece que su alma toma aliento.

Siguen luego otras experiencias parecidas: son conmovedoras las páginas en las que describe su prisión en Venecia, cuando languidece bajo el techo de plomo candente del Palacio de los Duxes y, una tarde después de la otra, logra intercambiar un saludo con un grupo de niños. Para estos, evidentemente criados por una madre devota, la seña de saludo con el prisionero constituía una especie de oración nocturna; ellos le llaman por su nombre: ¡Silvio! Entonces su Yo oprimido, que en los momentos de debilidad estaba a punto de escaparse para siempre, se siente llamado a la vida.

No menos conmovedor es el relato de los largos años en Spielberg. Es una historia que no deja de sorprendernos porque no es sólo la narración de sus padecimientos sino sobre todo es un continuo himno de elogios a la fuerza del ánimo humano y a la gracia y la gentileza propias de la verdadera humanidad que, incluso en las pruebas más duras, Silvio y otros carbonari condenados, mantienen milagrosamente vivas. Quizás solo ahora difunde esta humanidad su floración más bella.

Es inolvidable la escena en la que su amigo y compañero de prisión Maroncelli sufre, con medios primitivos y sin ningún narcótico, la amputación de una pierna. Silvio Pellico asiste a la operación; sobre el alféizar de la ventana hay una rosa en un vaso. Maroncelli, apenas operado, ruega al amigo que se la traiga y después se la ofrece al viejo cirujano diciendo: «no tengo más que esto para demostrarle mi gratitud.»

La quintaesencia de todas estas experiencias es la frase que Pellico escribe dentro de sí en uno de los momentos más oscuros «... agradezco a Dios por haberme hecho hombre.»

Hemos tratado de iluminar con una concatenación de pensamientos las inagotables posibilidades latentes en el ánimo humano y, para concluir este seminario de modo coherente con su carácter fundamental, deseo representar en forma imaginativa esta verdad.

FRENTE A LA PUERTA

Tres compañeros de viaje caminaban juntos. Uno era un valiente caballero y había combatido mucho en defensa de los inocentes. El segundo había servido a la humanidad con su saber; el tercero no había hecho o dicho mucho, pero de él decía la gente: nos gusta verlo cerca.

Los tres caminaron tanto que llegaron al fin del mundo. Aquí habitaba un rey llamado el guardián de la puerta. Como los tres eran buenos y el rey estaba contento de ellos, consintió en dejarles llamar al portón y penetrar en el reino que estaba más allá.

En primer lugar llamó el caballero: la puerta se abrió y fue conducido por el camino llamado *mesas de las maravillas*. Sobre estas mesas estaba grabado todo lo que Dios, desde el principio del mundo, ha realizado como obra de potencia y de magnificencia.

Después tocó el segundo y la puerta se abrió de nuevo. Fue conducido por el camino llamado de las *estrellas intangibles*, donde cada estrella le susurró al oído la sabiduría de Dios.

El tercero, de primeras, no quería llamar al no haber realizado ningún gesto notable, pero el rey lo animó y se decidió a llamar muy suavemente. Enseguida el portón se abrió de par en par y desde un lugar de alrededor comenzó a resonar una palabra que durante años él había llevado en sí sin llegar a pronunciarla. Y fue llevado al camino más bello, el de la fuerza no reconocida del corazón humano.

Los tres al volverse a encontrar se maravillaron porque, incluso habiendo pasado por la misma puerta, cada uno de ellos había visto algo diferente. El primero y el segundo pudieron contar el camino recorrido, pero el tercero sólo supo decir que a él le sucedió otra cosa diferente, Sin embargo mientras proseguía el camino con sus compañeros sucedió que en el primero la potencia se transformó y al crecer, se hizo más humilde. En el otro se transformó el saber, que se hizo más tácito y adquirió pureza.